

Selección de
Douglas E. Winter

ESCALOFRÍOS

Stephen King
Paul Hazel
Denis Etchison
Clive Barker
Thomas Tessier
M. John Harrison



L≡LIBROS

Libro proporcionado por el equipo

Le Libros

Visite nuestro sitio y descarga esto y otros miles de libros

<http://LeLibros.org/>

[Descargar Libros Gratis, Libros PDF, Libros Online](#)

He aquí un libro estremecedor que reúne a los maestros de la literatura de terror contemporánea. Desde el entusiasmo maniaco de **Stephen King** hasta el elegante ingenio de **Paul Hazel**, pasando por el simbolismo enigmático de **M. John Harrison**, el psicologismo inquietante de **Clive Barker**, el estilo implacable de **Denis Etchison** y el erotismo refinado de **Thomas Tessier**, esta obra recopila seis pequeñas joyas del horror universal.

Se trata de seis largos relatos que, por distintos medios, logran un mismo resultado: sacudir las fibras íntimas del lector, hacerle partícipe de espeluznantes experiencias que bordean los imprecisos límites entre la realidad y la ficción. Una lectura imprescindible para conocer lo mejor de un género apasionante.

L  **LIBROS**

Selección de
Douglas E. Winter

Escalofríos

Estos relatos son obras de ficción. Nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación del autor, o se utilizan con fines artísticos; cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, hechos y lugares es pura coincidencia.

*... faranno dei cimiteri le loro cattedrali
e delle città le vostre tombe.*

DARIO ARGENTO

Introducción

¿Qué es lo que confiere calidad a la literatura de terror?

A menudo me han pedido que, como crítico, juzgara las obras de los principales talentos en el campo de la literatura de terror. He dedicado un ensayo a estudiar las causas del fenomenal éxito de Stephen King, y he publicado también una historia del terror contemporáneo, contada a través de las vidas de sus más brillantes y conocidos escritores. Como lector y cinéfilo empedernido, he tenido ocasión de acceder a casi todo lo que ofrece el panorama del género. Mi propia producción literaria vuelve regularmente a los temas de la violencia y el miedo.

Con todo, me siento tentado a responder esta pregunta con la desarmante seguridad de Potter Stewart, juez del Tribunal Supremo, quien afirmó en cierta ocasión que reconocía la obscenidad en cuanto la veía.

Muchos lectores creen que el relato de terror es algo embutido exclusivamente en ediciones de bolsillo repetitivas, atiborradas de prosa vulgar portadas sensacionalistas y títulos trillados que empiezan siempre con la palabra «Eb». Y, en la mayoría de los casos, tienen razón. Los cuentos de terror actuales ofrecen muy pocas veces alguna novedad. Son escasos los argumentos frescos y excitantes etiquetados como «terror»; de hecho, casi todos los editores se lamentan de la facilidad con que estos relatos pueden clasificarse en subcategorías reconocibles. (T. E. D. Klein, el primer editor de *Twilight Zone Magazine*, me dijo una vez que el noventa por ciento de las obras que se presentaban a su criterio para ser publicadas en la revista podían agruparse en diez variedades tópicas). En general, la escritura es tramposa y superficial; en el peor de los casos, no rebasa la pobreza de las revistas baratas de aventuras.

Por cada relato o novela original aparecen cientos de imitaciones descaradas de libros millonarios en ventas o de películas famosas, que se inciden en la temática de las inevitables casas encantadas, niños con poderes psíquicos, pequeñas ciudades acosadas por el mal o presencias sobrenaturales que preludian una invasión extraterrestre. A juzgar por los estantes de las librerías, existe un público que consume masivamente las imitaciones que intentan recordarnos éxitos ajenos.

Descubrir la buena literatura de terror exige pasar por alto las portadas llamativas, las extravagantes citas de las cubiertas y, desde luego, las etiquetas que los expertos en publicidad adjudican a sus productos. Les invito a compartir conmigo una pequeña herejía:

El terror no es un género, como la intriga, la ficción científica o las novelas del Oeste. Tampoco es un *tipo* de novela destinada al gueto de una estantería especial en las bibliotecas o librerías.

El terror es una emoción, presente en toda la literatura. Se puede rastrear

tanto en las páginas de William Faulkner o Carlos Fuentes como en las de Stephen King. En los últimos años, ha aparecido en la obra de escritores tan dispares como, J. G. Ballard, Robert Cormier, Jerzy Kosinski y Jim Thompson. Si echamos una ojeada a la historia de la literatura anglosajona, comprobaremos que casi todos los escritores de mayor prestigio (desde Shakespeare a Joyce, pasando por Hawthorne y Hemingway) han escrito al menos un cuento de fantasmas, de miedo o sobre el mal en estado puro.

«La más antigua y poderosa emoción de la raza humana es el miedo», escribió H. P. Lovecraft, y los relatos que invocan el miedo jamás carecieron de narradores... ni de lectores. El hecho de que en nuestros días siga existiendo una marca de fábrica llamada «literatura de terror» patentiza bien a las claras nuestra perdurable (y, en apariencia, creciente) habilidad para disfrutar en la práctica de esta emoción.

Y no cabe duda de que disfrutamos. En palabras de Clive Barker, «no hay placer comparable al horror».

EL PARQUE DE ATRACCIONES DEL MIEDO

Reconozcámoslo: el miedo es divertido. Una atracción fundamental del cuento de terror es que, a veces, ofrece la excusa para decir: «Dejad los cerebros en la puerta, tíos, y enrollémonos». En realidad, no nos importa que flojee el guión de películas basadas en sus efectos especiales, como *Poltergeist*, *Poseción infernal* o *Aliens: el regreso*; después de todo, las pesadillas no suelen seguir un hilo argumental coherente. Las imágenes hablan por sí solas con una magia especial: tanto los rostros monstruosos que emergen en primer plano, como las manos que aferran un hombro de súbito, o los charcos de sangre coagulada son los soportes de una feria de alta tecnología. Nos gusta contemplar algo tan grotesco e inesperado que nos haga chillar o reír (a veces al mismo tiempo), arropados en la seguridad de saber que en el parque de atracciones del miedo este tipo de comportamiento no sólo es aceptado, sino incluso alentado.

La palabra correcta es evasión. «Los sueños —escribe Charles Fisher, profesor de psiquiatría y director del laboratorio del sueño en el hospital Monte Sinaí de Nueva York— nos permiten a todos y cada uno de nosotros enloquecer tranquilamente y sin peligro todas las noches de nuestra vida». Sus palabras pueden aplicarse también a los sueños engendrados por el cine y la literatura de terror. Vivimos tiempos peligrosos y necesitamos, por consiguiente, algo más peligroso que las apacibles fantasías de romances o aventuras.

A medida que se publican más noticias acerca de ciudadanos norteamericanos retenidos como rehenes en países extranjeros, de tranquilizantes envenenados o de residuos tóxicos almacenados bajo patios de escuelas, el relato

de terror parece más invitador... porque nos demuestra, al menos, que las cosas todavía podrían ir peor. Como Stephen King escribió en *La niebla*^[1].

Cuando las máquinas fallan, cuando las tecnologías fallan, cuando las religiones convencionales fallan, hay que darle otra cosa a la gente. Incluso un zombi que camina con paso vacilante en la noche puede resultar absolutamente gratificante comparado con la tragicomedia existencial de la capa de ozono que se va destruyendo ante el asalto combinado de un millón de desodorantes en vaporizador.

El zombi mencionado resulta gratificante desde el momento en que está confinado en la letra impresa o en la pantalla del cine; en el terror, podemos controlar nuestros miedos, llamados al orden y, muy a menudo, derrotados. Por muy desesperada que sea la situación, siempre nos queda una vía de escape del escapismo: abandonar el parque de atracciones del terror en cualquier momento. Todo relato de terror, como toda pesadilla, tiene un final feliz: podemos despertarnos y decir que se trataba de un simple sueño.

¿O no?

LA PESADILLA SE CONVIERTE EN REALIDAD

En ningún parque de atracciones debe faltar una sala de los espejos; podemos despreciar las máscaras de goma y los monstruos de *papier-maché* como pura fantasía, pero esos espejos combados reflejan algo indudablemente real. Accedemos a la sugestiva oportunidad de contemplarnos desde ángulos extraños y perspectivas distorsionadas... y, tal vez, de ver cosas por completo inesperadas.

El relato de terror no es tan sólo una simple vía de escape, sino también un modelo de conocimiento que actúa, consciente o inconscientemente, a modo de espejo imperfecto de los auténticos terrores de nuestros días. Las memorables cintas de terror de la década de los cincuenta se hacían eco de la mentalidad de la guerra fría, y ofrecían los insectos gigantes de *La humanidad en peligro* o *The beginning of the end* como respuesta a la amenaza nuclear, y *El enigma de otro mundo* y *La invasión de los ladrones de cuerpos* cediendo a la histeria anticomunista, reacciones viscerales contra ciertas formas de vida extraterrestre que amenazaban el modo de vida norteamericano.

Una mirada al espejo oscuro del terror contemporáneo revela tendencias reaccionarias muy similares. El terror convencional siempre ha sido rico en segundas lecturas impregnadas de puritanismo. Si hay una cosa segura es que los adolescentes que practican el sexo en coches o en los bosques morirán. La

mayoría de libros y películas de los años ochenta brindan un mensaje tan conservador como su moralidad: el conformismo. Los «hombres del saco» de *La noche de Halloween* o *Viernes 13* son los defensores a ultranza de la uniformidad. No lo hagas, nos advierten, o pagarás un precio espantoso. No hables con extraños. No vayas a guateques. No hagas el amor. No te atrevas a ser diferente.

Sus víctimas, abandonadas a los pecadillos de la llamada Generación del Yo, se revuelven una y otra vez entre sus brazos expectantes. Su némesis exclusiva suele ser una heroína monógama (cuando no virginal), una *madonna* de clase media que ha hecho caso a sus padres y actúa siguiendo sus consejos. Y lo que mantiene alejados a los monstruos de nuestros días no son los crucifijos o las balas de plata, sino, precisamente, su decoroso comportamiento.

LOS MONSTRUOS DE LOS AÑOS OCHENTA

Aquellos monstruos han cambiado.

El vampiro es un anacronismo en el despertar de la revolución sexual. Los colmillos del *Drácula* de Bram Stoker, afilados por la represión de la época victoriana, han sido limados por los imitadores de la sexóloga Ruth Westheimer. El conde sediento de sangre y su descendencia sobreviven en nuestros días más por una cuestión de sentimentalismo que de sensualidad, como una fantasía de la clase alta decadente, el sueño prohibido de la clase baja que aspira a un cierto *chic* lánguido (como en *El ansia*, de Whitley Strieber), o el símbolo de una corrupción absoluta (véase el cuento de Stephen King *El Aviator Nocturno*, que publicamos en esta antología).

El hombre-lobo también ha envejecido; su relato arquetípico, *El extraño caso del doctor Jekyll y mister Hyde*, de Robert Louis Stevenson, hincaba las raíces en la mentalidad victoriana, con su marcado dualismo entre caballeros civilizados y zafios ignorantes. Como las diferencias de clase disminuyen en nuestros tiempos populistas, el dualismo se hace confuso. El hombre-lobo sobrevivirá en tanto sigamos luchando con la bestia, que anida en nuestro interior, pero sus modernas encarnaciones —*Lobos humanos*, *Aullidos*, *Un hombre-lobo americano en Londres*— sugieren que el salvaje ha ganado la partida y merodea en las calles de la jungla urbana.

El invasor extraterrestre, el coco de la era Eisenhower, volvió a ponerse de moda con películas como *Alien* y la nueva versión de *El enigma de otro mundo* (*La cosa*, dirigida por John Carpenter), pero fue transformado por las anhelantes fantasías de Spielberg en un bondadoso salvador venido del cielo. El legado automático de *Encuentros en la tercera fase* y *E. T.* ha sido una serie de adorables

extra-terrestres, desde la sirena de *Un, dos, tres... splash* a los afables protagonistas de *Starman*, *Cocoon* y *ALF*.

También han desaparecido los supervivientes de lejanas culturas (las momias, los golems, las criaturas de las lagunas negras); no pueden mantenerse a flote en una sociedad en constante evolución, cuya visión de la historia antigua no se remonta más allá de los años cincuenta.

Los monstruos de nuestra era son menos exóticos y, por desgracia, más sintomáticos que sus predecesores. Una locura insensata anima las páginas de una de las mejores novelas de terror de los años ochenta, *Red dragon*, de Thomas Harris. Los niños maltratados son el implacable tema de las popularísimas novelas de V. C. Andrews, mientras que la disolución de la familia y el matrimonio es una obsesión constante en la narrativa de Charles L. Grant. Las lacras de la sociedad moderna —en especial las enfermedades venéreas— contaminan las películas de David Cronenberg. La decadencia urbana es el telón de fondo en el que Ramsey Campbell sitúa todos sus cuentos. Stephen King se encarniza en el mal funcionamiento de la vida cotidiana, dando rienda suelta a las más mezquinas tiranías de nuestra sociedad de consumo: nuestros bienes domésticos, nuestros coches y camiones, el perro del vecino.

El monstruo más simbólico de los años ochenta nos parece todavía más familiar. Les llamamos zombis, pero como dice un personaje de *El día de los muertos*, de George A. Romero: «Ellos son nosotros» .

EL MUERTO DE AL LADO

Los zombis han formado parte del catálogo de monstruos desde principios de siglo, cuando la práctica del vudú proveniente de las Indias Occidentales ganó cierta reputación; sus relatos de muñecos diabólicos, sacrificios paganos y muertos vivientes se convirtieron en el tema central de algunas películas ya clásicas, como *White zombie* con Bela Lugosi, y *Caminé con un zombi*, producida por Val Lewton y dirigida por Jacques Tourneur.

Sin embargo, el zombi moderno nace en 1968, cuando el realizador de Pittsburgh George A. Romero consiguió rodar con el más bajo de los presupuestos *La noche de los muertos vivientes*. En ésta, y en sus dos secuelas, *Zombi* y *El día de los muertos*, Romero traslada los zombis a un marco contemporáneo, abandonando los atavíos rituales del vudú para presentar una visión horriblemente prosaica del vecino fallecido. Arrastrando los pies, silenciosos, la mirada perdida en la lejanía, son los individuos que toman la última copa en algún bar o que devuelven el cambio en un peaje de la autopista; en *Zombi*, Romero los equipara a dependientes de galerías comerciales, pálidos

reflejos de los maniqués alineados en los escaparates.

Desde el punto de vista de Romero, y de los entusiastas pastiches del italiano Lucio Fulci, los zombis encarnan la pesadilla liberal: masas apiñadas, ansiosas de una bocanada de aire puro, que llegan a tu puerta con un solo pensamiento en la mente. « Quieren comerte », reza el fascinante pasquín publicitario de *Zombi 2*, de Fulci; su mordedura es infecciosa, provoca una muerte momentánea y la nueva vida se integra en un todo canibalístico, vacío y estúpido.

Romero y Fulci, así como escritores de la talla de Stephen King (*La hora del vampiro*), Peter Straub (*Floating dragon*) y Thomas Tessier (en su brillante *Finishing touches*), subvierten la lección conformista que suele brindar el cuento de terror tradicional, los zombis, nos dicen, simbolizan el conformismo (ciego e insensato a escala nacional) que ha aportado tanto miedo a nuestras vidas cotidianas. La intrusión del terror nos permite ver nuestro mundo con claridad, conocer sus peligros y sus posibilidades. De lo contrario, como los ciudadanos de la más memorable narración de Clive Barker, *En las colinas, las ciudades*; que se unen para dar forma a un gigante y marchar a la batalla, estamos condenados:

Popolac se volvió hacia las colinas, sus piernas daban zancadas de más de medio kilómetro de largo. Cada hombre, cada niño y cada mujer de aquella torre hirviente estaban ciegos. Sólo veían a través de los ojos de la ciudad. No pensaban, tenían tan sólo los pensamientos de la ciudad. Se creían inmortales en su pesada, implacable fuerza. Inmensa, loca e inmortal.

En *El día de los muertos*, los últimos vestigios del orden racional, soldados y científicos, quedan atrapados en una base subterránea de misiles con los detritos de la civilización, desde vehículos recreativos abandonados hasta copias de declaraciones negativas del impuesto sobre la renta. Los zombis aguardan en la superficie, símbolos ambulantes de la definitiva necedad: la lucha por el poderío nuclear. En *La noche...* y *Zombi*, Romero expuso las típicas soluciones tan caras a Estados Unidos (religión, familia, consumismo, armamento superior), pero no funcionaron. En la primera secuencia de *El día...* el científico jefe se está devanando los sesos para encontrar algo que haga *portarse bien* a los zombis: él, por supuesto, está loco de remate. Somos nosotros quienes debemos aprender a no comportarnos como zombis. Al final, los únicos supervivientes son aquellos que rehúsan someterse y se rebelan contra la estéril parodia de la autoridad; hallan una vía de escape muy simbólica: ascienden por un silo de misiles balísticos intercontinentales y encuentran un paraíso de paz.

UNA MIRADA A LA OSCURIDAD

La buena literatura de terror nunca ha girado alrededor de los monstruos, sino de los hombres. Descubre algo importante sobre nosotros, algo oscuro, a veces monstruoso... y, por lo general, de mal gusto. El arquetipo de la Caja de Pandora es el origen de sus relatos: el tenso conflicto entre placer y miedo, latente cuando nos enfrentamos a lo prohibido y a lo desconocido. Mientras pasamos las páginas, la Caja se abre; los tabús de nuestras vidas quedan expuestos a la luz, y se ponen a prueba los límites del comportamiento aceptable. Sus escritores sacan literalmente a rastras nuestros terrores de las sombras y nos obligan a contemplarlos con desesperación... o alivio.

¿Y por qué no? ¿A quién no le apetece ver lo que hay detrás de la máscara del Fantasma de la Ópera? Ya *sabemos* que no será hermoso, pero, aún así, no nos abstenemos de pedir: « Enseñádmelo » .

No queremos decir con esto que la buena literatura de terror sea por definición explícita o clarificadora. La narrativa de Clive Barker o de David Morrell —autores conocidos por la dureza de sus imágenes— es gráfica, a menudo implacable, pero nunca meramente explícita.

¿Cuántas veces se han sentido decepcionados por la adaptación cinematográfica de alguna de sus novelas de terror favoritas? La razón es muy simple: el director plasmó sus propias imágenes, no las que ustedes veían mentalmente cuando leían el libro.

La lectura es un acto íntimo, en el que escritor y lector comparten la imaginación. Su poder se acrecienta cuando el argumento saca a flote nuestros terrores más profundos y oscuros. Cuando un escritor elige imágenes explícitas, expulsando sus temores ocultos, priva al lector de compartir el acto de creación.

Sin embargo, critico la actual tendencia hacia una literatura de terror explícita por razones más importantes. Demasiados proveedores « al por mayor » parten de la base de que el propósito de la literatura de terror es conseguir la sumisión del lector. Se complacen en esas tácticas groseras que, tan bien conocen los directores de cine: la mano que aparece por sorpresa, el repentino primer plano sobre un cadáver mutilado... Con todo, el sobresalto es una experiencia visceral, una sobrecarga sensorial de la que nos recuperamos, por suerte, con gran rapidez.

La buena literatura de terror no busca el sobresalto, sino la emoción: se infiltra bajo nuestra piel y se queda con nosotros, prueba suficiente de que la fuerza de la imagen reside en el contexto. Estilistas como Dennis Etchison y M. John Harrison provocan más terror mediante una sombra deslizante o una mancha fugitiva que los litros de sangre derramada en la mayoría de las

películas del género. El sello distintivo de todos los escritores que han colaborado en esta antología es su capacidad de no sólo asustar al lector, sino de turbarlo, de invocar un misterio que permanecerá una vez cerradas las páginas del libro.

La innegable seducción de la literatura de terror descansa en su habilidad para ver en la oscuridad, en explorar el vacío que acecha tras la fachada del orden. El género es responsable de incontables películas y libros de bolsillo cuyo único propósito es dar un susto tras otro a base de engaños; pese a todo, en sus momentos más penetrantes, aquellos de inmaculada claridad de discernimiento que llamamos arte, la literatura de terror no se fundamenta en el engaño.

Nos comunica una sola certeza: que, en palabras de Hamlet, «todo lo que vive ha de morir». No buscamos respuestas a este enigma; sabemos, aunque de modo instintivo, que es cuestión de fe. Lo que buscamos es un método de confesar nuestras dudas, nuestras incredulidades, nuestros temores, y el relato de terror ofrece la rara oportunidad de reír y llorar sobre el hecho de nuestra mortalidad.

Cuando entramos en el parque de atracciones del terror descendemos al último abismo: vemos la noche más oscura. Al salir, una vez hemos pasado de las tinieblas a la luz, no podemos olvidar que nos hemos enfrentado con nuestros más ocultos temores y hemos *sobrevivido*.

Y ya estamos dispuestos a probarlo otra vez.

¿Qué es lo que confiere calidad a la literatura de terror?

La presente obra^[2] es mi respuesta. Trece historias creadas especialmente para este libro por las voces más consistentemente originales e inquietantes de la narrativa contemporánea. A cada uno se le ofreció la oportunidad de trabajar sin limitaciones de estilo, argumento o extensión; los resultados van desde el cuento breve a la novela corta.

El producto final es un excepcional tapiz literario tejido con hebras de prosa oscura y decididamente idiosincrásica: del entusiasmo maniaco de Stephen King y David Morrell al erotismo amanerado de Thomas Tessier y Whitley Strieber, del elegante ingenio de Paul Hazel y Thomas Ligotti al simbolismo enigmático de M. John Harrison y Jack Cady. Trece voces genuinas e individuales. Aflora de vez en cuando algún elemento de *homage* (en especial a Henry James, Arthur Machen y Joseph Conrad), pero estos relatos forman parte de una raza a extinguir, la clase de narrativa que, en palabras del esforzado capitán Lou Albano, «se imita a menudo, pero nunca se iguala».

En mi cuaderno de notas encontré una frase tomada de un texto de psicología largo tiempo olvidado: «Si abres la luz con mucha rapidez, verás la oscuridad». Los escritores aquí antologados son esa luz, que brilla con gran intensidad. Éstos son sus relatos: visiones singulares de los abismos más oscuros de nuestros sueños.

Varias personas me ayudaron a hacer posible este libro; a todas ellas quiero dedicarles unas palabras de agradecimiento:

Para mi esposa Lynne, cuyas aportaciones mejoraron el libro en todas sus fases; para Mike Dirda, Charlie Grant y Howard Morhaim, mi agente, por su amistad y buenos consejos; para Gianni Scattolini, por saber las palabras precisas; y, sobre todo, a mi asesora editorial, Hilary Ross. Después de todo, fue idea suya.

DOUGLAS E. WINTER

Alexandria, Virginia

En la corte del rey Carmesí

*El agua empapa la tierra,
pero la sangre salpica e impregna los cielos.*

JOHN WEBSTER

El Aviador Nocturno

Stephen King

STEPHEN KING, nacido en 1947 en Portland (Maine), es el más popular escritor de terror en toda la historia, y también el más prolífico, con cuatro guiones para el cine, noventa cuentos, cuatro recopilaciones y veinte novelas (incluyendo las más recientes, *Misery* y *The Tommyknockers*) en su haber. Aunque cada novela tiene sus defensores, mis dos favoritas son *La hora del vampiro* y *La zona muerta*. Ambas se cruzan en *El Aviador Nocturno*.

Dees no empezó a interesarse en el asunto, a pesar de su permiso de piloto privado, hasta el tercer y cuarto asesinatos. Entonces husmeó la sangre.

—No intento hacer un juego de palabras —le dijo al director de *Inside View*, que se limitó a mirarle inexpresivamente—. ¿Todavía no han caído en la cuenta los de la prensa seria? Me refiero a la semejanza.

El director, Morrison, montó en cólera. Siempre montaba en cólera cuando Dees usaba esa frase, uno de los motivos por los cuales la repetía tan a menudo. Bueno, si Morrison quería engañarse creyendo que un semanario de tres al cuarto especializado en titulares como MIS GEMELOS SON EXTRA-TERRESTRES, MUJER VIOLADA LLORA y MUJER MALTRATADA SE COME A SU MARIDO formaba parte de la prensa seria, allá él. Dees había visto llegar y marcharse a muchos directores. Había trabajado para *Inside View* el tiempo suficiente para saber exactamente lo que era: un comeocos que obesas *hausfraus*^[3] compraban en el mostrador de la caja y devoraban frente a lacrimógenos seriales junto con su helado favorito.

Sin embargo, a lo largo de sus catorce años en *View*, Dees había olfateado de vez en cuando la sangre; sangre auténtica, no la basura habitual.

Después de los dos asesinatos cometidos en Maryland por el hombre al que había bautizado mentalmente como el Aviator Nocturno, pensó que captaba de nuevo ese olor inconfundible.

—Si te refieres a que alguien haya insinuado que se trata de crímenes relacionados entre sí, la contestación es «no» —respondió con sequedad Morrison.

« Pero no tardarán en hacerlo », pensó Dees.

—Pero no tardarán en hacerlo —dijo Morrison—. Si hay otro...

—Dame los recortes —pidió Dees.

Los leyó, esta vez con suma atención, y lo que leyó le dejó atónito.

« Nunca había visto esto », pensó, y luego: « ¿Por qué no lo he visto nunca? ». Pensó que Morrison era tonto de remate. Además, sabía que Morrison intuía lo que pensaba. A Dees no le había importado hasta hoy. Después de catorce años en la empresa era el miembro más antiguo, el mayor cerdo de la pocilga, por decirlo de alguna manera, habiéndole ofrecido dos veces el puesto de director, con sendas negativas por su parte. Morrison era el noveno director bajo cuyas órdenes servía (y uno de ellos, la deliciosa aunque inepta Melanie Briggs, estuvo bajo las suyas... de una forma mucho más informal, por supuesto).

Pero si Morrison era tonto de remate, ¿cómo había podido ser el primero en descubrir la pista del Aviator Nocturno?

Por un momento —sólo por un momento—, en su mente aleteó la idea de que estaba quemado, algo muy común en la profesión, como bien sabía. Podías pasarte un montón de años escribiendo sobre platillos volantes que se llevaban

pueblos brasileños enteros (relatos ilustrados, muy a menudo, con bombillas desenfocadas que pendían al extremo de un hilo contra un fondo de fieltro negro) o papás en el paro que hacían picadillo a sus retoños como quien corta leña para el fuego. Te rebajabas a producir montones de basura con la máquina de escribir. Ganabas mucho dinero, pero la basura no deja de ser basura, y un día te despertabas, según le habían contado, y decidías que ya era hora de buscar otro trabajo.

Había oído la historia muchas veces, pero nunca hubiera pensado que le sucedería a él.

« Y no es así », insistió su mente, pero se sentía inquieto.

Redió, ¿cómo podía habersele pasado a él por alto?

Una semana más tarde voló a Wilmington (Carolina del Norte)... Pura corazonada.

Bueno..., instinto, por decir algo.

El instinto del criminal.

Era verano, y en el Sur la vida discurría plácidamente y el algodón crecía alto —eso decía la canción, al menos—, pero Dees tenía grandes dificultades para llegar al pequeño aeropuerto de Wilmington, utilizado sólo por una compañía importante, la Piedmont, algunas líneas locales y muchos aviones privados. En la zona había fuertes tormentas, y Dees se hallaba a ciento cuarenta kilómetros del aeropuerto; daba tumbos en el aire inestable, miraba el reloj y maldecía. Eran las ocho y cuarenta y cinco minutos de la tarde, la hora para la que había obtenido permiso de aterrizaje y faltaban menos de cuarenta minutos para la puesta de sol oficial. Ignoraba si el Aviador Nocturno cumplía las normas tradicionales, pero el olor a sangre era más intenso que nunca.

Había encontrado el lugar y el Cessna Skymaster exactos.

Lo sabía.

El Aviador Nocturno podía haber elegido Virginia Beach, o Charlotte, o Birmingham, o incluso algún lugar más al sur, pero los dos últimos asesinatos se produjeron en el fangoso aeropuerto de Maryland, y Dees había llamado a todos los aeropuertos situados al sur de Wilmington que parecían accesibles al Aviador. Había telefoneado desde el aparato Touch Tone de su habitación en el motel Days Inn hasta que se le cansó el dedo.

Ni un avión privado había aterrizado la noche anterior en ninguno de los aeropuertos más a propósito, y el Cessna Skymaster 337 tampoco. Nada sorprendente, teniendo en cuenta que eran los Toyotas de la aviación privada. Pero el Cessna 337 que había tomado tierra anoche en Wilmington era el que andaba buscando. Ignoraba cómo lo sabía, pero el hecho es que *lo sabía*. Un detalle importante para apuntalar la historia (y cada vez estaba más convencido de que *había* una historia, tal vez lo bastante grande como para que la primicia

del *National Enquirer* sobre el asunto Belushi-Smith perdiera todo interés), y quizá también para saber algo que necesitaba saber: no estaba quemado. Un lapso, tal vez, pero eso era todo. Aún seguía en forma.

De momento.

—N471B, aterrice en la pista 34 —dijo lacónicamente la voz de la radio—. Rumbo 160. Descienda y manténgase a 3 000.

—Rumbo 160. Bajando de 6 a 3 000. Mensaje recibido.

—Y vaya con mucho cuidado, hace un tiempo de perros.

—Recibido —dijo Dees, pensando si el Labriego John del barril de cerveza al que llamaban torre de control del tráfico aéreo de Wilmington le estaba tomando el pelo.

Sabía que en la zona había un tiempo de perros; veía con toda claridad las masas de cúmulos y los rayos que, como gigantescos fuegos artificiales, descargaban en su interior. Había pasado los últimos cuarenta minutos volando en círculos, y tenía la sensación de estar sobre un pogo saltarín y no a bordo de un Beechcraft de dos motores. Prolongar la situación ocho o doce minutos más hubiera ocasionado una merma considerable de sus reservas de combustible, y se habría visto obligado a desviarse hacia Charleston. Las auténticas historias de terror escaseaban, pero como había dicho, o debiera haber dicho un gran sabio, ninguna historia, ni siquiera tan extraordinaria como la del Aviator Nocturno, merecía la pena de morir por ella.

Desconectó el piloto automático, que le había hecho dar vueltas una y otra vez sobre el mismo estúpido pedazo de terreno, apenas entrevisto, de Carolina del Norte. Allí abajo no había algodón, ni alto ni de ningún otro tipo, sino un puñado de campos de tabaco inservibles invadidos de kudzi. Dees se alegró de dirigir el morro de su avión hacia Wilmington y siguió al pie de la letra las instrucciones para aterrizar, supervisadas por el piloto, el Control del Tráfico Aéreo y la torre.

Cogió el micrófono y pensó en darle un susto al Labriego John, preguntándole si había advertido la presencia de algún cadáver de uno u otro sexo vaciado de sangre, pero, luego lo volvió a poner en su sitio. Todavía faltaba media hora para el ocaso. Había comprobado la hora oficial de Wilmington en camino desde el Aeropuerto Nacional de Washington. No, si nadie había muerto allí la noche anterior podían considerarse a salvo..., por el momento.

Dees creía que el Aviator Nocturno era un auténtico vampiro tanto como creía de pequeño en que el *Ratoncito Pérez* le había dejado las monedas de veinticinco centavos debajo de la almohada, pero si el tipo *pensaba* que era un vampiro —y Dees estaba convencido de que así era— quizá sería suficiente para que se ajustara a las reglas.

La vida, en fin de cuentas, imita al arte.

El conde Drácula con permiso de un piloto privado.

« Hay que admitir que queda fino » , pensó Dees.

El Beech experimentó fuertes sacudidas cuando atravesó una espesa capa de cúmulos en su firme descenso. Dees blasfemó y estabilizó el avión, al que cada vez parecía entristecer más el tiempo.

« Estamos juntos en esto, chico » , pensó Dees.

Cuando salió de las nubes distinguió claramente las luces de Wilmington y de Wrightsville Beach.

« Sí, señor, a las gordas les va a gustar ésta —pensó mientras los truenos retumbaban en el lado de la puerta—. Compararán tropecientos millones de copias de esta criatura cuando vayan a Kroger's » .

Pero eso no era todo, y él lo sabía.

Ésta podía ser..., bueno..., cojonudamente buena.

Ésta podía ser *auténtica*.

« Hubo un tiempo en que una palabra semejante no habría cruzado por tu mente, colega —pensó—. A lo mejor te *estás* quemando » .

REPORTERO DEL «INSIDE VIEW». CAPTURA AL AVIADOR NOCTURNO MANÍACO.

REPORTAJE EXCLUSIVO SOBRE LA DETENCIÓN DEL AVIADOR NOCTURNO BEBEDOR DE SANGRE.

« NECESITABA HACERLO » , DECLARA EL IMPLACABLE DRÁCULA.

« No es exactamente ópera » , hubo de admitir Dees, pero sonaba igual de bien. Pensó que sonaba como un himno celestial.

Tomó de nuevo el micrófono y oprimió el botón. Sabía que el Aviador continuaba allí, como sabía que no se sentiría a gusto hasta asegurarse sin duda alguna.

—Wilmington, aquí N471B. ¿Sigue en la rampa un Skymaster 337 de Duffrey, Maryland?

—Eso parece, amigo. Ahora no puedo hablar, hay tráfico aéreo —se oyó a través de la estática.

—¿Tiene las toberas pintadas de rojo? —insistió Dees.

Por un momento pensó que no obtendría respuesta.

—Sí, toberas rojas. Corte el rollo, N471B, si no quiere que le meta una multa de la Comisión Federal de Comunicaciones. Hay demasiados peces para freir esta noche, y no tengo bastantes sartenes.

—Gracias, Wilmington —dijo Dees en el tono de voz más amable que pudo. Colgó el micrófono y le hizo un gesto obsceno con el dedo, pero sonreía entre dientes, sin apenas reparar en las sacudidas que experimentaba el avión al atravesar otra capa de nubes. Un Skymaster pintado de rojo, y apostaría el sueldo del año que viene a que si el tonto de la torre no hubiera estado tan ocupado le

habría confirmado el número de matrícula: N101BL.

Cristo, había encontrado al Aviador Nocturno. Le había encontrado, aún no estaba oscuro del todo y, por imposible que pareciera, la policía no había hecho acto de presencia. De todos modos, aunque los polis estuvieran en el aeropuerto para investigar el Cessna, seguro que el Labriego John habría hablado de lo mismo: tráfico aéreo y mal tiempo, como si no hubiera cosas mejores que comentar.

«Quiero tu foto, hijoputa —pensó Dees. Ya podía ver las luces de aproximación, destellos blancos en la oscuridad—. En su momento escribiré tu historia, pero antes que nada la foto» .

Sólo una.

Inclinó más el avión, ignorando las señales. Tenía el rostro pálido y rígido, y los labios levemente entreabiertos revelaban sus dientes blancos, pequeños y brillantes.

A la luz combinada del ocaso y del cuadro de instrumentos, Richard Dees recordaba bastante a un vampiro.

Inside View carecía de muchas cosas (sutileza, por ejemplo, o excesivo interés por los matices de las historias sobre las que informaba), pero poseía una virtud innegable: un sensacional olfato para los horrores. Merton Morrison era un pedazo de idiota (aunque no tanto como Dees había supuesto en un principio), pero Dees tenía que darle algo... Recordaba las dos cosas que habían catapultado al éxito a *Inside View*. En primer lugar, charcos de sangre. En segundo, puñados de tripas.

Bien, aún había fotos de niñas monas, predicciones psíquicas y dietas de las que surten efecto sin que el interesado deba abstenerse de nada, excepto de lo que a él o a ella (a ella, por lo general) no le gusta, pero Morrison había comprendido el cambio de actitudes de la época cuando tomó las riendas. Dees suponía que por eso había durado tanto en su puesto (y, quizá también por lo mismo, estaba un poco celoso del director, con su pelo cortado a cepillo, sus delicados piececillos y su boquilla). Los hijos de las flores del sesenta y ocho se habían convertido en los canibales del ochenta y ocho. El signo de la paz había seguido el mismo camino de la chaqueta estilo Nehru y el peinado de los Beatles. Los héroes del país eran Rambo y Bernhard Goetz, el justiciero del metro. La tirada de *Insidie View*, que había bajado en picado a finales de los setenta y aún más a principios de los ochenta, comenzó a remontarse de nuevo bajo la doble administración de aquel par de idiotas, Ronald Reagan y Merton Morrison.

Dees no dudaba de que todavía existía un público para *Todas las cosas brillantes y hermosas*, pero el de *Toda la basura repugnante y sanguinolenta* había aumentado considerablemente. Los partidarios de la primera contaban con James Herriot; los de la segunda, con Stephen King e *Inside View*.

La diferencia, según Dees, es que King inventaba *su* material.

Los corresponsales recibieron el mensaje seis meses después de que el nombre de Morrison colgara de la puerta del director: « De todos modos, paraos a oler las rosas cuando vayáis a trabajar, pero, en cuanto lleguéis, abrid bien las ventanas de la nariz y husmead la sangre» .

Y, en lo referente a sangre, ningún olfato como el de Richard Dees.

Por eso era Dees, y ningún otro *excepto* Dees, el que volaba esta noche hacia Wilmington, mientras Gloria Swett se dirigía a Nashville en busca de lo que parecía el gran reportaje..., con las bendiciones de Dees. Puesto que la cantante de country & western enferma de sida no era nada comparado con esto.

Instinto.

Instinto transformado en conocimiento: el conocimiento de que existía un monstruo humano que, en apariencia, pensaba que era un vampiro, un monstruo cuyo nombre Dees ya conocía, pero que no había mencionado a nadie más que a Morrison. Un nombre que empezaría a sonar muy pronto. Y, en ese momento, estaría impreso en los tabloneros de anuncios de todos los mostradores de las cajas de todos los supermercados de Estados Unidos..., aterrorizando a todos los clientes en grandes caracteres.

« Atención, señoras y buscadores de sensaciones —pensó Dees—, ustedes no lo saben, pero un hombre muy malo (quizá una mujer, pero casi seguro un hombre) les va a salir al encuentro. Leerán su nombre auténtico y lo olvidarán, pero carece de importancia, porque recordarán el nombre que *yo* le di, el nombre que le colocará a la misma altura de Jack el Destripador, el Descuartizador de Cleveland y la Dalia Negra» .

EL AVIADOR NOCTURNO: PRONTO EN EL MOSTRADOR DE LA CAJA MÁS CERCANA.

Muy pronto.

« La historia en exclusiva, la entrevista en exclusiva..., pero lo que más deseo es *su foto* en exclusiva» .

Consultó otra vez su reloj y se permitió una fracción infinitesimal de reposo (lo máximo que Richard Dees se podía relajar; era uno de esos hombres que sólo cuentan con dos velocidades, cero y sobreacelerada). Aún quedaba casi media hora para que oscureciera por completo. Aterrizaría junto al Skymaster blanco con toberas rojas (y la inscripción N101RL pintada en rojo en la cola) en menos de quince minutos.

¿Dormiría el Aviadador en la ciudad o en algún motel de las afueras?

Dees no opinaba así, puesto que los cuatro asesinatos habían sido cometidos en los propios aeropuertos.

Una de las razones de la popularidad del Skymaster, además de su precio relativamente bajo, residía en que era el único avión de su tamaño que albergaba una bodega, no mucho mayor que el maletero de un escarabajo Volkswagen,

pero con capacidad suficiente para tres maletas grandes o cinco pequeñas... e incluso para un hombre dormido o acucillado, siempre que no igualara las dimensiones de un jugador profesional de baloncesto. El Aviator Nocturno podía esconderse en la bodega del Cessna con la condición de que: a) durmiera en posición fetal con las rodillas apoyadas en la barbilla, b) estuviera lo bastante chiflado para pensar que era un vampiro de verdad, o c) ambas a la vez.

Dees apostaba por la tercera posibilidad.

—*¿Que si encontré algo donde el avión había estado aparcado?*, preguntó el no demasiado sobrio mecánico del pequeño aeropuerto de Maine, repitiendo una de las inspiradas e instintivas preguntas de Dees. Se lo volvió a pensar. Dees no le presionó. Sabía cuándo presionar y cuándo esperar. De nuevo el instinto.

El mecánico resultó ser un viejo chiflado que llevaba un mono tan manchado que apenas se podía leer el nombre *Ezra* cosido con hilo dorado sobre la tetilla derecha. El mono, bajo la capa negra de aceite, era de color azul. La gorra ladeada sobre la cabeza era naranja fluorescente, adornada con unas huellas dactilares aceitosas tan claras que hubieran admirado a un poli de Nueva York. Se acariciaba una barbilla que desde hacía tres o cuatro días no entraba en contacto con una hoja de afeitar. Tenía los ojos inyectados en sangre. El único olor más fuerte que el de aceite o sudor que uno percibía al acercarse era intenso e hiriente. El viejo se habría revolcado en un campo de enebros o trasegado enormes cantidades de ginebra. Con todo, Dees se alegró de que su avión no precisara ningún servicio ese día.

Aguardó con las manos hundidas en los bolsillos de sus caros pantalones.

—*Es curioso que me lo pregunte, porque si que encontré algo.*

Arrastraba las palabras al hablar.

—*Un gran montón de mierda.*

Miró a Dees, que había formulado la anterior pregunta:

—*¿De veras?*

—*Oh, y tanto. Le pegué una patada con la bota.*

Una pausa.

—*Algo asqueroso.*

Otra pausa.

—*Esa jodida mierda estaba llena de gusanos.*

Una tercera pausa.

—*Y de bichos similares* —terminó el mecánico.

Ahora que el altímetro estaba bajando de cuatro a tres mil pies de altura, Dees pensó: «No te alojas en hoteles ni moteles, amigo, ¿verdad? Cuando juegas a ser vampiro eres como Frank Sinatra..., lo haces a tu manera. ¿Sabes lo que creo? Creo que cuando se abra la bodega de ese avión, lo primero que verá será

un montón de tierra de cementerio (y aunque no sea así puedes apostarte los incisivos superiores a que el reportaje empezará *de esta forma*) y luego una pierna embutida en unos pantalones de esmoquin, y luego la otra, porque estarás vestido, ¿no? Oh, querido, creo que irás vestido como en la década de mil ochocientos noventa, vestido para *matar*, si me apuras, y ya tengo el carrete metido en la cámara, y cuando vea esa capa...» .

Ahí se interrumpieron sus pensamientos; ahí se cortaron tan limpiamente como una rama partida.

Porque fue en ese momento cuando las luces blancas parpadeantes de ambos lados de la pista de aterrizaje se apagaron.

El mecánico aficionado a la ginebra era un empleado del aeropuerto del condado de Cumberland, un nombre más bien pomposo para un diminuto aeropuerto que consistía en dos cobertizos prefabricados y dos pistas que se entrecruzaban. Como una de las pistas estaba alquitranada, y Dees nunca había tomado tierra en una de polvo, eligió la primera. El modo en el que su Beech 55 (gracias al cual estaba empeñado hasta las cejas y un poco más) rebotó cuando aterrizó le convenció de probar la otra para despegar. La encontró tan suave como el pecho de una colegiala.

Ah, el aeropuerto también contaba con un indicador de vientos, lleno de parches como los calzoncillos de papá, pero allí estaba. « La tecnología llega al quinto infierno —pensó Dees—. Que nunca cesen los milagros» .

El Condado de Cumberland era el más poblado de Maine, pero la ciudad que le daba nombre era la apoteosis de Cutrelandia. Se hallaba entre una localidad aún más pequeña (y casi abandonada), bautizada con el improbable nombre de Jerusalem's Lot^[4], y otra más grande y rica llamada Falmouth. Una visita a la comisaría de policía de Falmouth para recabar más pormenores del caso convenció a Dees de dos cosas: la primera, que los polis de Falmouth no se consideraban unos patanes. La segunda, que, en realidad, lo eran.

El campo de aterrizaje de Cumberland existía gracias a las tarifas que pagaban los acaudalados veraneantes, que lo consideraban de más rápido y fácil acceso que el de Portland, cada año más congestionado de tráfico aéreo. Falmouth, fuera o no una ciudad de paletos, tenía una buena playa... y una gran panorámica del golfo.

Además, las tarifas de aterrizaje en el aeropuerto del condado de Cumberland apenas alcanzaban el veinticinco por ciento de las de Portland.

Dees llegó en pleno verano, cuando el lugar estaba en su apogeo..., lo que significaba que había pasado del sopor invernal a un sueño ligero. O sea que el aeropuerto, en lo más álgido de la temporada, había contratado la deslumbrante cifra de cuatro empleados: dos mecánicos y dos controladores de tierra (los controladores de tierra también vendían chips, cigarrillos y gaseosas y, en

palabras del aficionado a la ginebra, el controlador de noche asesinado, Claire Bowie, preparaba excelentes hamburguesas con queso). Tanto mecánicos como controladores hacían las veces de conserjes y de hinchadores de neumáticos, y no era raro que se vieran obligados a salir corriendo del lavabo, donde estaban limpiando el retrete con un estropajo, para conceder un permiso de aterrizaje y asignar una pista del laberinto de dos con el que contaban.

Esto significaba una tarea tan abrumadora que el controlador de noche del aeropuerto del condado apenas podía dormir seis horas..., a veces.

Poco antes del amanecer del día nueve de julio, un Cessna 337, matrícula N101BL, había solicitado por radio permiso de aterrizaje a Claire Bowie. Bowie era un solterón que trabajaba en el turno de noche del aeropuerto desde 1954, cuando los pilotos abortaban con frecuencia sus aterrizajes (maniobra conocida comúnmente como « frenado ») por culpa de las vacas que haraganeaban en medio de la única pista que existía en aquella época.

Bowie recibió la llamada del Skymaster a las cuatro y treinta y dos de la madrugada, y concedió el permiso solicitado a las cuatro y treinta y seis. La hora de aterrizaje que anotó fueron las cuatro y cuarenta y nueve; consignó el nombre del piloto, Dwight Renfield, y el punto de partida del N101BL, Bangor, en Maine. Las horas eran sin duda correctas. Lo demás, pura basura.

Bowie no encontró en el archivo ningún plan de vuelo de un Cessna N101BL que hubiera despegado de Bangor o de otro punto, pero supuso que el controlador de día lo había archivado mal, o quizá lo había usado para secar el café derramado de una taza, y no hizo el menor esfuerzo para verificarlo con Bangor.

En el aeropuerto del condado, la atmósfera era relajada y una tarifa de aterrizaje era una tarifa de aterrizaje.

Dees había hecho comprobaciones en Bangor y, por lo que allí sabían, el N101BL había surgido de la nada.

En cuanto al nombre del piloto, se trata de una broma grotesca. Dwight era el nombre de un actor llamado Dwight Fyre, y éste había interpretado, entre una plétora de otros papeles, el de Renfield, un babeante lunático cuyo ídolo era el vampiro más famoso de todos los tiempos.

Pero, supuso Dees, llamar por radio a la Unidad de Comunicaciones y preguntar por un permiso de aterrizaje a nombre del conde Drácula levantaría sospechas incluso en un lugar tan adormecido como aquél.

Levantaría.

Aunque no estaba seguro del todo.

Después de todo, como había dicho el adicto a la ginebra, una tarifa de aterrizaje es una tarifa de aterrizaje.

Tarifas de aterrizaje o no (y « Dwight Renfield » había pagado la suya enseguida, al contado, al igual que había pagado para que le llenaran los

depósitos, y a juzgar por la cantidad de dinero encontrada en el billetero de Claire Bowie había añadido una propina en moneda de curso legal... y generosa), a Dees le asombraba el indiferente tratamiento concedido al N101BL. Después de todo, ésta era una época marcada por la paranoia de las drogas, y casi toda la basura era introducida en pequeños puertos mediante pequeños barcos, o en pequeños aeropuertos mediante pequeños aviones (aviones como el Cessna Skymaster de Dwight Renfield, por ejemplo). Bowie hubiera debido mostrarse suspicaz y buscar el plan de vuelo que faltaba, al menos para curarse en salud.

Eso es lo que *hubiera* debido hacer, pero no lo hizo. Aparte de la propina, ¿recibiría un soborno? En este caso, no lo guardaba en los bolsillos. El informe de la policía especificaba una suma total de noventa dólares. Nadie se presta a un soborno de noventa pavos, ni siquiera un patán, para ocultar un avión que quizá vaya cargado de perico.

Otra teoría: Renfield soborna a Claire Bowie. Bowie se lleva la pasta a su apartamento de soltero y la oculta bajo su ropa interior, o algo así. La noche siguiente, Renfield, tal vez lleno de coca hasta los ojos y tan paranoico de ir mirando atrás que ya tiene torticolis, decide matar a Bowie. Después llegan los polis y, en el curso de la investigación, uno de ellos descubre la pasta en un cajón del tocador de Bowie. El poli desliza el dinero en su propio bolsillo. Un golpe de suerte: dinero caído del cielo.

Pero no se sostenía, y Dees lo sabía. Bowie era conocido por su honestidad. Dees no había conocido a un hombre decente en toda su vida, excepto un médium (quizá el único médium *auténtico* que Dees había intentado reclutar para *Inside View*) llamado Johnny Smith, que le había echado a patadas de su casa y amenazado con matarle a tiros. Y como Smith había tratado de asesinar tiempo después a un miembro de la Cámara de Representantes (no al presidente o, al menos, a un senador, sino a un jodido representante de Nueva Hampshire), Dees llegó a la conclusión de que la insólita honestidad de Smith podía ser calificada tranquilamente de locura y olvidada sin más. Sin embargo, Claire Bowie parecía carecer de vicios que le impulsaran a aceptar los riesgos que entrañaba un soborno.

Pero aún en el caso de que lo hubiera aceptado, para desaparecer luego en el bolsillo de un poli, ¿qué pasaba con el resto del personal del aeropuerto del condado de Cumberland? No había muchos, pero los suficientes para que acaso los cuatro se hubieran pasado el día dando vueltas alrededor del Skymaster blanco con toberas rojas. Si Dwight Renfield necesitaba sobornar a uno, necesitaba sobornar a todos..., y Dees *sabía* que no era cierto, porque lo había preguntado a boca de jarro y aceptado las negativas (vehementes negativas en todos los casos) con serenidad y sin pestañear.

Esa pandilla de panes y anquis eran demasiado estúpidos para mentir. Así de sencillo.

Dees creía poder comprender con bastante facilidad la falta de interés manifestada hacia el avión por el amante de la ginebra. El viejo, que le había proporcionado casi toda la información, tenía el aspecto de saber orientarse desde el único hangar del aeropuerto hasta los surtidores de gasolina sin necesidad de un mapa, pero no mucho más lejos.

Además, fue el único de la pandilla que contestó a la pregunta de Dees acerca del soborno con más remordimientos que cólera.

¿Y los demás?

Sólo Cristo lo sabía. La culpa se debía en parte a la falta generalizada de ordenanzas, tan habitual durante la administración Carter, que superpobló los cielos y vació de personal las pequeños aeropuertos cuando las compañías locales descubrieron que la Agencia Federal de Aviación se veía impotente para prohibirles el acceso a los más grandes (como el de Portland). El resto lo puso en la cuenta del dicho provinciano jamás verbalizado de *ocúpate-de-tus-asuntos-que-yo-me-ocuparé-de-los-míos*.

Pero no era como un Lucky Strike. No le satisfacía. Ni siquiera sonaba a cierto.

De modo que enfrentémonos a ello, tíos: la posible negligencia de un grupo de mecánicos y controladores aéreos de una pequeña ciudad no era la clase de material por la que los lectores de *Inside View* perdían el pelo. Que se lo quedaran *The New Republic* o *Atlantic Monthly*, si querían; Dees quería al Aviador Nocturno.

El mecánico empapado de ginebra pareció sorprendido cuando Dees le preguntó cómo pensaba que Renfield había salido del aeropuerto.

—Debió de tomar un taxi —dijo.

—¿Claire Bowie dijo algo sobre un taxi al día siguiente?

El viejo se frotó su hirsuta barbilla.

—No, que yo recuerde.

Dees tomó nota mentalmente de llamar cuanto antes a la compañía de taxis de la zona. Empezaba a asumir la muy razonable posibilidad de que el tipo durmiera en una cama como todo el mundo, aunque no estaba dispuesto a confiar en el mecánico, que daba la impresión de haber llegado a una etapa de su vida en que las cosas que no recordaba superaban a las que recordaba en una proporción de tres a uno.

—¿Y una limusina?

—No —dijo el borracho con mayor convicción—. Claire no comentó nada sobre una limusina, y lo hubiera hecho.

Dees asintió con la cabeza y tomó nota mentalmente de llamar en segundo lugar a la compañía o compañías de limusinas de Falmouth, si las había. Quería interrogar al resto de los empleados, si bien no confiaba en despejar ningún interrogante; el borracho dijo que había tomado una taza de café con Claire antes

de que éste se marchara, y otra cuando Claire se reincorporó al trabajo y él, el borracho, terminó el turno (« sólo que —intuyó Dees— apuesto a que tu taza de café se parecía asombrosamente a un vaso de ginebra, ¿eh, abuelito?»), pero estaba seguro de que nadie del turno de día había hablado con Claire.

Había un mecánico nocturno, pero a primera hora de la mañana, llamó anunciando que se encontraba mal, y se había comprobado la veracidad de sus palabras. Bowie estaba solo cuando lo mataron, sin contar al Aviador Nocturno, por supuesto.

Parecía un callejón sin salida.

Iba a darle las gracias al borracho y marcharse cuando éste dijo:

—El viejo Claire mencionó una cosa rara —abrió la cremallera de su bolsillo izquierdo del mono, sacó un paquete de Chesterfield, se lo tendió a Dees durante medio segundo y luego cogió uno para él. Mientras lo encendía miró a Dees de soslayo con un brillo de astucia en sus ojillos inyectados en sangre bajo los párpados arrugados—. Quizá no signifique nada, pero me parece que debió de sorprender mucho a Claire, porque el viejo Claire, ¿sabe?, el viejo Claire no solía ser muy hablador.

—¿Qué dijo?

—No me acuerdo —contestó el borracho—. A veces, ¿sabe?, cuando me olvido de las cosas, un retrato de Andrew Jackson suele refrescar mi memoria.

—¿Qué tal uno de Alexander Hamilton? —preguntó secamente Dees.

Después de reflexionar un momento (un momento muy *corto*), el borracho reconoció que a veces Hamilton surtía un efecto similar al de diez apretones de manos. Dees pensó que un retrato de Benjamín Franklin —joder, hasta uno de George Washington— habría bastado, pero él era simplemente un hombre impaciente, no un completo tacaño.

—Claire dijo que el tío tenía la pinta de ir a una fiesta de disfraces —dijo el borracho.

—Ah, ¿sí? —replicó Dees, pensando que si eso era todo no merecía más que un Franklin—. ¿Dijo por qué pensó eso?

—Dijo que el tío iba vestido como en mil ochocientos noventa. Esmoquin, corbata de seda, todo ese rollo —el borracho hizo una pausa—. Claire dijo que el tío llevaba una gran capa y todo. Roja como una bomba de incendios por dentro, negra como el ojo de una marmota por fuera.

» Dijo que cuando flotaba detrás de él parecía un murciélago con las alas extendidas, sí señor.

No fue la garganta desgarrada lo que intrigó a Morrison; en una sociedad en que enormes dosis de cocaína habían proporcionado a subnormales profundos la capacidad de imaginar —y la locura de realizar— lo que luego desembocó en ceremonias rituales de venganza, las gargantas desgarradas no eran lo bastante originales como para encandilar a los lectores de *Inside View*. Fue, sin embargo,

el hecho de que casi toda la sangre de Claire Bowie había desaparecido.

Quizá Morrison se comportaba como un idiota al hacerse ilusiones de que el trabajo que hacía tenía dignidad o importancia, pero no era tonto. Reconocía una buena historia del tipo VAMPIRO ASOLA UNA PEQUEÑA CIUDAD DE MAINE en cuanto la veía, con la misma rapidez que reconocía una buena del estilo « ¡BIGFOOT ROBÓ MI BEBÉ! », LLORA MADRE ANGUSTIADA, o la favorita de Morrison: LA MITAD DEL POLITBURÓ SOVIÉTICO ENFERMO DE SIDA, CONFIESA UN DESERTOR EN UN INFORME SECRETO DE LA CIA.

En una semana tranquila lo habría utilizado como «segundo reclamo» debajo de los titulares, pero Bowie no había sido asesinado en el curso de una semana tranquila, lo que, evidentemente, complacía a Morrison.

Tenía un buen instinto, mejor de lo que en principio había supuesto Dees, y ahora intuía que llevaba entre manos una primicia insuperable.

Su instinto le dijo que el tipo lo haría otra vez.

En efecto, el tipo lo hizo tres semanas después. En Alderton (Nueva York).

Una de las cosas que sorprendieron a Dees en el caso del Aviator Nocturno (y considerando lo que había visto de la naturaleza y el comportamiento humanos, podía haber sido la única cosa que le sorprendiera) era que Alderton había sido la única parada de una noche del Aviator Nocturno... y aún no le habían atrapado.

El aeropuerto de Alderton era todavía más pequeño que el de Cumberland; una sola pista de tierra y un combinado de sala de operaciones y comunicaciones, apenas un cobertizo con una capa de pintura fresca. No había aparatos para controlar los acercamientos, pero sí una gran antena para que los granjeros voladores que trabajaban allí pudieran ver, vía satélite, *Dallas*, *La rueda de la fortuna* u otras cosas tan importantes como éstas.

Un detalle: la tierra de la pista era suave como la seda, igual que la de Maine. Dees pensó: « Acabaré por acostumbrarme. Se acabaron los batacazos contra el asfalto, los baches que te hacen dar vueltas de campana... Sí, podría acostumbrarme con mucha facilidad ».

En Alderton nadie le pidió retratos de Hamilton, Jackson o de ningún otro. Toda la ciudad de Alderton, una comunidad de apenas un millar de almas, estaba conmocionada, no sólo los escasos residentes ocasionales que habían financiado el aeropuerto casi por caridad (hasta endeudarse), junto con el fallecido Buck Kendall. Nadie quería hablar, gratis o por dinero. Nadie había estado allí aquella noche, excepto Buck Kendall. Nadie había *visto* nada, excepto Buck Kendall... y Buck Kendall estaba muerto.

—Tiene que haber sido un hombre muy fuerte —comentó uno de los residentes ocasionales a Dees—. Buck pesaba más de cien kilos, y era muy

tranquilo, pero si le cabreabas te lo hacía lamentar.

Tenía que haberle visto boxear con un individuo que llegó de Pokeepsie en un circo ambulante hace dos años. Esa clase de peleas no son legales, claro, pero Buck necesitaba dinero para pagar uno de los plazos de su pequeño Pippet Cub, así que boxeó con aquel luchador del circo. Ganó doscientos dólares y los remitió a la casa de préstamos dos días antes de que enviaran a alguien para embargarlo, creo —el hombre hizo una pausa. Sabía mucho menos que el aficionado a la ginebra, pero a Dees le gustaba más. Parecía genuinamente interesado, genuinamente afectado por todo aquel asunto—. El tipo le debió sorprender por detrás, es lo único que se me ocurre.

Dees no sabía por dónde habían sorprendido a Gerard *Buck* Kendall, pero sabía que esta vez la garganta de la víctima no había sido desgarrada. Esta vez había agujeros, agujeros por los que Dwight Renfield había chupado la sangre de la víctima. Aunque, de acuerdo con el informe del forense, los agujeros se hallaban en lados opuestos del cuello, uno en la vena yugular y otro en la arteria carótida. No se trataba de los discretos mordiscos de la época de Bela Lugosi o de los algo más siniestros de las películas de Christopher Lee. El informe del forense detallaba escuetos centímetros, pero tanto Morrison como Dess no tuvieron dificultad en interpretarlos; a juzgar por el tamaño de las heridas, el asesino tenía unos dientes que emulaban a los de uno de los Piesgrandes favoritos de *View*, o las había producido de una forma mucha más prosaica: con un punzón.

Le había perforado la garganta y bebido toda su sangre.

El Aviador Nocturno había pedido permiso para aterrizar en la pista de Alderton poco después de las diez y media de la noche. Kendall le había concedido el permiso y anotado el número, que Morrison casi se sabía ya de memoria en aquel momento: N101BL. En «nombre del piloto» había escrito «*Dwite Renfeild*», y en «modelo y marca del avión», «*Cressna Skymaster 337*». No mencionaba las toberas rojas, no mencionaba la arrebatadora capa similar a las alas de un murciélago, roja como una bomba de incendios por dentro y negra como el ojete de una marmota por fuera, pero Morrison consideró que ya tenía bastante.

El Aviador Nocturno, que había aterrizado en Alderton poco después de las diez y media de la noche del 19 de julio, asesinado al fornido Buck Kendall, bebido su sangre y despegado en su pequeño Cessna 337 un rato antes de que Jenna Kendall llegara a las cinco de la mañana para darle a su esposo un panqueque recién hecho y descubriera el cuerpo vaciado de sangre, ocupaba el primer lugar de la clase en la mente de Morrison.

En otras palabras, estaba preparado para convertir al Aviador en un bombazo.

En aquel momento, Dees recordó haber pensado que si *das* sangre, todo lo que obtienes es un vaso de zumo de naranja. Si la coges, sin embargo —si la chupas, para decirlo claro—, obtienes la primera plana de los diarios.

Dees pensaba en ocasiones —sólo de pasada, cuidado— que la mano de Dios debía haber temblado un poco cuando estaba finalizando la supuesta obra maestra de Su nuevo imperio creador.

El Aviator Nocturno se hubiera convertido en un bombazo con la pasiva aprobación de Dees (y sin su inventivo apodo; Morrison era un buen director, aunque carecía de imaginación, y se habría contentado con el apelativo adecuado, pero vulgar, de Drácula moderno, como si en los últimos cien años no hubieran aparecido alrededor de una treintena y otros cuarenta Jack el Destripador) y sin su firma, puesto que Morrison había sido incapaz de interesarle. Dees ojeó los reportajes, adivinó la conexión, imaginó que el tipo era un chiflado obsesionado por un fetiche agotado hasta las heces, al menos en letra impresa, y que le detendrían la próxima vez. Lo único del caso que despertaba a medias su interés residía en el hecho de que se trataba del primer maniaco homicida de la historia que volaba hacia sus víctimas.

Morrison le preguntó por qué pensaba que Drac, como le llamaba entonces, sería detenido la próxima vez.

—Porque es un patán, como todos los demás —dijo Dees, y golpeó con la punta de los dedos el número de matrícula del Skymaster—. Si te dedicaras a robar bancos, ¿lo harías siempre con el mismo coche y la misma matrícula?

—¡Oh! —exclamó Morrison, sorprendido—. Pero... eso lo hace aún más misterioso, ¿no es verdad, Rick?

Dees no lo demostró, pero trinaba por dentro. Había un pinchadiscos llamado Rick Dees. Era un imbécil. Si había algo que odiara más que le llamaran Rick, era una chica o un reportaje que se le resistieran.

Aunque Morrison no lo sabía, cualquier oportunidad de interesar a Dees (que era lo más aproximado a un reportero estrella que *Inside View* podía jactarse de tener) en el Aviator Nocturno, al menos por entonces, se esfumó. La mente de Dees se cerró con un chasquido.

—No lo creo —respondió.

—Oh —Morrison se mostró disgustado—. Bien, de todos modos voy a convertirlo en un impacto.

—Estupendo —dijo, y salió del despacho.

«Rick —pensó—, Rick, redióssss. Qué burro es este tío. Dejemos que pase una semana. Dentro de dos conseguiré la foto de algún chico estrábico, y la tendrá que tirar a la papelera cuando vea que el chico lleva los pantalones mojados. Ese será el fin de su Drácula moderno».

Avanzado el día, una de las más grandes estrellas de la música country & western del país anunció entre lágrimas que su no menos famoso marido, también estrella de esa música, le había contagiado el sida. Se suponía que Hubby había muerto de cáncer un año antes, pero la gente de *View*, incluyendo a

Morrison y a Dees, albergaba sus dudas sobre *esa* pequeña historia (« Tengo a cuatro tíos en Nashville —le dijo Dees a Morrison— que arden en deseos de firmar declaraciones juradas afirmando que el amigo América Mi Hogar tañía otros muchos instrumentos aparte de su guitarra »), pero tuvieron que abandonar. Tras examinar las declaraciones juradas que Dees había reunido, los abogados que representaban a la compañía aseguradora de *Inside View*, una compañía que habría podido darle muchas lecciones al vampiro de Morrison sobre diversas y eficientes formas de hincarle el diente a la gente, al menos en la humilde opinión de Richard Dees, habían decidido que no tenían suficientes pruebas, por lo que se vieron obligados a tirar la toalla. Pero esta vez no.

El Aviator Nocturno terminó apareciendo en un artículo de dos columnas situado cerca de la última página del ejemplar publicado la semana siguiente. Morrison pasó la mayor parte del tiempo en su despacho con la puerta cerrada, fumando y hablando consigo mismo en tono áspero; por fin se asomó exhibiendo una sonrisa digna de un padre primerizo. Anunció a Dees y a todos los que estaban al alcance de su voz que acababa de contratar las memorias del ruiseñor agonizante, relatadas a un reportero de *Inside View* (todos pensaron entonces que era Dees) por tres millones de dólares.

—La muy zorra dijo que él se gastaba en putas lo que no se pulía en coches —cloqueó Morrison—, y que ella necesitaba dejarles algo a los niños. Tenían ocho.

—Santo Dios, ese tío *debe* haber sido realmente ambidiestro —se maravilló Dees, y ambos estallaron en carcajadas.

Pero fue esa noche cuando el Drácula de Morrison y el Aviator Nocturno de Dees atacó de nuevo, matando dos veces. Había aterrizado en el aeropuerto de Duffrey (Maryland), el mismo Cessna 337, el mismo número..., pero había aterrizado *la noche anterior*. Como en el primer crimen, el avión había pasado todo el día parado en la rampa, sin ser molestado ni verificado, antes de que la oscuridad cayera y la matanza, por no mencionar la absorción de sangre, se desencadenara.

Cuando Dees le preguntó a Morrison si podía echar un segundo vistazo a los recortes, y cuando más tarde le preguntó a Morrison si Morrison podía enviar a Gloria Swett (un peso pesado de cien kilos, bautizado por muchos redactores de ambos sexos como *Gloria Sue*^[5]) a Nashville en su lugar, Morrison se mostró primero pasmado... y después complacido.

—¿Por qué? ¿Qué te ha picado ahora?

Dees consideró y rechazó media docena de respuestas. Instinto. Eso era todo. Siempre sucedía así. Puro instinto de que esto iba a desembocar en el más grande de los reportajes.

—Creo —contestó, pues suponía que Morrison necesitaba *algo*— que hay

muy pocas posibilidades de que un tío robe tres bancos con el mismo coche y la misma matrícula, pero ¿cómo puedes entender que aparque todo el día enfrente del tercer banco en ese coche antes de poner manos a la obra? Hay algo absurdo en toda esta historia. Quiero averiguar qué es.

Y ahora, a diez kilómetros al oeste del aeropuerto de Wilmington y a tres mil pies del suelo, todo era mucho más absurdo.

No tan sólo se habían apagado las luces de la pista, sino las de la mitad de la jodida *ciudad*.

El sistema de aterrizaje por instrumentos continuaba allí, pero cuando Dees se apoderó del micrófono y aulló: «¿Qué cojones pasa ahí abajo?», sólo percibió el crepitar de la estática, y voces que susurraban como fantasmas lejanos.

Devolvió el micro a su sitio, pero no acertó a encajarlo en la abrazadera y cayó al suelo, al extremo del cable retorcido. Dees lo olvidó. Asirlo y gritar eran puro instinto de piloto. Sabía lo que había ocurrido tan bien como que el sol se pone por el oeste..., lo que haría muy pronto. Un rayo habría caído de lleno sobre alguna subestación de energía en las cercanías del aeropuerto. La cuestión era aterrizar o no aterrizar.

—Tenía autorización —dijo una voz.

Otra replicó de inmediato (correctamente) que eso era una memez de razonamiento. Uno aprendía lo que tenía que hacer en una situación semejante cuando todavía era el equivalente de un aprendiz de conductor. La lógica y el manual te dicen que optes por tu alternativa y trates de contactar con el Control de Tráfico Aéreo.

Aterrizar ahora le costaría una considerable multa por violar la ley.

Por otra parte, *no* aterrizar ahora —*ahora* mismo— podría suponer la pérdida del Aviator Nocturno. También podría costarle a alguien (o a varios alguienes, considerando los asesinatos de Ray y Ellen Sarch en Duffrey) la vida, pero Dees no le daba demasiada importancia a esto..., hasta que una idea alumbró su mente como una bombilla, una inspiración impresa, como la mayoría de sus inspiraciones, en gruesos caracteres:

HEROICO REPORTERO SALVA (añadir un número de personas lo más grande posible, cuanto más grande mejor, dados los límites asombrosamente generosos que señalan el grado de credulidad humana). DEL AVIADOR NOCTURNO LOCO.

«Tragaos ésa, tíos», pensó Dees, y continuó su descenso hacia la pista 34.

Las luces de la pista se encendieron de nuevo, como aprobando su decisión, y volvieron a apagarse, imprimiendo en sus ojos postimágenes azules que un momento después viraron al verde enfermizo de los aguacates podridos. En el mismo instante la espectral estática que surgía de la radio se disipó y la voz del Labriego John chilló:

—¡Vire a babor, N471B! ¡Piedmont, gire a estribor! ¡Jesús, oh, Jesús, van a chocar, creo que van a chocar...!

Los instintos de autoconservación de Dees estaban tan bien afilados como los de olfatear sangre. Ni siquiera vio las luces estroboscópicas del 727 de Aerolíneas Piedmont; se hallaba demasiado ocupado inclinando el Beech a babor tanto como podía, un margen tan estrecho como el coño de una virgen, hecho que Dees se alegraría de comprobar si salía con vida de este embolado. Reaccionó apenas oída la segunda palabra emitida por el Labriego John. Vio/percibió por una fracción de segundo algo que pasaba a escasos centímetros de su cabeza, algo tan gigantesco como el ala de un pájaro prehistórico, y a continuación el Beech vibró de tal forma que el aire turbulento de antes pareció de cristal. Sus cigarrillos salieron disparados del bolsillo de la camisa y se desparramaron por todas partes. La semioscura línea del horizonte de Wilmington estaba curiosamente ladeada. Tuvo la sensación de que su estómago intentaba estrujarle el corazón hasta arrebatarse la existencia. Un reguero de saliva resbaló por una mejilla como si un chico se deslizara sobre un patín bien engrasado. Los mapas volaban como pájaros. El aire del exterior bramaba con el rugido de un motor a reacción, al igual que el resto de la naturaleza. Una de las ventanas del compartimento para cuatro pasajeros explotó hacia adentro, y un viento asmático se coló de rondón, absorbiendo como un tornado todo lo que no estaba sujeto.

—¡Recupere su altitud previa, N471B! —chillaba el Labriego John.

Dees se dio cuenta con serenidad de que acababa de estropear sus pantalones de doscientos dólares al derramar medio litro de pipi caliente en ellos, pero le consoló en parte la fuerte sensación de que el Labriego John había ensuciado los suyos con un montón de ginebra fresca. Para el caso, sonaba igual.

Dees llevaba un cuchillo del Ejército suizo. Lo sacó del bolsillo derecho de los pantalones y, agarrando el volante con la mano izquierda, practicó un corte a través de su camisa justo por encima del codo izquierdo hasta hacerse sangre. Sin la menor pausa

(*instinto*).

Hizo otro corte, poco profundo, bajo su ojo izquierdo. Cerró el cuchillo y lo metió en el bolsillo elástico para mapas que había en la puerta del piloto. «Lo limpiaré después —pensó—. Si no lo haces te hundirás en la porquería». Aunque considerando las barbaridades que el Aviator Nocturno había cometido impunemente, pensó que no le pasaría nada.

Las luces de la pista volvieron a encenderse, esta vez de forma definitiva, aunque los parpadeos que emitían le hicieron sospechar que estaban siendo alimentadas por un generador. Condujo el Beech de nuevo hacia la pista 34. La sangre se deslizó sobre su mejilla izquierda hasta la comisura de la boca. Lamió un poco y escupió una mezcla rosácea de sangre y saliva sobre el IVSI. Nunca desproveches un ardid. Instinto.

Consultó su reloj. Sólo faltaban catorce minutos para la puesta de sol. Le iba a ir de un pelo.

—*¡Enderece, Beechl!* —aulló el Labriego John—. *¿Está sordo o qué?*

Dees tanteó en busca del enmarañado cable del micrófono sin molestarse en apartar los ojos de las luces de la pista. Tiró del cable hasta apoderarse del micro. Lo acarició y oprimió el botón.

—Escúcheme, maldito hijo de perra —dijo, con los labios separados hasta descubrir las encías—, estuve a punto de que ese 727 me convirtiera en mermelada de fresa gracias a que usted no movió el trasero a tiempo, de modo que no conseguí comunicación de Control del Tráfico Aéreo. No sé cuánta gente en ese avión estuvo a punto de convertirse en mermelada de fresa, pero apuesto a que *usted* sí, y también la tripulación. La única explicación de que esos chicos sigan vivos es que el capitán fue lo bastante hábil como para seguir el baile y yo le hice de pareja, pero he sufrido daños físicos y estructurales. Si no me concede autorización para aterrizar ahora mismo, aterrizaré de todas formas. La única diferencia es que si lo hago sin autorización le llevaré a juicio ante la Agencia Federal de Aviación, pero antes procuraré ponerle el trasero donde ahora tiene la cabeza. ¿Me ha entendido, so burro?

Un largo silencio punteado por la estática. Después, una voz muy humilde, diferente por completo del anterior vozarrón, dijo:

—Concedida la autorización para aterrizar en la pista 34, N471B.

Dees sonrió y picó en dirección a la pista.

—Lo siento —dijo, tras oprimir el botón del micro—, he estado grosero y maleducado, pero sólo me ocurre cuando estoy a punto de morir.

No hubo respuesta de tierra.

Dees siguió adelante, y resistió el impulso de consultar otra vez su reloj.

Duffrey fue lo que terminó de convencerle, aunque anteriormente se había planteado si no estaba cometiendo un error.

En Duffrey, el Cessna del Aviator Nocturno había pasado otro día entero en la rampa. La sangre era lo que importaba a los lectores, por supuesto, y así debía ser (por los siglos de los siglos, amén, amén); el matrimonio de ancianos debía de haber muerto uno en brazos del otro, pero no fue así y debía de haber sido encontrado en medio de un gran charco de sangre, pero tampoco fue así, porque no quedaba sangre en sus cuerpos; los lectores querrían y deberían interesarse en ellos (el mes siguiente hubieran celebrado sus bodas de oro, esnif, esnif, buá, buá), pero fue el fallo de no informar sobre el avión involucrado previamente en otros dos asesinatos lo que convenció a Dees de que tenía un reportaje entre manos, tal vez un gran reportaje.

Había aterrizado en el aeropuerto nacional de Washington y alquilado un coche para recorrer los noventa kilómetros que distaba Duffrey, pues sin Ray

Sarch y su esposa Ellen no *había* aeropuerto Sarch/Duffrey. Ambos formaban todo el tinglado, aparte de la hermana de Ellen, Raylene, una estupenda mecánico. Había una sola pista de tierra, aceitada para asentar el polvo e impedir que crecieran hierbas, y una cabina de control no mucho más grande que un armario agregada al remolque Jet-Aire en el que vivían los Sarch. Ambos estaban jubilados, ambos se conservaban fuertes como robles, ambos volaban, ambos se amaban.

Más adelante, Dees averiguó en aquellos ajetreados días previos a su vuelo a Wilmington que los Sarch colocaban en la misma categoría a los traficantes de droga y a los que maltrataban niños. Su único hijo había muerto en la región de los Everglades de Florida cuando intentaba aterrizar en lo que parecía una laguna de agua clara, cargado con más de una tonelada de droga en un Beech 18 robado. El agua *estaba* despejada de obstáculos... excepto en un punto sembrado de rocas. El avión estalló. Douglas Sarch salió despedido con el cuerpo chamuscado y humeante, pero probablemente todavía con vida, al menos lo bastante para que sus afligidos padres confiaran en un milagro. Doug Sarch fue devorado por los cocodrilos, y lo único que quedaba de él cuando los chicos de rescate y salvamento lo encontraron una semana después era un esqueleto desmembrado, con algunos fragmentos de carne invadidos por gusanos; un par de gastados téjanos Calvin Klein, una camisa de seda blanca y una chaqueta deportiva de Bijan, la tienda de Nueva York, en la que guardaba el billetero... y sesenta gramos de cocaína casi pura.

—Fueron las drogas y los hijos de perra que trafican con ellas los que mataron a nuestro hijo —había dicho Ray Sarch en varias ocasiones, a lo que Ellen Sarch asentía vigorosamente. Su odio hacia las drogas y los traficantes, según le repitieron a Dees una y otra vez (no dejó de divertirle el casi unánime sentimiento de los habitantes de Duffrey en cuanto a que el asesinato de los Sarch había sido «una operación del hampa»), sólo era superado por la pena y la estupefacción ocasionadas por el hecho de que su hijo hubiera sido arrastrado por aquella clase de gente.

Dees podía y estaba dispuesto a utilizar todo aquel material, por supuesto..., aunque no en seguida. Un reportaje como éste era como el café de Maxwell House: bueno hasta la última gota. Pero empezabas con el equivalente de un violento chillido metálico. Más tarde, una vez saciado el acuciante interés inicial —¿cómo los mató?, ¿bebió realmente su sangre?, ¿los torturó?, ¿gritaron sus víctimas?—, se produciría un intermedio, y luego, al cabo de dos semanas o algo así, el metal sería reemplazado por lastimeros violines.

Tras la muerte de su hijo, los Sarch mantuvieron los ojos alerta sobre cualquier cosa o cualquier persona sospechosa de transportar drogas. Habían hecho venir cuatro veces a la policía del estado de Maryland por otras tantas falsas alarmas, pero a los Osos del estado no les importó, porque los Sarch les

habían dado el soplo de tres cargamentos pequeños y dos muy grandes. El último pretendía introducir catorce kilos de cocaína boliviana pura. Éste era el tipo de golpe que conseguía hacerte olvidar unas pocas alarmas falsas, el tipo de golpe que te valía un ascenso.

Así que el 27 de julio había llegado este Cessna Sky master con la matrícula y la descripción que ya habían sido comunicadas a todos los aeropuertos y campos de aterrizaje de Estados Unidos, incluido el de Duffrey; un Cessna cuyo piloto se había identificado como Dwight Renfield, punto de origen, Wilmington (Delaware), un campo de aterrizaje que jamás había oído mencionar a un «Renfield» o a un Sky master con matrícula N101BL; el avión de un hombre que tal vez era un asesino.

—Si hubiera aterrizado aquí, ahora estaría entre rejas —le había dicho a Dees por teléfono uno de los controladores de Delaware, pero Dees lo dudó.

El Aviador Nocturno había tomado tierra en Duffrey un poco antes de la medianoche del veintisiete, y Dwight Renfield no sólo había firmado en el diario de vuelo de los Sarch, sino aceptado la invitación de Ray Sarch a entrar en el remolque, beber una cerveza y ver la reposición de un episodio de *Gunsmoke* a través de la cadena por cable de la CBN. Ellen Sarch se lo había contado a una amiga por la mañana, en el salón de belleza de Duffrey. La amiga era una mujer llamada Selida McCammon, y cuando Dees le preguntó qué estado de ánimo presentaba Ellen Sarch, Selida hizo una pausa y respondió:

—Algo lánguido, como una colegiala enamorada, pero de setenta años. Tenía buen color, me dio la impresión de que se había maquillado, hasta que empecé a hacerle la permanente. Entonces comprendí que estaba..., ya sabe... —Selida McCammon se encogió de hombros. Sabía lo que quería decir, pero no cómo decirlo.

—Excitada —sugirió Dees, lo que provocó las risas y los aplausos de Selida McCammon.

—¡Excitada! ¡Eso es! ¡Claro, se nota que es usted escritor!

—Bueno, escribo como un párvulo —dijo Dees, y le dedicó una sonrisa que pretendió fuera cálida y simpática.

Solía practicar constantemente, y continuaba practicando con asombrosa regularidad, esta expresión en el espejo de la alcoba del apartamento de Nueva York al que llamaba su casa, y en los espejos de los hoteles y moteles que eran *en verdad* su casa (puesto que pasaba mucho más tiempo en lugares donde le servían las bebidas en recipientes de plástico que en el lugar adonde le enviaban las facturas y el estado de cuentas bancario). Dees no era la clase de hombre que recibe mucho correo, y se sentía satisfecho de ello, ja ja ja. Pareció funcionar, porque la sonrisa de la mujer se ensanchó, pero la verdad era que Richard Dees nunca había irradiado simpatía y calidez en su vida. Había creído, de niño y de adolescente, que estas emociones no existían; se trataba de simples mascaradas,

convenciones sociales como las que obligan a las chicas a decir: « Oh, por favor, no me toques ahí », cuando en realidad no sólo quieren que las toques ahí, sino que las metas veinte centímetros de aparato, más o menos. Luego llegó a la conclusión de que tales sentimientos, e incluso quizás el amor (aunque en este asunto continuaba siendo agnóstico), eran reales. Era incapaz de sentirlos, simplemente. Bueno, tal vez eso no fuera tan malo. Había tetraplégicos por ahí. Había cancerosos por ahí. Había amnésicos por ahí.

La pérdida de unas pocas emociones no significaba gran cosa, ¿verdad? Dees pensaba que no.

Mientras pudieras contraer los músculos de tu cara de la forma correcta, todo iba bien.

No era más fácil ni más difícil que aprender a mover las orejas. Y no dolía. De vez en cuando, una vocecilla interior le preguntaba qué quería, cuál era su opinión íntima, pero Dees *no quería* una opinión íntima. Dees *no quería* ser simpático o cálido, ni mucho menos amar o *estar* enamorado. Sólo quería cuatro cosas:

1. No querer querer.

2. Fotografías.

Prefería escribir, lo sabía, pero las fotografías le gustaban igual.

Le gustaba tocarlas. Dos dimensiones.

3. Basura. Obscenidad. Horror.

4. Destaparlos antes que nadie.

Richard Dees era un hombre modesto con deseos modestos.

Así que el Aviator Nocturno había aterrizado en el pequeño negocio familiar que era el campo de aterrizaje de Duffrey. En una pared del pequeño despacho que compartían los Sarch había un anuncio orlado de rojo de la Agencia Federal de Investigación. Sugería que un individuo que pilotaba un Cessna Sky master 337, matrícula N181BL, podía ser el asesino de dos personas. Este hombre, seguía el anuncio, tal vez fuera un sujeto que se hacía llamar Dwight Renfield. El avión había tomado tierra. Dwight Renfield quizá había pasado la mayor parte de la noche y todo el día siguiente en la bodega de su avión: un pato agazapado al que no habían cazado para meter en la olla.

Los Sarch, tan precavidos que se habrían precipitado sobre la alarma de incendio con sólo oler humo, y no digamos si hubieran visto fuego, no hicieron nada. Ray, de hecho, había invitado al tipo a beber una cerveza y a un rato de televisión. Le había tratado como a un viejo amigo, y no como a una persona sospechosa. Su esposa había concertado cita para el salón de belleza de Duffrey, algo sorprendente para Selida McCannon. Las visitas de la señora Sarch eran tan regulares como un reloj, y para la siguiente faltaban dos semanas como mínimo.

Sus instrucciones habían sido anormalmente explícitas: no había pedido tan sólo la permanente habitual, sino también un corte... y algo de tinte.

—Quería parecer más joven —había dicho Selida McCammon, más asombrada que divertida, lo que no era extraño, pensó Dees, a la luz de los resultados.

¿Y Ray Sarch?

Había llamado a la Agencia Federal de Aviación en el Aeropuerto Nacional de Washington, solicitando que retiraran Duffrey de la lista de campos de aterrizaje en activo, salvo causas de fuerza mayor... En otras palabras, estaba cerrando el chiringuito.

Dijo que le rondaba una gripe.

Esa noche, los dos atentos vigilantes del fuego ardieron, en efecto, hasta morir. Encontraron a Ray Sarch en la pequeña sala de control, con la cabeza separada del cuerpo y caída en la esquina más lejana, yaciendo sobre los restos desgarrados del cuello y un charco de sangre coagulada. Los ojos vidriosos abiertos de par en par miraban la esquina, como si aún pudieran ver algo.

Encontraron a su mujer en la alcoba del remolque. Estaba en la cama. Iba vestida con un camisón tan nuevo que revelaba no haber sido usado antes. Era vieja, le había dicho un agente a Dees (el cabrón le había costado más caro que el borracho de Maine, veinticinco dólares, pero valía la pena), pero el aspecto era inequívoco: se había vestido para un amante, no para un asesino. Aquellos agujeros enormes, como los producidos por un punzón, le habían atravesado el cuello, uno en la carótida y otro en la yugular. Tenía el rostro sereno, los ojos cerrados y las manos enlazadas sobre el regazo.

Aunque había perdido casi toda la sangre de su cuerpo, sólo descubrieron unas pocas manchas en la almohada, y algunas más en el libro abierto sobre su estómago: *El último vampiro*, de Anne Rice.

¿El Aviator Nocturno?

Poco antes de la medianoche del día veintiocho, o en las primeras horas de la madrugada del veintinueve, se había esfumado.

Como por encanto.

O como un murciélago.

Richard Dees tomó tierra en Wilmington siete minutos antes del ocaso oficial. Mientras reducía la velocidad, todavía escupiendo sangre del corte que se había hecho bajo el ojo, vio caer un rayo de un color blancoazulado tan intenso que se imprimió en sus retinas durante casi un minuto, hasta resolverse en medio arco iris pálido y enfermizo. Al cabo de un instante estalló el trueno más ensordecedor que había oído en su vida; su opinión subjetiva de que había roto la barrera del sonido quedó confirmada cuando una de las ventanas del compartimiento de pasajeros, la que se había astillado cuando estuvo a punto de chocar con el 727 de

Piedmont, acabó de pulverizarse en una lluvia de diamantes.

A la luz del brillante resplandor vio que el rayo caía de lleno sobre un edificio achaparrado en forma de cubo, situado junto a la pista 34. Estalló y escupió una lengua de fuego hacia el cielo, aunque no tan brillante como el rayo que la había encendido.

«Cómo encender un cartucho de dinamita con una bomba nuclear pequeña —pensó Dees confusamente, y luego—: El generador, eso era el generador».

Todas las luces, las blancas que señalaban los bordes de la pista, y los focos rojos que indicaban el final, se apagaron de súbito, como velas agitadas por una violenta ráfaga de viento. Dees se encontró correteando a más de ciento veinte kilómetros por hora en plena oscuridad.

La onda expansiva golpeó al Beech como un puño, lo martilleó con repetidas sacudidas. El Beech, ignorante de que había vuelto a adquirir la condición de criatura atada a tierra, se ladeó peligrosamente a estribor, ascendió y tocó de nuevo el suelo con la rueda derecha rebotando una y otra vez sobre algo —o *algos*— que Dees reconoció vagamente como las luces de aterrizaje.

«¡A babor! —gritó su mente—. ¡A babor, imbécil!».

Reaccionó antes de que su mente, más fría, tomara la decisión. Si viraba a babor a esta velocidad daría una vuelta de campana. Quizá no estallarían, teniendo en cuenta el escaso combustible que contenían los depósitos, pero cabía alguna posibilidad. O quizá el Beech quedaría hecho trizas de tal forma que los intestinos de Richard Dees colgarían como cables y los riñones de Richard Dees se desplomarían como dos enormes cagarrutas de pájaro.

«¡Aguanta! —se exigió a gritos—. ¡Aguanta, hijo de perra, aguanta!».

Entonces estalló algo (los depósitos secundarios del generador, dedujo cuando tuvo tiempo de deducir) que inclinó todavía más a estribor el Beech, pero sirvió para apartarle de las luces de aterrizaje inutilizadas y para enderezar un poco el avión, la rueda de babor en el borde de la pista 34 y la rueda de estribor en el límite impreciso entre las luces y la zanja que había observado a la derecha de la pista. El Beech aún temblaba, aunque no en exceso, y Dees comprendió que la rueda de estribor se había roto al aplastar las luces de aterrizaje.

Poco a poco iba frenando. El Beech empezaba a comprender que se había convertido en algo diferente, algo que pertenecía a la tierra. Cien..., noventa..., y Dees respiró aliviado, cuando de pronto vio frente a él un enorme Lear, inmobilizado locamente en mitad de la pista por el piloto que lo conducía a la pista 5.

Se abatió sobre él, vio ventanas iluminadas, vio rostros que le miraban con la expresión de oligofrénicos en un asilo aguardando un truco de magia y, sin pensarlo dos veces, giró el volante todo lo que pudo a la derecha y dirigió el Beech hacia la zanja, esquivando por unos tres centímetros la cola de lo que parecía un Lear 25. Se dio cuenta de que estaba chillando y de que volvía a

mearse en los pantalones, pero más que nada de lo que estallaba frente a él mientras el Beech intentaba convertirse de nuevo en una criatura del aire, imposibilitada a causa de la poca altura y el desfallecimiento de los motores, con terca obstinación. A la luz agonizante de la segunda explosión dio un gigantesco brinco y patinó a través de una pista de maniobras. Por un momento vio la terminal con las esquinas iluminadas por luces de emergencia que funcionaban gracias a baterías de acumuladores y vio los aviones aparcados (uno de los cuales sería, con toda probabilidad, el del Aviador Nocturno) como siluetas oscuras de papel cresponado dibujadas contra la ominosa luz naranja del ocaso, que se adivinaba entre las masas de cúmulos.

« ¡Lo conseguiré! », chilló para sí, y el Beech *intentó* girar; el ala de babor arrancó una fuente de chispas de la pista de maniobras más cercana a la terminal. Su extremo se rompió y salió despedido hacia los matorrales, donde prendió fuego rápidamente a las hierbas húmedas.

Entonces el Beech se inmovilizó, y los únicos sonidos perceptibles eran el nevoso crepitar de la estática, el gorgoteo de las botellas que desparramaban su contenido sobre la alfombra del compartimento de pasajeros y el frenético martilleo del corazón de Dees.

Se había soltado el cinturón de seguridad y estaba de pie, dispuesto a encaminarse hacia la compuerta presurizada antes de asegurarse por completo de que seguía con vida.

Más tarde recordó lo sucedido con claridad meridiana, pero lo único que pudo recordar desde el momento en que el Beech patinó hasta frenar en la pista de maniobras, detrás mismo del Lear e inclinado a un lado, hasta el momento en que oyó los primeros gritos desde la terminal, fue que necesitaba encontrar su cámara. Era una Nikon. La había comprado en una casa de empeños de Toledo cuando tenía diecisiete años, y la conservaba desde entonces. Le había añadido lentes, pero el aparato, arañado y mellado en un par de sitios, era exactamente el mismo. La Nikon era lo más parecido a una esposa para Dees. Estaba en el bolsillo elástico detrás de su asiento. Recordó que la había sacado y comprobado que seguía intacta: recordaba eso. Había sobrevivido al aterrizaje sin romperse, de modo que, después de todo, quizá Dios existía.

Dees tiró de la palanca que abría la compuerta, saltó, casi cayó, y sujetó la cámara antes de que se estrellara contra el hormigón de la pista de maniobras y se rompiera en pedazos.

Le dio dos vueltas a la estrecha correa de cuero y se la colgó del cuello. Empezó a andar hacia la terminal —oyendo el fragor de los truenos, casi cayéndose, sujetando la cámara antes de que se estrellara contra el hormigón de la pista de maniobras y se rompiera en pedazos—. Se levantó una brisa, y la notó en su cara, pero sobre todo en las ingles, porque llevaba los pantalones mojados.

Entonces, un débil pero penetrante alarido llegó desde el edificio de la

terminal, un chillido de agonía y horror. Fue como si alguien hubiera abofeteado a Dees en la cara. Volvió en sí. Se centró en su objetivo de nuevo. Consultó su reloj. No funcionaba. O se había roto en el choque o se había parado. Era una de esos curiosos aparatos antiguos a los que hay que darles cuerda y no se acordaba de cuándo lo había hecho por última vez.

¿Era la puesta de sol? ¿*Yá* lo era?

Oyó otro grito (no, no un grito, más bien un chillido) y el sonido de cristales rotos.

La puesta de sol carecía de importancia. Se echó a correr.

Más gritos.

Más cristales rotos.

Dees corrió con más rapidez, vagamente consciente de que los depósitos auxiliares del generador continuaban ardiendo. Percibió olor a gas en el aire. Notaba cómo la tela caliente se le pegaba a sus partes, como cemento. La terminal se aproximaba, pero no muy velozmente. No lo bastante rápido.

—¡No, por favor! ¡No, por favor! ¡NO POR FAVOR NO PORFAVORPORFAVOR NO NO NONO...!

Y a continuación de este chillido que fue aumentando de intensidad, oyó un aullido, tal vez de satisfacción o de desdén, un sonido animal pero, al mismo tiempo, casi humano.

Vio algo oscuro y movedizo que destrozaba más cristales del muro de la terminal que daba a la zona de aparcamiento (el muro era casi por completo de cristal) y los brillantes pedazos de vidrio a la luz de los focos de emergencia situados en las esquinas del edificio. La forma oscura cesó su labor de destrucción. Saltó a la rampa, rodó, y Dees vio que era un hombre.

La tormenta se alejaba, pero los relámpagos continuaban, y cuando Dees entró corriendo, jadeante, en la zona de aparcamiento vio por fin el aparato del Aviator Nocturno y la temeraria inscripción en la cola: N101BL. Las letras y los números parecían negros a causa de la escasa iluminación, pero sabía que eran rojos y, de todas formas, no importaba. Llevaba un carrete en blanco y negro, de película rápida, y un flash preparado para dispararse sólo cuando no hubiera suficiente luz para la velocidad de la película.

La bodega del Sky master estaba abierta como la boca de un cadáver. Debajo había un montón de tierra en el que se movían y reptaban cosas.

Dees patinó hasta frenar. Intentó levantar la cámara. Casi se estranguló. Blasfemó. Desanudó la correa. Apuntó.

Un largo, agudo y estremecedor alarido surgió de la terminal; el alarido de una mujer o de un niño. Dees apenas le prestó atención. Al pensamiento de que estaba ocurriendo una matanza allí dentro le sucedió el de que la matanza contribuiría a engrosar el reportaje, y ambos pensamientos se borraron de golpe

cuando hizo tres rápidas instantáneas del Cessna, asegurándose de encuadrar bien la bodega abierta y el número pintado en la cola. El carrito zumbó.

Dees se precipitó hacia allí. Más cristales rotos.

Se oyó otro golpe sordo cuando un nuevo cuerpo fue arrojado sobre el cemento como una muñeca de trapo humana. Dees forzó la vista, distinguió un confuso movimiento, el aleteo de algo que *podía* ser una capa..., pero estaba demasiado lejos para asegurarlo. Se giró. Tomó dos instantáneas más del avión, dos excelentes y escuetas fotos de la bodega bostezante y el montón de tierra.

Luego dio media vuelta y corrió rápidamente hacia la terminal.

Ni por un momento cruzó por su mente la idea de que iba únicamente armado con la Nikon.

Se detuvo a unos diez metros de distancia. Distinguió tres cuerpos, dos de adultos, uno de cada sexo, y un tercero que debía de pertenecer a una mujer de escasa estatura o a una niña de trece o catorce años. Era difícil deducirlo, porque le faltaba la cabeza.

Dees levantó la cámara y tomó seis rápidas fotos. El flash disparó su luz blanquecina y el carrito, al deslizarse, produjo un zumbido constante y suave.

No perdió la cuenta. El carrito era de treinta y seis fotos. Había tomado once. Le quedaban veinticinco. Guardaba más carretes en los grandes bolsillos de sus pantalones, lo que era estupendo... si tenía la oportunidad de volver a cargar la cámara.

Dees llegó a la terminal y empujó la puerta.

Pensó que lo había visto todo en esta vida, pero *nunca* había visto algo semejante. *Nunca*.

¿Cuántos?, sollozó su mente. ¿Cuántos, seis ocho?

El lugar era una carnicería.

Por todas partes yacían cuerpos y partes de cuerpos. Vio una pierna; la fotografió. Un torso desgarrado; lo fotografió. Había un hombre todavía con vida, un hombre vestido con un mono de mecánico, y por un estremecedor momento pensó que se trataba del borracho de Maine, pero éste era calvo. Tenía la cara hendida desde la frente a la barbilla, y la nariz partida en dos.

Dees lo fotografió.

Se le revolvián las tripas como un océano batido por la tempestad.

«¿Cuántas? ¿Cuántas fotos?», gritó para sí.

Por primera vez en diecisiete años había perdido la cuenta.

Las paredes estaban cubiertas de sangre. Charcos de sangre manchaban el desgastado linóleo. El tablón de anuncios, que sin duda debía albergar un aviso de la Agencia Federal de Aviación sobre el N101BL, estaba salpicado y goteaba como una ducha mal cerrada.

Había un escritorio, y al lado un mostrador.

Un globo ocular azul estaba pegado a una bolsa de caramelos.

Dees lo fotografió.

Y eso fue todo.

Todo lo que pudo tomar.

Vio el letrero LAVABOS. Una flecha debajo. Corrió en esa dirección. La cámara bailoteó al compás de sus movimientos.

El primero estaba indicado con una forma humana; era el de los hombres, puesto que no llevaba un triángulo sobrepuesto en el torso. A Dees le importaba un comino que fuera el lavabo de los extraterrestres. Lloraba con grandes, ásperos y roncós sollozos. Ignoraba que surgieran de él. Hacía muchos años que no lloraba. Desde que era niño.

Entró como una exhalación, patinó como un esquiador que ha perdido el control y se agarró a la segunda pila de la hilera.

Se inclinó sobre ella y vomitó todo cuanto contenía su cuerpo, un chorro abundante y apestoso. Parte le salpicó la cara y parte se estrelló contra el espejo, formando grumos terrosos. Olió el pollo criollo que había tomado a la hora de comer y vomitó de nuevo, con un sonido estrangulado como el de una maquinaria sobrecargada a punto de reventar.

« Jesús —pensó—, Jesús, no es un hombre, no puede ser un hombre... » .

Fue entonces cuando oyó el sonido.

Era un sonido que había oído mil veces, o quizá diez mil veces antes, un sonido habitual en la vida de cualquier hombre norteamericano..., pero que ahora le llenaba de un terror espantoso, sobrecogedor, más allá de todas sus experiencias y creencias.

Era el sonido de un hombre meando en un urinario.

Había tres urinarios. Los veía a través del espejo manchado de vómitos.

No había nadie en ninguno de los urinarios.

Dees pensó: « Los Vampiros... No... Se... Reflej... » .

Entonces vio un líquido rojizo que se estrellaba contra la porcelana del urinario de en medio, que caía por esa porcelana, que remolineaba entre las juntas dispuestas geométricamente.

El aire estaba quieto.

Sólo lo vio cuando se estrelló contra la porcelana inerte.

Fue entonces cuando se hizo visible.

Cuando se estrelló contra la porcelana desprovista de vida.

Estaba petrificado, inmóvil, con las manos apoyadas en el borde de la pila, la boca, garganta, nariz y fosas nasales sofocadas por el olor y el sabor del pollo criollo, y contemplaba cómo una invisible criatura vaciaba su invisible e inhumana vejiga.

« Estoy viendo mear a un vampiro », pensó confusamente.

A lo lejos, acercándose, aullaron unas sirenas.

Parecía que la orina sanguinolenta seguía estrellándose contra la porcelana, haciéndose visible, y resbalando para siempre por la superficie curva del urinario hacia los agujeros.

Dees no se movió.

« Estoy muerto », pensó.

A través del espejo vio la manija cromada bajar por sí sola.

El agua rugió.

Dees oyó un crujido y un aleteo, y supo que era una capa y que si se daba la vuelta su vida terminaría.

Permaneció donde estaba sin moverse un milímetro. Sus manos arañaban el borde de la pila.

—No me sigas. Sé quién eres. Lo sé todo sobre ti —dijo una voz suave, sin edad.

Dees gimió y volvió a mojarse los pantalones.

—Abre tu cámara —dijo la voz sin edad.

« ¡Mi película! —gritó parte de Dees—. ¡Mi película! ¡Todo lo que tengo! ¡Todo lo que tengo! ¡Mis fotos! ¡Mis...!» .

Otro seco aleteo de la capa. Aunque Dees no podía ver nada, presintió que el Aviator Nocturno estaba más cerca.

—Hazlo.

Su película *no era* todo lo que tenía.

Aún le quedaba la vida.

Así era.

De momento.

Se vio a sí mismo girando bruscamente, de cara al Aviator Nocturno, una criatura más cercana al murciélago que al hombre, una Cosa grotesca manchada de sangre y cabellos arrancados; se vio a sí mismo tirando una foto tras otra mientras el carrito zumbaba..., pero no habría nada.

Nada en absoluto.

Porque, en fin de cuentas, no había forma de fotografiarle.

—Eres real —habló con voz ronca, sin moverse, las manos apoyadas en el borde de la pila, la sangre retirándose de las palmas.

—Como tú —chirrió la voz sin edad, y Dees sintió que el aliento del Aviator Nocturno le agitaba los pelos de la nuca, y olió el perfume de la muerte en el aliento del Aviator Nocturno—. Ahora... La última oportunidad. Abre la cámara.

Dees abrió la Nikon con las manos completamente entumecidas.

Un aire gélido, cortante como una cuchilla de afeitar, le azotó el rostro. Por un momento vio una mano blanca de dedos largos manchada de sangre; vio uñas largas y rotas cubiertas de mugre.

Luego la película salió y se desenrolló sumisamente de la cámara.

Hubo otro seco aleteo, otra vaharada apesotosa. Por un momento pensó que el

Aviador Nocturno iba a matarle, de todos modos. Después vio que la puerta del lavabo de hombres se abrió sin que nadie la empujara.

«Debe de haber comido muy bien esta noche», pensó Dees, e inmediatamente levantó la vista para enfrentarse a su propia imagen en el espejo.

La puerta se cerró con un silbido.

Dees continuó inmóvil al menos tres minutos después de que la puerta se cerrara.

Continuó inmóvil hasta que las sirenas llegaron casi al extremo de la terminal.

Continuó inmóvil hasta que oyó toser y rugir los motores de un avión.

Un Cessna Skymaster 337.

Entonces salió del lavabo con las piernas rígidas, tropezó con la pared opuesta, reaccionó y caminó hacia la terminal. Casi cayó al resbalar en un charco de sangre.

—*¡Quieto ahí señor!* —chilló un policía a su espalda—. *¡Quieto ahí! ¡Si hace un solo movimiento disparo!*

Dees ni siquiera se giró.

—Prensa, pies planos —dijo Dees, y se acercó a una de las ventanas destrozadas.

Se quedó allí y contempló cómo el Cessna aceleraba por la pista 5. La película colgaba de su cámara como una tira de confeti marrón. La forma negra del avión se recortó contra el resplandor del generador y los tanques auxiliares en llamas, una forma que recordaba a la de un murciélago, y luego se elevó y desapareció. Y el policía aplastó a Dees contra la pared con la fuerza suficiente para hacerle sangrar por la nariz, aunque a Dees no le importó, ya no le importaba nada, y cuando los sollozos volvieron a surgir de su pecho cerró los ojos y aún seguía viendo la orina sangrienta del Aviador Nocturno estrellándose contra la porcelana curvada, haciéndose visible y deslizándose hacia el desagüe.

Pensó que jamás lo olvidaría.

Ponga una mujer en su mesa

Paul Hazel

PAUL HAZEL, nacido en 1947 en Bridgeport (Connecticut), es uno de los principales escritores de fantasía de Estados Unidos, conocido por su prosa elegante y cuidada, y una cierta inclinación hacia los juegos de palabras. Su trilogía *Finnbranch* (*Yearwood*, *Undersea* y *Winterking*) es un complejo y amargo lamento, henchido de misterio, magia y transformación. *Ponga una mujer en su mesa* es el primer relato de terror de Hazel.

Trabajo, como el señor Waymarsh y los señores Pendennis y Malesherbes, en la fabricación de un cierto pequeño artículo de utilidad doméstica. Cada día comemos juntos en un establecimiento cercano, en el que JoAnne atiende nuestras peticiones. El señor Pendennis es el responsable de las finanzas. Malesherbes fija los precios y redacta los pedidos. Su comida siempre ha consistido, durante estos últimos veinte años, en buey a la plancha sobre un lecho de lechuga fresca, dos tostadas con mantequilla y, después de que JoAnne ha limpiado la mesa, una sola taza de té English Breakfast. Pendenis, de gustos más ortodoxos, prefiere estofado o pescado. Waymarsh, el subdirector, comerá, por supuesto, cualquier cosa, pero siendo el menú limitado se inclinará, seis días a la semana, tras un prolongado fruncimiento de cejas, por la caballa. En cuanto a mí, siempre que hace buen tiempo y no he tenido problemas con los empleados, elijo tripa.

Siempre nos había parecido tan perfecto, tan exactamente adecuado..., hasta que apareció Cecily.

Cecily tenía veintiséis años, tal vez veintisiete. Su cabello, que colgaba sobre sus hombros en perezosos bucles, era del color de la barba del maíz con tendencia a oscurecerse, como la barba del maíz. A medida que pasaban las semanas fue adquiriendo una tonalidad pardoamarillenta, hasta que la agencia de ciencias femeninas lo restauró como por arte de magia. En nuestro favor debo confesar que no nos escandalizamos. Sus tobillos, como Pendennis se apresuró a notificarnos, eran tan esbeltos como los de una colegiala.

—La mitad de gruesos —nos informó Pendennis el día en que la vio salir por primera vez del despacho del director— que los de esas vacas de contabilidad.

Sonreímos con conocimiento de causa. Después de todo, eran sus vacas, Betsy Teeling, las dos Mónicas, la madura señorita McGuffin, la más joven (aunque igualmente rumiante) señorita Halliday: cuentas por cobrar, cuentas por pagar y nóminas.

—¿Así que el director tiene una nueva secretaria? —deduje.

Pendennis hundió su cuchara entre la salsa y las chirivías y sonrió entre dientes. «Una sonrisa de superioridad —pensé—, henchida de secreta complacencia».

—Compras —dijo. Pinchó algo en el plato y luego nos miró directamente a los ojos—. Jefa de compras.

—D-debes de estar e-equivocado —tartamudeó Malesherbes.

—En absoluto —intervino Waymarsh, que por ser la mano derecha del director estaba en todo. Clavó el tenedor en el último trozo de pescado y lo introdujo con delicadeza bajo su bigote. Después tomó un sorbo de café con toda la calma del mundo—. ¿Qué os parece si pedimos un poco de pastel de manzana?

—¿Qu-qué quieres decir? —protestó Malesherbes, tan agitado que retiró su servilleta del cuello.

—O una tarta —continuó Waymarsh.

—Esa... —empezó Malesherbes, abatido. Su ancho rostro enrojeció—. ¡Esa mujer!

—Señorita Cecily Hart —dijo Waymarsh sin perder la compostura—. Cinco años con Bernham & Maggoty. Y una licenciatura.

—Imposible —repuso Malesherbes.

Pero era cierto. El director nos convocó esa misma tarde en su gran despacho situado en lo alto de la torre, desde el cual, con los tirantes dilatados por su abdomen, podía observar los esfuerzos de sus empleados y, detalle importante, podía ser visto por ellos.

—Los tiempos modernos —anunció el director, irradiando bienestar y confianza— exigen, de vez en cuando, algunas mínimas concesiones.

Malesherbes parecía receloso.

Waymarsh, que gozaba de la prerrogativa de estar sentado en presencia del director, nos sonrió con benevolencia. Era un hombre plácido, como perteneciente a otro mundo. Posaba sus nalgas confortablemente en los dominios del director y aceptaba su puesto sin hacer preguntas.

—Las mujeres —siguió el director—, según me han informado, adquieren el noventa y siete por ciento de nuestros artículos domésticos. Caballeros su poder adquisitivo, para no andarnos por las ramas, es extraordinario. Y, sin embargo, en todos estos años, nunca hemos... —se giró con brusquedad y comprobó, después de echar una ojeada a la plantilla (no me cupo la menor duda), la conspicua ausencia de mujeres. Volvió a mirarnos—. Ni siquiera *aquí*—subrayó—. Especialmente aquí, en nuestro inner sanctum...

—Estoy por completo de acuerdo —coreó Waymarsh, pues la decisión ya había sido tomada.

—Un retraso excesivo —concedió Pendennis.

Malesherbes intentó disimular su disgusto.

El director rodeó con su brazo la espalda de Malesherbes.

—Sabía que podía contar con usted —declaró, complacido. Oprimió el botón del intercomunicador. La puerta exterior se abrió al instante. La joven, escoltada por la culona secretaria del director, avanzó con parsimonia hacia nosotros.

—Me complace en presentarles a la señorita Hart —dijo el director.

Le estrechamos la mano, uno por uno. Su apretón era franco. Sus pechos, firmemente asegurados, no se movieron en ningún momento. Bajo uno de sus esbeltos brazos llevaba una tablilla con sujetapapeles.

—Encantado —dijo Waymarsh.

—Igualmente —dijo Malesherbes, tratando de ocultar su disgusto.

Fue Pendennis, sin embargo, quien la invitó a comer.

—El miércoles —nos indicó, cuando ya era demasiado tarde.

—¿De qué creéis que podremos hablar? —bufó Malesherbes. Bajó la vista

hacia la fláccida bolsa de té English Breakfast que flotaba en la taza y, como poseído ya por la presencia intrusa de la señorita Hart, se estiró los pelos de la nariz.

—Hablabamos de lo que siempre hemos hablado —sugerí— y le ofreceremos un puro.

—Pero si no fumamos —se quejó Malesherbes.

—Es una broma, John —le dijo Pendennis, conciliador.

—Pues no me hace gracia —respondió Malesherbes, malhumorado.

El miércoles me vi obligado a aparcar en el solar que hay detrás de la iglesia de St. Stephen y caminar el resto. Pese a ello, aún faltaban diez minutos para las doce cuando JoAnne cogió mi chaqueta y la colgó junto a las otras.

—Hoy nos hemos puesto muy guapos —sonrió JoAnne.

—Es lo único que tenía limpio —protesté, sin saber muy bien por qué me disculpaba.

Pendennis, que estaba mirando la puerta, llevaba una corbata que nunca le había visto. Se había peinado y dado un toque de laca a sus escasos cabellos. Waymarsh iba embutido en un traje negro a rayas. Malesherbes, por su parte, se tocaba con su ajada gorra de mariner, inclinada sobre la frente. Se limitó a parpadear cuando Pendennis sugirió que sería un detalle de cortesía quitársela.

—Pretendes ser irónico, supongo —dijo Waymarsh.

—Pretendo ser yo mismo —le contestó Malesherbes.

—Siempre te quitas el sombrero cuando entras en algún sitio —le corregí.

—Pero ahora no pienso quitármelo —Malesherbes sonrió de forma inexplicable—. Las intenciones cuentan para algo.

Tras oír su respuesta le dejamos en paz. Con todo, cuando JoAnne salió de detrás del mostrador para traerle su plato de buey a la plancha y el cuaderno de notas en ristre, Pendennis le detuvo con un gesto.

—Espere unos minutos, estamos esperando a otra persona.

Malesherbes contempló horrorizado cómo su comida regresaba hacia la cocina.

—No tienes derecho —susurró.

—Todo el derecho del mundo —respondió Pendennis.

—Veinte años de buey a la plancha —le recordó Waymarsh—. Yo diría que hay motivos suficientes.

Malesherbes paseó la mirada por la mesa vacía.

—Es lo que me gusta.

—Eso es lo que me preocupa —repuso Waymarsh.

—Creo que voy a pedir una chuleta —interrumpió Pendennis.

Todos le miramos, estupefactos.

—Es un día especial —explicó.

—Tonterías —dijo Malesherbes, aunque todos los demás ya nos habíamos puesto en pie.

Estoy seguro de que, en el fondo, ninguno de nosotros creíamos que vendría. Por naturaleza y por costumbre no estábamos preparados para la compañía de una joven. Pendennis y yo éramos solteros. Waymarsh era viudo. Por las tardes leía libros de horticultura o asistía a conferencias en la universidad. Se puso a temblar al divisar la esbelta figura recortada contra el umbral de la puerta. Pendennis examinó de súbito la pechera de su camisa (su mayor defecto) y rogó, imagino, por una muerte súbita.

Cecily pasó por delante del mostrador, observada por el camarero, y se desvió de inmediato hacia nosotros.

—¿Llego tarde? —preguntó—. ¿Ya han pedido?

Su pelo, despeinado y caído sobre las sienes, exhibía las mechazas del amarillo más vistoso que había contemplado en mi vida.

Waymarsh, decantándose por la ceguera, se quitó las gafas.

—No, en absoluto, señorita Hart —dijo con suavidad.

—Cecily —insistió ella.

Waymarsh le ofreció su mano grande y húmeda.

—Harold —susurró.

—Patrick —dijo valientemente Pendennis.

—Desmond —dije yo.

Malesherbes, sin embargo, permaneció en silencio. Cecily, sin darle mucha importancia, se sentó a su lado.

—¿Qué van a tomar? —preguntó.

Malesherbes miró si se estaba burlando de él.

—Pendennis tomará chuleta —dije—, y yo, tripa.

Waymarsh arrugó el entrecejo mientras examinaba la lista escrita en la pizarra.

—Estaba pensando en estofado —insinuó.

—Son maravillosamente diferentes, todos ustedes —ella rió y sonrió, porque Pendennis y yo habíamos sonreído. Se giró hacia Malesherbes—. Defínase también usted, porque pretendo guiarme por la experiencia.

Por un momento pensé que había detectado una actitud conciliatoria en el ojo izquierdo de Malesherbes, pero no se dejó seducir. Cuando JoAnne volvió para anotar nuestros pedidos, seguía manoseando los cubiertos. Pequeñas manchas de humedad relucían sobre su grueso labio superior.

—¿Has decidido, John? —le preguntó por fin JoAnne.

—Nada —contestó.

JoAnne le miró con aire suspicaz.

—Aquí no tienen nada —dijo él en voz alta. A intervalos hundía los dientes del

tenedor en el mantel—. Sólo piedras —murmuró con una sonrisa, que se transformó en una mueca—. Y apestosas hierbas negras —el fluctuante tenedor se acercó peligrosamente al hombro de Cecily. Malesherbes levantó de repente la vista.

Al otro lado de la mesa había hombres que conocía. Es posible que el hecho de vernos a Pendennis, Waymarsh y a mí le ayudara a calmarse.

—La experiencia me ha enseñado, señorita Hart —dijo casi con serenidad—, que la hierba negra es la más incomedible.

Cecily se apartó, nerviosa.

—Le servirá de ayuda —expliqué— saber que una vez naufragó.

—En una roca —añadió Pendennis.

—Al este de Terranova —dijo Waymarsh—. En el Atlántico.

—Sin... —continuó.

—¿Ya se han decidido? —interrumpió JoAnne, que no había cesado de oír después de tantos años todo lo que le interesaba oír acerca del hundimiento del barco.

(Trece días, le contamos, sin más recursos que una lata de galletas).

—¡John! —gritó JoAnne.

Malesherbes agitó la cabeza torpemente. Sus fofas mejillas fluctuaron.

JoAnne, exasperada, se colocó tras la silla de Cecily.

—¿Y usted, señorita?

—Trucha —musitó Cecily; dos temblorosas sílabas que brotaron de sus labios y, como temerosas de la luz y del aire, se desvanecieron.

No podía haber empezado peor. Cuando llegó la trucha, Cecily comió varios trozos para ser sociable y luego, apoyada en silencio contra el respaldo de su silla, bebió un poco de agua fría y esperó.

Pendennis tosió. Por la expresión de su rostro deduje que la chuleta estaba dura. En cambio, la tripa sabía a las mil maravillas, pero el espectáculo de Malesherbes con la vista perdida en el mantel me hizo perder el apetito.

—¿Ustedes también eran marinos? —preguntó por fin Cecily.

—Estábamos en el ejército —le dijimos.

—En el norte de África —aclaró Waymarsh mientras buceaba mecánicamente en su estofado.

—Birmania —rectificó Pendennis, atacando la chuleta—. Las Filipinas.

—Antes de que usted naciera, o quizás antes de que nacieran sus padres —dije.

Cecily rió de nuevo, a modo de respuesta, algo menos insegura, descubriendo una diminuta lengua rosácea.

—No parecen tan mayores —sonrió.

Fue en ese momento cuando, desviándose de la chuleta, el cuchillo de

Pendennis se precipitó sobre el dedo de Cecily.

Pendennis luchó por recuperar el equilibrio, lo perdió y se inclinó hacia adelante, añadiendo el peso de su torso y de su brazo a la inesperada aceleración del cuchillo. Se enderezó un instante más tarde, pero para entonces el extremo del dedo de Cecily, segado por la falange, ya había rodado hasta detenerse frente a Malesherbes.

Después todo pareció transcurrir al mismo tiempo. Cecily chilló; Pendennis, pálido, expresaba entre sollozos su estupor, sin dejar de repetir a Waymarsh y a las camareras que habían acudido a toda prisa que se trataba de un accidente. Alcé el brazo de Cecily sobre su cabeza para detener la hemorragia, mientras Waymarsh le envolvía el dedo con las servilletas. Creo que fui el único testigo, en la confusión, de lo que había hecho Malesherbes con el pequeño pedazo de carne.

Me sentí aliviado, a pesar de todo, cuando a la mañana siguiente Pendennis se detuvo ante mi escritorio.

—Fue un claro acto de locura —dijo—. Con todo, he de reconocer cierta admiración.

Hice lo que pude para parecer asombrado, pero él sonrió.

—Sin embargo, daba la impresión de que estabas muy afectado —le recordé.

—He vuelto a invitarla —dijo con aire de niño travieso—. Como un acto de desagravio. Espero vuestra asistencia.

Cecily llevaba un vendaje, por lo que necesitó la ayuda de JoAnne para quitarse la chaqueta y la de Waymarsh para sentarse.

—Debe de ser doloroso —dije.

—Lo es —reconoció.

Tenía las mejillas pálidas. Cuando sonrió, lo que sólo consiguió a medias, percibí que sus ojos se habían oscurecido, como si hubieran perdido parte de la capacidad para enfocar. No obstante, levantó la vista de repente.

—Este trabajo es muy importante para mí —afirmó—. Es necesario, además, que mantenga relaciones cordiales con todos ustedes —las comisuras de sus labios se alzaron sin revelar los dientes—. Relaciones profesionales cordiales.

—Tienes razón, por supuesto —dijo Waymarsh.

—No podría ser de otra manera —observó Pendennis.

JoAnne no tardó en traer el café. Se inclinó sobre Waymarsh y, mientras él fruncía el entrecejo, anotó obedientemente « estofado » en su cuaderno, a pesar de que el cocinero había sacado un plato de pescado en cuanto le vio traspasar el dintel de la puerta. La verdad es que ni Pendennis ni yo íbamos a sorprenderla. Sin embargo, parecía inquieta.

—¿Y tú, John? —preguntó.

Pero, a pesar de que Malesherbes meneó la cabeza, estaba sonriendo.

Me entristece admitir que esta vez fue mi cuchillo el que resbaló.

Al empezar la siguiente semana, JoAnne colocó innecesariamente la pizarra frente a nosotros.

—¿Qué le sucedió a esa infortunada joven?—preguntó.

—Desapareció —dijo Pendennis.

—Se marchó sin previo aviso —le corrigió Waymarsh.

—Sin una palabra —concluí, tratando de terminar la conversación.

—Qué cosa más rara —insistió JoAnne—. Pobre niña, tan proclive a los accidentes.

Con un suspiro, apoyó el bolígrafo en su cuaderno de notas.

—Bien, ¿qué será hoy, caballeros?

—Sólo café —dijo Waymarsh.

—Lo mismo —replicó Pendennis, con la cabeza baja para ocultar el brillo de su ojo.

JoAnne le miró, vacilante.

—Café —coreé.

Malesherbes sacó de su bolsillo un bocadillo envuelto en papel parafinado.

—Té —dijo con firmeza—. Una estupenda taza de té caliente English Breakfast.

Uno tras otro, cuando JoAnne nos dio la espalda, sacamos nuestros bocadillos.

—No iría mal un poco de mostaza —sugirió Pendennis.

—Y pimienta —dijo pensativamente Waymarsh—. Creo que me pondré algo de pimienta.

—Resultará excelente tal cual —les aseguró Malesherbes.

Desenvolvimos el papel con todo cuidado.

Entre las rebanadas de pan advertí los trozos de carne rosa pálido. Seguro que no tendrían grasa. Malesherbes se había encargado personalmente, a última hora de la tarde anterior, de pulir los pedazos ante nuestra presencia. Sin embargo, reconsideraré por un momento la posibilidad de pedir tripa. Es curioso, pensé, cómo cambian los gustos. Siempre nos había parecido tan perfecto, tan exactamente adecuado... hasta que apareció Cecily.

El beso sangriento

Denis Etchison

DENNIS ETCHISON, nacido en 1943 en Stockton (California), es conocido por sus magistrales narraciones cortas. Las mejores han sido recogidas en los volúmenes *The dark country* y *Red dreams*. Otros libros suyos incluyen la novela *Darkside* y las antologías *Masters of darkness* y *Cutting edge*. Excelente guionista, es posible que su trabajo en Hollywood haya inspirado el cuento que sigue a continuación.

Ella se había dicho que aquello nunca podría llegar tan lejos, pero esperaba que sucediera contra toda esperanza. Ahora ya no estaba segura de lo que era ilusión y de lo que era realidad. Había perdido el control.

—¿Sigues ahí, *Chris*? —era Rip, el chico de los recados, que de tanto rondar por los estudios había llegado a ser Ejecutivo a Cargo de Proyectos Especiales, fuera eso lo que fuese. Se paró frente a la puerta del despacho, giró sobre un pie y meció el otro hasta cruzar el tobillo sobre la rodilla, la airosa postura de un bailarín en descanso o la maniobra socarrona de un corredor dando a entender que lleva suficiente ventaja como para no tener que apresurarse. Ella no pudo decidir cuál de las dos era la más adecuada. Le miró distraidamente y fingió que su siguiente pregunta la divertía—. ¿Irás a la fiesta esta noche?

—¿Te importa mucho que lo haga?

—Claro —dibujó una sonrisa infantil, como si hubiera olvidado por un momento que tenía treinta y cinco años—, y a sabes que asistirá todo el equipo —echó un vistazo al pasillo en ambas direcciones, se metió dentro y bajó la voz para bromear sobre su evidente aspiración—. ¿Sabes lo que le vamos a traer a Milo?

—Deja que lo adivine... ¿Una danzarina del vientre? No, eso fue para su cumpleaños. ¿Un bailarín de Chippendale?

Rip reprimió su carcajada.

—¿Me tomas el pelo? No saldrá de su guarida hasta la tercera temporada.

—Nunca se sabe.

«Eso es lo que tú quisieras —pensó ella—. Guarida, y un pepino. Podría decirte algunas cosas sobre Milo, si de verdad te interesan, pero es posible que no me creyeras; no encajarían en tus planes, ¿verdad? Milo el Gran Jefe. Sigue soñando».

—Me rindo —dijo—. ¿Qué es?

Rip cerró la puerta detrás de él.

—Contratamos a ese bombón de la Oficina de Reparto. Entrará..., irrumpirá a las doce menos cinco y anunciará entre sollozos que acaba de cargarse el coche de Milo, aparcado enfrente. ¿Has visto el 450SL blanco? El último capricho de Milo, ¿vale? A ella le sabe tan mal, va a pagarlo todo, *siempre que su seguro no haya caducado*. Así que lo arrastra hacia la habitación de arriba en donde está el teléfono, busca el número, se desmorona, empieza a llorar, se despoja del vestido y se le ofrece... Y de repente, ¡sorpresa! ¡Todo era una farsa! ¡Feliz día de San Valentín! Iremos todos. ¿Tienes una cámara, *Chrissie*?

—Llevaré mi 3-D.

—¿Qué?

—Nos veremos allí, R. Ahora voy a escribir de nuevo mi guión.

«¿Lo terminaré algún día?», se preguntó.

—¿Te refieres a *Zombis*? Creí que ya estaba a punto.

—Y lo está, pero Milo tenía unas sugerencias de última hora. Nada importante. Lo quiere sobre su escritorio mañana por la mañana.

—Estupendo —dijo Rip, sin escucharla—. Bueno, no trabajes mucho.

« Si no lo hago yo —pensó ella—, ¿quién lo hará? » .

—Y, Chrissie...

—¿Sí?

—Que pases una noche fabulosa, sola o acompañada. Recuerda, *No abra la puerta* va directo al número uno..., ¡lo conseguimos! Bueno, gracias a tu episodio, por supuesto. ¡*La Reina de los Zombis* nos situará en la cumbre!

—Gracias por decírmelo R.

« Y no me llames Chrissie —pensó mientras él se marchaba—. Yo lo he conseguido, tú lo has conseguido, ellos lo han conseguido, nosotros lo hemos conseguido... Me gustaría verles por una vez, a Milo o a cualquiera de esta productora, haciendo el auténtico trabajo: entrevistar a escritores, resumir argumentos, reescribirlos toda la noche para entregar algo más que grandes ideas a la cadena... Tendría que haberme quedado de secretaria. Al menos dormiría mejor.

» Pero, en ese caso, ¿qué sería de ellos? ¿Y qué sería de mí? Hubiera regresado a Fresno, a casa de mis padres, en lugar de estar aquí, oculta entre bastidores para mantener unida a esta familia sustituta. Si me dieran un dólar por cada vez que he salvado el trasero de Milo la noche anterior a un estreno...

» Con historias como ésta —pensó, revolviendo las hojas—. Por fin encontré una perfecta. Bueno, no fui yo. Esta vez, milagrosamente, todo estaba a punto cuando cayó en mis manos; lo único que tuve que hacer fue pulirla un poco y dársela a M. para la presentación. El episodio perfecto para abrir la segunda temporada. Así lo llamaron. Para ser sincera, quería que pensarán que era mío. Y funcionó. ¿He de renunciar a este despacho por culpa de una abstracción? ¿Quién es Roger Ryman? Con los detalles específicos cambiados, será irreconocible cuando la rueden... Ya me ocuparé de ello. Dejarán que escriba yo el guión. ¿Quién, sino? Y entonces todo el prestigio será para mí, reconocerán mis méritos, entraré a formar parte de la Asociación... ¿Quién podría darse cuenta? Es probable que Ryman se gane honradamente la vida en algún sitio, tal vez lejos. Nunca la verá. Ni siquiera debe tener televisión por cable.

» ¿Y si la ve algún amigo suyo?

» Olvidalo, Chrissie, *Chris*. Te volverás loca.

» Tú lo quisiste así, admítelo. Te empeñaste en ello » .

Sacó de la máquina de escribir la última hoja de la última revisión, la que incorporaba los cambios surgidos después de su entrevista de hoy con Milo, y empezó a leer las pruebas desde la primera página:

por
Christine Cross

1. SUPERMERCADO DE HORARIO ININTERRUMPIDO-NOCHE

Las tres de la madrugada. Los muertos vivientes asedian el super.

Cientes zombi se dirigen hacia el departamento de *productos alimenticios*, donde se hallan escondidos detrás de la caja el encargado de noche y su novia, una de las cajeras. Tiene que sacarla de allí antes de que reparen en su presencia. Los zombis quieren algo más que fruta y verduras.

Pone en marcha el sistema de altavoces, agarra el micrófono y, para distraerlos, anuncia una oferta de hígado. Los zombis se arrastran hacia la *sección de carnes*.

Le indica a la CAJERA que ande a gatas hacia la puerta delantera..., pero nuevos refuerzos de zombis empiezan a entrar desde el exterior. Ella cambia de dirección, se desliza entre los pasillos, pero se ve obligada a retroceder hacia la *sección de carnes*, donde los zombis están muy ocupados devorando hígado.

Un zombi solitario llega al extremo del cajón de congelados. Toda la carne ha desaparecido. Aprieta el timbre con movimientos torpes y convulsivos. Nadie responde. Entonces trepa al mostrador, agarra al CARNICERO allí escondido, lo alza, hunde una mano en el abdomen del CARNICERO y le arranca el hígado.

Mientras prosigue la orgía, una lluvia de sangre y vísceras salpica a la CAJERA. Ella chillar.

« ¡CORTEN! » .

Vemos que una película está siendo proyectada en el supermercado, pero la chica que interpreta a la CAJERA no para de chillar. Mientras los zombis se despojan de sus máscaras sale corriendo del plató histórica.

« ¡Fantástico! —le dice el DIRECTOR al ENCARGADO DE EFECTOS ESPECIALES—. Pero quiero más sangre la próxima vez, ¿vale, Marty? » .

Sale a buscar a la CHICA.

2. EXTERIOR

El DIRECTOR la consuela en el aparcamiento. Ella, sabiendo que no le da lo que necesita, quiere agradarle, pero es superior a sus fuerzas. Se está desmoronando. Tiene ganas de subir al próximo autobús para

Indiana.

El DIRECTOR la necesita. Ella será la Reina de los Zombis. La envía de vuelta al Holiday Inn. Un baño caliente, un descanso..., ¿qué más puede hacer por ella? Si es necesario, ensayará más tarde con ella, en privado.

Repasó las páginas. Perfecto, como todo lo demás. Funcionaba óptimamente: « Sácale juego al boceto —pensó—. Podría escribir ese guión ahora mismo, aprovechando la inspiración, si Milo no necesitara enviar antes esta versión a los jerifaltes para su aprobación. Una formalidad. Podría seguir trabajando, no quiero asistir a esa espantosa fiesta. Puedo acabarla antes de plazo... Por fin se darán cuenta de lo muy importante que soy para esta operación. Hasta podría ocurrir que Milo comprendiera la necesidad de un productor asociado. ¿Por qué no?» .

¿Estaría todavía en su despacho? Podría presentarle sus respetos, excusarse de la fiesta y explicarle que se marchaba a casa a trabajar. Le impresionaría muchísimo, ¿no?

Grapó las páginas y buscó su bolso.

El pasillo olía débilmente a desinfectante y, a lo lejos, se oía el golpeteo de los cubos de basura a medida que las mujeres de la limpieza pasaban de una sala a otra del edificio, recogiendo los desperdicios de los demás y poniéndolo todo en orden. Mientras atravesaba el vestíbulo de recepción vio el carrito de las escobas y los detergentes detrás de una puerta entreabierta y, más allá, a través de la ventana del despacho de Rip, la línea del horizonte ennegrecida por una faja de polución, producto de otro día en la ciudad. Era más tarde de lo que pensaba.

—Buenas noches —dijo en voz alta.

La mujer de la limpieza se enderezó y se restregó las ásperas manos en el uniforme; luego dejó caer los brazos a los costados con las palmas hacia arriba, como temerosa de que la acusaran de estar robando. Su rostro se veía sombrío e inexpressivo.

—Que lo pase... que lo pase bien —añadió Chris.

Bueno, en realidad no era fiesta. ¿Entendería el inglés la mujer?

Antes de irse intercambiaron una última mirada. La de la otra fue serena y conformista, desesperanzada y extrañamente beatífica. Una huella de desaprobación se insinuó en su máscara impasible. Chris se sintió un poco incómoda, como una adolescente descubierta saliendo o entrando a hurtadillas en su habitación. De hecho, la mirada era casi de pena. ¿Por qué? Bajó los ojos y se alejó.

Golpeó con los nudillos la puerta de Milo, y después entró sin esperar autorización.

El despacho estaba vacío. Era normal que no se molestara en despedirse.

¿Para qué? Nunca lo había hecho. Eso cambiaría, por supuesto. Durante tres días había tenido un despacho para ella sola, pero los demás tardarían un tiempo en asimilarlo. Las cosas serían diferentes muy pronto.

Observó las señales habituales de una partida apresurada: una fila de latas de coca-cola vacías, un cajón salido para estirar los pies, un puñado de impresos para mensajes enrollados junto al teléfono, una bandeja de papeles columpiándose en el extremo del escritorio.

A su pesar, reconoció que la escena le resultaba más conmovedora que sorprendente. Milo necesitaba alguien que pusiera orden en su vida, que pasara revista al terminar la noche. No podía hacerlo todo. No era culpa suya, razonó ella, formaba parte de su naturaleza... Se sintió como la hermana que corregía sus deberes mientras dormía, la novia que le chivaba las soluciones en el examen final, la madre que se preocupaba de peinarle antes de ir a la escuela. Sabía que no ocupaba ninguno de estos lugares, pero él no tardaría en reconocer su valía. Los días de indiferencia habían terminado.

Sonrió mientras atravesaba el despacho y depositaba triunfalmente su boceto corregido sobre el cristal del escritorio, donde aguardaría a que él llegara por la mañana. No dejaría de verlo.

Colocó el bloc de mensajes entre el cenicero rebosante y los círculos dibujados por la taza de café. Utilizó el pisapapeles para inmovilizar sus hojas, alineó un lápiz a cada lado para enmarcarlas y se dispuso a salir.

Oyó que el carrito salía del despacho de Rip y se dirigía hacia el de Milo.

¿Y si la mujer de la limpieza reordenaba las cosas y ponía sus hojas bajo el montón que no correspondía?

Chris debería advertirla de no tocar el escritorio.

¿Y si no conseguía hacérselo comprender a la mujer?

Suspiró y vació el cenicero, tiró las latas en la papelería, limpió el cristal del escritorio y ordenó el resto de sus cachivaches para que no hubiera necesidad de tocar nada. Mientras deslizaba el bloc de notas bajo el teléfono y se preparaba para marcharse antes de ser pillada *in fraganti*, el timbre interior del teléfono sonó una vez, a causa del movimiento. Ella parpadeó.

Y vio lo que estaba escrito en la primera página del cuaderno.

Parpadeó de nuevo y lo releyó, esforzándose por comprender el sentido.

Estaba redactado con los garabatos familiares de Milo, su última nota del día. No tuvo la menor dificultad en descifrarla. Decía:

«QUE BILL S. ESCRIBA REINA DE LOS ZS. ¿QUIÉN ES SU AGENTE?» .

Se quedó mirándola.

Puso las manos en las caderas, apoyó su peso en un pie y luego en el otro, miró por la ventana y sólo vio oscuridad; leyó la nota otra vez antes de que sus ojos empezaran a picarle. El significado era indudable.

Milo le había asignado la confección del guión a otra persona.

Ella no participaba en la carrera.

Ni siquiera estaba en la lista de competidores.

Tendría suerte si constaba en los títulos de crédito. No, probablemente ni siquiera eso.

La venda se le cayó de los ojos.

Ya podía ver el nombre de otro escritor en la pantalla. Tal vez el de Milo sólo. Había sucedido antes.

« Ha vuelto a suceder —pensó—. Siempre sucede igual.

» Y ni siquiera lo vi venir» .

Ni tan sólo podría elevar una protesta, puesto que se arriesgaba a provocar un arbitraje que quizá descubriera al verdadero autor de la obra que se había apropiado.

« Me han cogido —pensó—. Otra vez.

» Pero esta vez no me conformaré con el hueso que me han tirado. Ahora no.

» Esto se acabó aquí» .

Cogió el cenicero y lo arrojó al otro lado del despacho. Se estrelló contra el dibujo enmarcado de LeRoy Neiman colgado en la pared. Después recuperó sus páginas y salió del despacho; fragmentos de cristal se clavaron en las suelas de sus zapatos y rechinaron mientras andaba.

Estupefacta, la mujer de la limpieza se hizo a un lado.

—Esta vez no —le dijo Chris entre sollozos de rabia—. *¿Comprende?*^[6] Lo... lo siento. Perdóneme...

« He cometido un gran error, un error terrible, terrible.

» O quizás lo ha cometido otro» .

De vuelta en su despacho examinó el fichero hasta encontrar la sinopsis original, ofrecida por un desconocido sin agente al que jamás había visto, Roger R. Ryman. Había incluido su domicilio y teléfono particulares en la página del título.

Aferró el receptor y se rompió una uña mientras marcaba el número.

Al principio, él no la reconoció por su nombre, pero cuando pronunció las palabras mágicas, *No abra la puerta*, recordó las series, la sinopsis que había enviado y casi consiguió lamerle la cara a través del teléfono.

Sí, por supuesto, se citaría con ella en cualquier parte, a cualquier hora.

Ella le dio la dirección de Milo.

Él no vio nada raro en que le citara en una fiesta de San Valentín.

3. EN EL HOLIDAY INN

Ella llama a casa deshecha en llanto. Está preparándose para tomar el baño cuando entre el DIRECTOR.

Todo irá bien. Tú puedes hacerlo, le dice. Trabajaré con ella personalmente. Él se adjudica el papel de un zombi en el ensayo, la acaricia, la agarra, la abraza apasionadamente. Ella responde con desesperación, olvidando el guión. Ella le necesita. Y piensa que él la necesita.

4. MÁS TARDE.

Ella llama a su casa de nuevo..., pero esta vez en otro tono. Sí, le va muy bien. Después de todo, se abrirá camino.

«¿Sabes una cosa, mamá? He conocido a un hombre, pero no a un hombre cualquiera. Es maravilloso, muy gentil. Se preocupa realmente por mí...».

«Fantástico —pensó Chris—. Ahora la pregunta es ¿quién será él?».

Cuerpos de todos los tamaños y formas pasaban junto a ella, ataviados con toda clase de vestimentas: sombreros en forma de corazón, trajes con flechas, zapatos de atractivo diseño, camisetas de pésimo gusto, alfileres esmaltados, pañuelos de cabeza adornados con dibujos, chándales de color pastel adquiridos en el Berverley Center, indumentarias de los años treinta procedentes de la avenida Melrose. Ositos de felpa acechaban en las esquinas con *billets-doux* clavados en los baberos; globos de Mylar flotaban hacia el techo como burbujas de aire en la superficie de un acuario. Jadeó en busca de aliento a medida que personajes inidentificables se arremolinaban a su alrededor, todo collares y dientes luminosos bajo las luces ultravioletas, y buscó una salida antes de que la presión de la música la cercara de nuevo. Mientras se abría paso entre la muchedumbre hacia la puerta más cercana, algo parecido a una pinza trató de asirla por el muslo. En las sombras, los osos de ojos negros y brillantes como los de los tiburones parecieron mover sus peludas cabezas, siguiendo sus movimientos.

Otro disco, *Esperando a que terminen los ochenta*, empezó a sonar, interpretado por los Coupe de Villes, al tiempo que un grupo de hombres de cuello largo y bigote recortado se agolpaba en torno a un llamativo bufet de la cocina. Estaba a punto de pasar de largo cuando reparó en un enorme y coloreado paté con la parte superior hendida para imitar las alas de una gaviota en pleno vuelo. El centro se hundió y reveló el compacto hígado del interior, a medida que los hombres iban untando canapés y contando chistes. Una fina película de sudor brillaba en las entradas de sus cabellos. Ella reconoció al conversador más animado.

—Rip...

Él le rodeó el hombro con su brazo y la atrajo hacia sí, y no la soltó hasta que hubo terminado de contar el chiste, como si Chris hubiera interrumpido su actuación. Cuando terminó, echó la cabeza hacia atrás y soltó una fuerte carcajada que hizo vibrar su carótida y estremecer su cuerpo. Por fin se giró hacia ella.

—¡Christie, amor! —la atrajo más cerca—. Mark, me gustaría presentarte a nuestro nuevo Responsable de Guiones.

—Rip, ¿has visto a...?

—No, no sé por dónde para Milo, pero apuesto a que no prepara nada bueno —señaló el techo con el pulgar—. Prueba en el piso de arriba.

—Rip, si alguien pregunta por mí...

—Yo, en tu caso —Rip le guiñó el ojo—, no iría a estorbarle todavía.

« Como siempre, cuento sólo con mis fuerzas —pensó—. Todo lo demás era pura ilusión» .

—No importa —Chris cogió al vuelo una copa de champaña muy frío y la vació—. Nos veremos a las doce.

Se dirigió hacia las escaleras. Arriba se oían muchas voces. Quizás encontraría allí lo que andaba buscando. Se estaba haciendo tarde y era preciso tenerlo todo a punto antes de que empezaran los fuegos artificiales.

5. EN MAQUILLAJE – AL DÍA SIGUIENTE

Ella está sentada en la silla, recibiendo los mimos que necesita de su nueva familia. El MAQUILLADOR es amable, sensible. Aunque ha abandonado su auténtica familia y su auténtico hogar, ahora siente que pertenece a algún sitio.

Cuando se va, el MAQUILLADOR y el EQUIPO cambian de tono. Esta pobre niña fracasará. Es muy nerviosa, excitable, peligrosamente inestable, pero es demasiado tarde para reemplazarla. El tiempo vuela.

6. EN EL PLATÓ.

Ella vuelve a hundirse. El DIRECTOR intenta darle ánimos, pero no es suficiente. Es demasiado insegura. Después de doce tomas le suplica que lo prueben otra vez.

« Háblame como hiciste anoche. Quiero que salga bien» .

« Eso es lo que quiero y o también» , le dice.

La escalera, escasamente iluminada, estaba atestada de gente. Manchas borrosas —rostros irónicos y vivaces— observaron su ascenso: chicos sin patillas y muchachas indiferentemente elegantes, como ajenas al lugar, de sonrisa falsa,

fija y obstinada. Rozó con la muñeca algo frío y suave. Se trataba de una almohada de raso en forma de corazón que alguien de sexo indeterminado pretendía regalar. Se apartó y se apretó contra la pared como si caminara sobre platos de cartón empapados; distinguió un estampado que reproducía a una pareja de tórtolos que se arrullaba y acariciaba debajo de una ensalada de patatas a medio comer, dejando caer alas de pollo.

—Perdón —dijo.

—Perdóneme a mí —dijo la persona de la almohada—. ¿Es usted la que busco?

—Eso espero —dijo, desviando los ojos y apresurándose escaleras arriba. Después repitió en su mente las palabras y el timbre masculino de la voz.

—Le ruego que me disculpe, pero...

Abajo, una nostálgica luz estroboscópica estilo años sesenta bañaba las cabezas de los bailarines, relegándolos al anonimato de unos extras.

Se sintió como atrapada en una red tejida décadas atrás. No cambiaría hasta que se decidiera a actuar. No era el momento de desfallecer. Recordó algo que su padre le había dicho antes de marcharse: « Cuando te sientes, siéntate. Cuando estés de pie, estáte de pie. Pero nunca vaciles ». Lo ocurrido en las últimas horas le había hecho comprender esas palabras; ahora las entendía.

¿Dónde estaba él? El tiempo volaba.

Examinó las cabezas que había dejado atrás, pero el hombre del corazón se había ido.

Asustada, recorrió la escalera con la vista. « No debe irse » .

Algo brillante se estiró para tocarla desde el otro lado de la escalera.

—Es usted —dijo el hombre de la almohada de raso—. Estoy seguro.

—Gracias a Dios.

Le empujó escaleras arriba hasta el segundo rellano. Enfrente se abría un pasillo más oscuro, atravesado por haces de luz amortiguada que provenían de las distintas habitaciones. No recordaba cuál era la de Milo, pero sabía que debía encontrarla antes de la hora indicada. Un murmullo de excitación recorrió la planta baja. ¿Habría llegado ya la chica contratada por Rip?

—Venga conmigo —dijo Chris—. Hemos de hablar.

7. COMEDOR DEL HOTEL.

El DIRECTOR está cenando con su PRODUCTOR. Es vital terminar el rodaje a tiempo. El DIRECTOR se ve capaz de hacerlo. Ya lo ha hecho otras veces. La última escena será insuperable.

En esa escena, el novio de la CHICA, el ENCARGADO DE NOCHE del supermercado, conducirá a los soldados hacia el cementerio para rescatarla. Habrá un montón de pirotecnia.

La CHICA aparece en el comedor. Se sienta sin esperar a que la inviten, imaginando que la recibirán cariñosamente. Está convencida de que ahora forma parte de la vida del DIRECTOR. Aguarda a que él la salude, pero se limita a mirarla. La lleva aparte y le dice con impaciencia que ya es hora de que se haga mayor. Esto es la vida real.

8. EN EL REMOLQUE DE EFECTOS ESPECIALES.

El DIRECTOR va a pedir ayuda al encargado de EFECTOS ESPECIALES. La CHICA lo está echando todo a perder. No puede permitir que las cosas sigan así. No hay nada más importante que la película.

¿Qué escenas le quedan por rodar a la CHICA? Repasan el guión: sólo la Quema de los Zombis. El ENCARGADO DE NOCHE dirigirá el ataque contra el cementerio. Dispararán sobre los zombis de imitación que yacen bajo las tumbas. Después la Guardia Nacional les arrojará granadas. El novio tendrá que correr, evitando las cargas explosivas. Después les pegará fuego con un lanzallamas.

Todo cuanto necesitan de la CHICA es un primer plano de su rostro salpicado de sangre durante el tiroteo, su expresión de sorpresa cuando, al recobrar el sentido, reconozca a su amante en el instante en que él la mata. Después, plano de un simulacro estallando.

¿Hay alguna forma de disparar a su alrededor? Se necesitan tomas largas, un simulacro mejor, más sangre y más efectos. Los demás zombis serán destruidos utilizando simulacros, pero ellos la necesitan para sobrevivir a los disparos. Ella es la Reina de los Zombis.

MARTY siempre va un paso por delante. Ha salvado el trasero del DIRECTOR incontables veces. Ya ha preparado un doble de la CHICA, un cuerpo de látex idéntico al de ella hasta en los menores detalles para sustituirla. Es más que un simulacro. En caso de necesidad puede ser manejado por un doble. Ahora pueden terminar con o sin la CHICA.

Eres un genio, le dice el DIRECTOR. Será una obra maestra cojonuda, a pesar de los actores. Sólo saben dar problemas.

Ella le guió por el pasillo. Una carcajada resonó en el primer dormitorio; un furioso parloteo surgió del segundo y, a través de la puerta abierta, Chris vio una mano pálida, armada con una hoja de afeitar, que se agitaba frenéticamente sobre un espejo horizontal. La tercera estaba cerrada, con una escueta advertencia colgada del pomo: PPRIVADO. PROHIBIDO EL PASO. «Esto — pensó — es obra de Rip» .

Empujó al hombre del corazón hacia el cuarto de baño contiguo. La puerta de

comunicación estaba entornada; una pequeña lámpara irradiaba una suave luz en el dormitorio. Era suficiente.

—Aquí estaremos tranquilos...

El hombre permaneció de pie, vacilante, en el centro del cuarto de baño.

—La he estado esperando —dijo.

—Lo sé. Yo también le esperaba —contestó, y oyó pasos y cuchicheos que se aproximaban por el pasillo.

—Una broma —dijo él.

—No —ella se apoyó en la puerta para asegurarla—. No para nosotros.

Dejó que sus ojos se cerraran. Esperó a que la habitación parara de girar para soltar el discurso que había ensayado. Cuando abrió los ojos, él se hallaba más cerca.

Se paró ante ella y ladeó la cabeza en un ademán de ironía.

—Usted no sabe lo que he planeado, ¿verdad? Se lo explicaré.

—No hace falta —respondió el hombre—. Creo que lo comprendo.

—¿De veras?

—Ya se lo dije: he estado esperando mucho tiempo.

—Perdóneme, me estoy comportando con mucha rudeza. No es mi intención. Todo ha sucedido con tanta rapidez...

—Tranquila —dijo. Se apartó para que respirara a gusto y se sentó en el borde de la bañera—. No me importa esperar un poco más.

El reflejo de los azulejos jugueteó en sus ojos.

«Bien —pensó ella—. Tiene estilo» .

—Mientras no tarde mucho —añadió.

Los pasos y las risas sofocadas se oyeron un poco más cerca.

9. EN EL PLATÓ

La CHICA llega con unas notas en la mano, más dispuesta que nunca a complacer al DIRECTOR.

Pero él no está en su silla. Hay otra persona... Una mujer.

La ESPOSA DEL DIRECTOR. Los miembros del equipo la rodean, riendo y evocando recuerdos. La ESPOSA es ahora el centro de atención. Ha desplazado a la CHICA.

Se encuentra con el DIRECTOR y se lo suelta en la cara: utiliza a la gente. Lo único que le interesa es sangre, sangre y más sangre. ¿Por qué la sedujo? Se lo dirá a todo el mundo, empezando por su ESPOSA.

Él le enseña la verdad de la vida. «Mi esposa ya lo sabe». Ya no necesita a la chica. Su relación ha terminado.

La ESPOSA la observa mientras sale corriendo del plató. La CHICA

parece tan joven e inocente... «Espero que no se lo tome demasiado en serio. Yo lo hacía antes, pero ahora llevamos vidas separadas. Aprendí hace mucho tiempo que éste es el único mundo real..., el de hacer películas. Es la razón de su vida. Las personas de carne y hueso no pueden competir con ello. En realidad está casado con su talento para crear ilusiones...» .

10. CEMENTERIO - LA ÚLTIMA NOCHE

El equipo trabaja febrilmente para preparar el clímax final.

El DIRECTOR se queda después de que los demás se han ido a casa. A las cuatro de la mañana termina de verificar todos los detalles. Los simulacros de zombis están apuntalados en armaduras colocadas detrás de las lápidas, los botes de humo están a punto, las cruces están algo inclinadas. Lo único que falta es gritar «acción» al amanecer. Se dispone a echar un sueñecito en el remolque.

—No tardaré mucho —dijo Chris cuando los pasos se alejaron.

Él meneó la cabeza tristemente.

—Ha pasado tanto, tanto tiempo —dijo por fin—. Casi había abandonado toda esperanza. Es usted la que buscaba, ¿verdad? Sí. Lo es.

—Lo soy. Escuche...

Él acunó su corazón de tela.

—He traído esto, a la espera de encontrar a la persona idónea para dárselo —emitió un sonido mitad risa y mitad jadeo—, pero nadie quería quedárselo.

—No necesitaba hacer esto —repuso ella. ¿Algo para darse a conocer? No recordaba habérselo mencionado por teléfono. Era una buena idea, desde luego; habría sido más fácil localizarle. ¿O se trataba de un regalo?—. ¿Qué es?

Se enderezó y anduvo unos pasos en su dirección, sujetando en alto la almohada.

—¿A usted qué le parece? Quería regalarlo, pero nunca encontraba voluntarios. ¿Por qué? En cambio, usted...

—Sí, claro. No hay mucho tiempo. No sé por dónde empezar. Debe preguntarse por qué le hice venir.

—No me importa.

—¡Claro que importa! Es lo que intento decirle. Veo un montón de gente...

—Yo también. Al menos, lo hacía. Ahora todo ha terminado.

Poco a poco se había ido acercando y ya sólo les separaban unos pocos centímetros. Ella no podía verle la cara; podría haber sido cualquiera en las sombras. Rememoró un breve atisbo en las escaleras: facciones bondadosas, ojos afligidos, expresión de cierto temor. Esto la hacía sentirse peor. Se obligó a

continuar. Aún podía enderezar el asunto. No era demasiado tarde.

Antes de que pudiera hablar, él le tomó la cabeza entre las manos y se inclinó para besarla.

Al principio se quedó demasiado pasmada para resistirse.

« Oh, Cristo, no en un momento como éste —pensó, y luego—: ¿Qué imaginó cuando le llamé, cuando le hice venir aquí...? »

» Dios mío» .

—Espere —dijo, apartándose a un lado.

Pero él la abrazó y cubrió su boca de nuevo.

En ese momento alguien empujó la puerta en la que estaba apoyada, con la intención de entrar. Los dientes delanteros de ambos chocaron con un chirrido como el de uñas arañando una pizarra.

—Lo siento —murmuró una voz en el pasillo.

Ella apretó las manos contra el pecho del hombre.

—No, por favor, no me entiende. Esto no es lo que pretendía.

—¿Qué pretende, entonces?

—¿Quieren darse prisa? —preguntó la voz del pasillo.

Chris estaba confusa, agitada, pero no había tiempo para eso. El reloj era inexorable.

Resonó un golpe en la puerta.

—Por aquí —dijo, y le arrastró a través de la puerta de comunicación hacia el dormitorio.

—Me gustaría que cambiara de idea.

—Escuche —repuso ella—, mi nombre es...

—No me interesa.

—Me envié un guión, ¿de acuerdo? Se lo enseñé a mi productor. Le gustó. Tanto que lo quiere para la próxima temporada, *pero no para comprarlo*. Oh, lo siento, no me expreso muy bien. También es culpa mía. Se lo contaré más tarde, pero lo mejor sería que fuese al Registro de la Propiedad Intelectual a primera hora de la mañana. Deposite cuanto tenga..., esbozos preliminares, notas, todo...

—¿Por qué debería hacerlo?

—¡Estoy tratando de ayudarlo! Van a robarle su guión. Cuando Milo suba, quiero que le diga quién es usted.

Sacó las hojas de la versión original de su bolso.

—Tenía que avisarle. Diga lo que diga, no ceda. Estamos juntos en esto. De un momento a otro se nos caerá el cielo encima. A pesar de todo, sé que le apoyaré. Quiero enmendar mis errores. Es posible que usted acabe odiándome, no lo sé, pero debo intentarlo. Lo siento mucho, créame. Le ayudaré en todo lo posible.

Inhaló, exhaló, deseó que su corazón se calmara. Alguien cerró las puertas del cuarto de baño a pocos pasos de distancia.

El dormitorio estaba tranquilo. La iluminación era fría. Las sustancias de una lámpara de lava posada sobre la mesita de noche confluían, ardían y se separaban de nuevo en dos cuerpos distintos, incesantemente. Le dolía la boca: la sentía caliente y húmeda. Oyó el ruido del agua al correr.

—Si me permite la pregunta —inquirió el hombre—, ¿de qué está usted hablando?

—Estoy intentando decirle que estoy de su parte, no importa el porqué.

La impaciencia llameó en los ojos del hombre.

—Decídase —dijo él.

11. EN SU REMOLQUE

El cementerio es inquietante... Casi tiene la impresión de que le siguen. Está a punto de entrar en el remolque cuando un monstruo aparece. Es la CHICA, con un maquillaje aterrador.

Intenta deshacerse de ella, sabiendo que, en realidad, no la necesita, aunque esta vez viene a él de una forma diferente. No se muestra quejosa ni implorante, sino feliz como un cachorro y dispuesta a complacer. Ella está estupenda. Está preparada, será perfecta. Incluso ha amañado un pequeño extra para el momento de la muerte. Se le ha ocurrido a ella sola, y está segura de que le va a gustar. Ahora comprende que es lo único que importa.

« Me has enseñado muchas cosas. Más de las que piensas. Deja que te recompense... como a ti te gusta. Quiero hacerlo ahora» .

12 . EN EL INTERIOR DEL REMOLQUE

Ella ensaya su papel, y él reemplaza a su novio. Cuando se lo indica, ella grita. Casi perfecto. Ella necesita repetirlo con el fusil. Lo ha traído, cargado con balas de salva. Ha pensado en todo.

«Quieres que parezca real, ¿verdad? —le urge a coger el fusil—. Hemos de hacerlo lo mejor posible. Quiero que compruebes lo mucho que deseo complacerte. Repitámoslo desde el principio. Y esta vez te prometo que obtendrás todo lo que quieres» .

Él vacila, pero acaba por ceder. Cuando ella empieza a gritar, dispara el fusil. Hay una expresión de paz en sus ojos cuando la sangre brota y ella resbala por la pared hasta caer en el suelo.

« ¡Jesús, has estado magnífica! ¡Qué toma! Si hubiéramos tenido una cámara... —se arrodilla y la agita—. Corten. Ya está. Por fin lo has conseguido. Oye, ¿qué...?» .

Toca la herida. *Es real*. Le dio el fusil con balas de verdad. Lo había

planeado de esa forma.

Lo limpia todo para borrar las huellas... nadie podría creer lo que sucedió realmente.

¿Qué va a hacer con el cuerpo?

Un plan desesperado: reemplazará el simulacro del plato por el cuerpo auténtico, apuntalándolo detrás de la lápida como los demás simulacros. La prueba volará por los aires y luego será reducida a cenizas. Cuando la rocíen con el lanzallamas, la máscara de caucho arderá como napalm. No quedará nada.

Él mismo se encargará de colocarla. Nadie se dará cuenta.

—Le estoy haciendo un favor —dijo Chris—, al menos es lo que intento hacer. Si me deja.

—¿Es usted la que busco? —repitió él con tozudez.

—Sí, quiero decir no —esquivó de nuevo su abrazo—. Quiero decir...

—Pero usted dijo que lo era —balanceó la almohada en forma de corazón.

—No en ese sentido. Esto es mucho más importante, ¿no lo entiende?

—Debería haberlo sabido. Usted no es quien yo pensaba.

—¡Sí!

—¿Qué significa eso? —preguntó, indignado.

—Que... ¡que usted equivocó la intención!

El estaba a punto de marcharse.

—Es muy importante para mí —dijo ella.

—Para usted. Siempre lo mismo.

—¡Y para usted también! ¿Qué le pasa? ¿Ha escuchado lo que le he dicho? ¿Es que no puede...?

Bajó la vista hacia ella. Cobijó la almohada en su pecho.

—Siempre es lo mismo. Usted es como todas las demás. Siempre soy yo, ¿verdad? ¿Verdad?

—¿Qué quiere decir?

—¿Qué quiere decir *usted*? —replicó con furia, mirándola directamente a los ojos.

Un hormigueo recorrió su cuero cabelludo.

«¿Quién es este hombre? —pensó—. He cometido otro error, el peor de todos» .

—¿Qu-quié es usted?

—¿Quién es *usted* para hacerme esta pregunta? ¿Quién demonios se cree que es?

Cuando él se le abalanzó, encendida su rabia por toda una vida de

decepciones, ella intentó esquivarle. La agarró y la tiró contra la pared antes de que pudiera abrir la puerta del dormitorio. Incrustó la almohada bajo su barbilla para obligarla a echar la cabeza hacia atrás. Después de todo, no era blanda. Era una caja acolchada y adornada.

La levantó en alto. Chris vio el corazón rojo a punto de golpearla, la funda de raso, ajada y manchada, pero todavía de un vivo color escarlata, como la cara del hombre y las huellas de los años, como la sangre que manaba de su labio partido. Ella no sabía quién era. Podía ser cualquiera.

Era un demente.

De pronto alguien entreabrió la puerta. La hoja golpeó la espina dorsal de Chris y la precipitó en brazos del hombre.

—Oh, lo siento —dijo la voz de Milo por la rendija. Un lloriqueo histérico y teatral se alzó a su espalda—. Vamos, hay otro teléfono al final del pasillo.

—¡Espera!

—Que se diviertan...

El hombre que tenía frente a ella titubeó. Aprovechó ese momento para saltar hacia el pomo de la puerta, pero él la sujetó. Se revolvió, le arrebató el corazón, con más fuerza de la que había imaginado y lo usó para golpearle. Como él no soltaba presa lo estrelló contra su cara una y otra vez. Se oyó un chasquido seco cuando le alcanzó en un hueso. La lámpara se rompió y terrones de azúcar salieron volando, secos y duros como piedras. El hombre cayó de rodillas con un brillo de estupor en los ojos y se desplomó.

Un grupo de gente, a cuyo frente iba Rip, irrumpió en la habitación. Los cuchicheos maliciosos se convirtieron en jadeos.

—¿Qué has hecho? —preguntó alguien.

—¡No he hecho nada! Él... él iba a...

—¿Iba a hacer qué? ¿Qué te hizo? —una mujer alta se acercó para consolarla. Acarició el pelo de Chris y observó los labios magullados, los botones arrancados y la mirada extraviada—. Está muy claro: intentó violarte, ¿verdad? Reconozco a ese tipo de individuo en cuanto lo veo. ¡El muy bastardo!

—¿Quién es este tío? —preguntó otra persona—. ¿Quién le invitó?

—Llamaré a un médico.

—Fue defensa propia —dijo la mujer, abrazando a Chris con excesivo entusiasmo—. No le digas una palabra a nadie, ¿entiendes? No tuviste otra elección. ¿Quién sabe lo que te habría hecho de tener la oportunidad? Algo mucho peor. Lo sabes, ¿no?

Chris nunca la había visto antes. Tampoco recordaba ninguno de los demás rostros.

Se abrió paso y bajó corriendo las escaleras.

La música había enmudecido en la desierta sala de estar. Sólo quedaba un joven solitario. Se puso en pie con timidez.

—Perdone —dijo—, ¿conoce a una tal Christine Cross?

Ella le miró en silencio. Le resultaba imposible pensar en una respuesta.

—Bueno, si la ve dígame que he estado buscándola. Me llamo Roger. Me había citado aquí. Oiga, ¿le pasa algo? ¿Es sangre eso que...?

Ella ganó la salida de un salto. El sabor de la sangre, suya o de otra persona, sabía a sal en sus labios.

13. AL ALBA

Todo está dispuesto: focos detrás de la niebla, cruces inclinadas. Los zombis se hallan apuntalados como blancos en una galería de tiro.

El DIRECTOR le indica a MARTY que utilice cargas más potentes. No quiere que quede nada cuando el humo se disipe, ni siquiera la sangre ni las vísceras de animales con que han rellenado los simulacros.

« ¡Acción! » .

El novio, el ENCARGADO DE NOCHE, corre como un soldado en un campo de minas. Los simulacros son tiroteados, reventados y quemados uno por uno. Todos, excepto la CHICA. Será la última en perecer. Hay que tomar un primer plano. ¿Dónde está?

No la necesitamos, dice el DIRECTOR, guiñándole el ojo a MARTY. ¿NO está en el plato? Quién sabe dónde estará..., probablemente en el autobús de vuelta a Indiana. ¿A quién le importa? Ésta es mi película y yo digo que no la necesitamos. Tenemos un simulacro perfecto. Hazlo estallar... ahora.

« ¡Acción! » .

El ENCARGADO DE NOCHE avanza hacia ella con el fusil preparado. Antes de que pueda disparar, su cabeza se reclina a un lado.

« Espera —grita la ANOTADORA—. Tiene la cabeza torcida. No queda bien » .

« Yo la enderezaré », dice MARTY.

« ¡No! » . El DIRECTOR no puede permitir que nadie le toque. Descubrirían que es un cuerpo real. Ha de hacerlo él en persona.

« ¡Mira dónde pisas! » , chilla MARTY.

El DIRECTOR avanza con grandes precauciones hasta la lápida. Intenta no mirar la cara mientras corrige la posición de la cabeza. Ya está. Se vuelve.

¿Preparados?

« Espera —dice MARTY—. Ahora mana sangre de su boca y la toma tampoco será buena » .

« Hazlo, ¿quieres? » , dice el DIRECTOR. Se apodera del fusil y se dispone a disparar el proyectil relleno de sangre. Pero antes de que pueda

apretar el gatillo, la cabeza de la CHICA se inclina a un lado mientras empieza a volver en sí. ¡No está muerta!

Le dispara un tiro tras otro, pero esta vez las balas no son reales. Sus ojos se abren y le miran, le ven en el momento triunfal de ella. La CHICA sonríe.

« ¡Muere —masculla él—, muere...! » .

Ella alza los brazos, como un zombi, como si quisiera abrazarle.

Él se abalanza sobre ella y busca su garganta con las manos para acabar de una vez por todas. Los brazos de la CHICA le rodean y le estrechan en un paroxismo final... y los cables conectados a un cuerpo hacen contacto y activan la carga. Vuelan en pedazos juntos, unidos en sangre para toda la eternidad.

Es la última toma, el mejor efecto de la película.

FIN.

NOTA: Denis Etchison desea hacer públicas las contribuciones de Richard Rothstein, Gail Glaze, Bruce Jones y April Campbell a *La reina de los zombis*, el esbozo de un guión jamás escrito, así como agradecerles su ayuda en el desarrollo de primitivas versiones de lo que ahora constituye una parte del relato *El beso sangriento*.

De vuelta a la Tierra

*Todas las flores de la primavera
se citan para perfumar nuestro entierro:
el esplendor de aquéllas es efímero,
y breve el florecimiento del hombre.
Contemplan nuestro progreso desde nuestro nacimiento:
nos formamos, crecemos y volvemos a la tierra.*

JOHN WEBSTER

La inminencia del desastre

Clive Barker

CLIVE BARKER, nacido en Liverpool (Inglaterra) en 1952, empezó su carrera como dramaturgo e ilustrador, pero irrumpió como un huracán en el género de terror con sus seis intensamente descriptivos *Libros sangrientos*. Sus obras más recientes incluyen las novelas *El juego de las maldiciones* y *Weaveworld*, así como la película *Hellraiser*. Los tranquilos y sentimentales horrores de *La inminencia del desastre* confirman el alcance del considerable talento de Barker.

Hacia casi dieciocho años que Miriam no tomaba el atajo que bordeaba la cantera. Dieciocho años de otra vida, muy distinta de la que había llevado en esta ciudad casi olvidada. Se había marchado de Liverpool para saborear el mundo; para crecer; para prosperar; para aprender a vivir; y, por Dios, ¿caso no lo había conseguido? La ingenua y timorata muchacha que tenía diecinueve años la última vez que pisó el atajo de la cantera se había transformado en una mujer de mundo realmente sofisticada. Su marido la idolatraba; su hija se le parecía más a cada año que pasaba. La adoraban en todo el mundo.

Pero ahora, al pisar el descuidado sendero de grava que corría paralelo a la cantera, tuvo la sensación de que el aplomo conseguido a tan alto precio y la confianza en sí misma se le escapaban por una herida abierta en el talón y se precipitaban en la oscuridad, como si nunca hubiera abandonado la ciudad en que nació, como si la experiencia no le hubiera proporcionado mayor cordura. No estaba más preparada para enfrentarse a ese pasaje amurallado de apenas noventa metros de longitud que cuando contaba diecinueve años. Las mismas dudas, los mismos terrores imaginarios que la asaltaban siempre en este lugar persistían ahora en el interior de su mente y susurraban la certeza de los secretos. Temores absurdos, producto de murmuraciones callejeras y supersticiones infantiles, yacían todavía allí, al acecho. Incluso ahora, los viejos mitos corrían a su encuentro para abrazarla. Relatos de hombres con garfios en lugar de manos, de amantes clandestinos asesinados cuando hacían el amor; una docena de rumores sobre atrocidades que, en su imaginación desbordada y calenturienta, siempre habían tenido su origen, su epicentro, aquí: en el Camino del Diablo.

Así le llamaban, y siempre sería lo mismo para ella: el Camino del Diablo. En lugar de perder su influjo con el paso de los años, había aumentado. Había prosperado al igual que ella; había encontrado su vocación al igual que ella. Es posible que el hecho de llevar una vida placentera la hiciera más débil, pero aquello, oh, *aquello* se alimentaba de su propia frustración y se había incrustado en el deseo de apoderarse de ella por sus propios medios. Tal vez, con el paso del tiempo, aquello se había hartado un poco de no ceder, aunque sólo necesitaba, en el fondo de su inmutable corazón, la certidumbre de su victoria final para permanecer vivo. Ella comprendió de repente, con incontestable seguridad, que la lucha contra su propia debilidad no había terminado. Acababa de empezar.

Intentó avanzar unos metros por el Camino, pero vaciló y se detuvo, entorpecidos sus pies por ese pánico tan familiar. La noche no era silenciosa: un avión zumbó en el cielo, un rugido ansioso desgarró la oscuridad, una madre ordenó a su hija que entrara en casa. Aquí, sin embargo, en el Camino, esos signos de vida parecían inmensamente lejanos y no podían tranquilizarla. Maldijo su vulnerabilidad, volvió sobre sus pasos y se encaminó hacia su casa bajo la cálida llovizna, por una ruta más tortuosa.

El desastre, razonó a medias, se había abatido sobre ella, debilitando su

capacidad de lucha. Dentro de dos días, quizá, después de celebrado el funeral de su madre y cuando la súbita pérdida fuera más tolerable, encararía el futuro con serenidad y contemplaría aquel sendero con la perspectiva adecuada. Reconocería en el Camino del Diablo la senda salpicada de excrementos y de malas hierbas que en realidad era. Mientras tanto, se estaba mojando más de la cuenta por haber elegido volver a casa por el trayecto más seguro.

Ni la cantera ni el sendero que la bordeaba eran lugares tan terribles, excepto para ella. Por lo que sabía, no se habían cometido asesinatos, violaciones o asaltos en ese sórdido tramo. Era una senda pública para peatones, ni más ni menos: un paseo escasamente cuidado e iluminado que rodeaba el borde de lo que en su tiempo había sido una productiva cantera, y ahora era el vertedero del vecindario. El muro que impedía a los paseantes precipitarse hacia su muerte, treinta metros más abajo, estaba construido de ladrillo rojo barato. Tenía dos metros y medio de altura, por lo que nadie podía ver el abismo que separaba, y estaba coronado de fragmentos de botellas de leche rotas hundidos en el cemento, para disuadir a cualquiera que intentara escalarlo. El sendero era asfaltado, en un principio, pero se había agrietado en bastantes puntos. El ayuntamiento, en lugar de alisarlo, había procedido simplemente a sembrarlo de grava. Apenas crecían plantas. Ortigas urticantes brotaban al pie del muro, a la altura de un niño, al igual que una flor de enfermizo perfume cuyo nombre ella no conocía, pero que, en pleno verano, atraía a todas las avispa. Y en eso consistía el lugar: muro, grava, malas hierbas.

En sueños, sin embargo, escalaba el muro, las palmas de sus manos mágicamente inmunes a los vidrios cortantes, y, en el curso de aquellas aventuras vertiginosas, escudriñaba con ojos bien abiertos el oscuro corazón del negro y escarpado precipicio de la cantera. Las tinieblas que velaban el fondo eran impenetrables, pero ella sabía que allá abajo, en algún lugar, reposaba un lago de agua verde y salobre. Ese estancado charco de inmundicia podía verse desde el otro lado de la cantera, el lado seguro; por eso, en sus sueños, sabía que existía, como también sabía, mientras caminaba sobre los cristales inofensivos, desafiando por igual a la gravedad y a la providencia, que el prodigio de maldad que vivía en el despeñadero la había visto y reptaba por la empinada pared hacia ella. Pero en aquellos sueños siempre se despertaba antes de que la bestia innombrable se apoderara de sus pies danzarines, y la exultante alegría de su escapatoria conjuraba el miedo; al menos, hasta su próximo sueño.

El lado opuesto de la cantera, alejado del muro y de la charca, siempre había sido seguro. De niña solía jugar en las hendiduras de las enormes piedras que testimoniaban excavaciones abandonadas y voladuras pretéritas. Allí no había peligro: sólo un patio de recreo formado por túneles. A los ojos de la niña que fue, parecía que la separaban kilómetros y kilómetros del lago de agua de lluvia y de la delgada línea de ladrillo rojo que serpenteaba a lo largo de la cumbre del

despeñadero. Con todo, recordaba ciertos días en que, incluso a la salvadora luz del sol, había vislumbrado apenas algo del color de la roca que trepaba por la recalentada pared del acantilado, ya a pocos metros del muro, con los movimientos incansables de un ave de rapiña. Entonces, cuando entornaba sus ojos de niña para tratar de distinguir los detalles de su anatomía, aquello intuía su mirada y se inmovilizaba hasta convertirse en una copia perfecta de la piedra.

Piedra. Piedra fría. Pensando en la ausencia, en el disfraz que requería una cosa interesada en no ser vista, se adentró en el camino de su madre. Mientras buscaba la llave de la casa se le ocurrió, absurdamente, que quizá Verónica no estaba muerta, sino camuflada en algún lugar de la casa, embutida en la pared o en la repisa de la chimenea; invisible pero viéndolo todo. Por tanto, tal vez los fantasmas visibles no fueran otra cosa que camaleones ineptos; los demás dominaban el arte de ocultarse. Era un pensamiento ridículo y estéril, y se increpó mentalmente por alimentarlo. Mañana o pasado mañana tales pensamientos le parecerían tan ajenos como el mundo perdido en el que vagaba ahora. Entró en la casa.

El edificio no la angustiaba, sino que reanimaba una sensación de tedio que su vida brillante y atareada había apartado a un lado. La tarea de dividir, descartar y empaquetar los vestigios de la vida de su madre era lenta y repetitiva. Lo demás (la pérdida, el dolor, la amargura) ocuparía otro día. Ya había bastante que hacer sin necesidad de abandonarse a la pena. Por cierto que las habitaciones vacías despertaban muchos recuerdos; pero todos eran lo bastante agradables como para evocarlos con alegría, si bien no tan exquisitos para desear revivirlos. Sus sentimientos, a medida que vagaba por la casa desierta, sólo podían ser definidos por lo que ya no veía ni oía: el rostro de su madre, la voz admonitoria, la mano protectora. El espacio que antes ocupaba la vida se había transformado en una nada inescrutable.

En Hong Kong, pensó, Boyd estaría trabajando, el sol brillaría con toda su fuerza, las calles hormiguarían de gente. Aunque a ella le disgustaba salir a mediodía, cuando la ciudad estaba tan atestada, hoy habría aceptado de muy buen grado la incomodidad. Era fastidioso estar sentada en el polvoriento dormitorio, clasificando y doblando la perfumada lencería que contenían los cajones de la cómoda. Quería vida, a pesar de que fuera insistente y opresiva. Ansiaba el olor de las calles que ofendía su olfato, el calor que caía sobre su cabeza. «No importa —pensó—, acabaremos pronto».

Acabaremos pronto. La culpa subyacía en ese pensamiento: la cuenta atrás de los días que faltaban para el funeral, la despedida de su madre de este mundo. Dentro de setenta y dos horas todo habría terminado y ella volaría de nuevo hacia la vida.

A medida que cumplía sus deberes filiales iba dejando encendidas todas las luces de la casa. Era más conveniente hacerlo así, se dijo, a causa de todas las

idas y venidas que exigía el trabajo. Además, los últimos días de noviembre eran cortos y lúgubres, y sólo faltaba trajinar en un ocaso perpetuo para que el trabajo fuera aún menos estimulante.

Lo que le robaba más tiempo era organizar la colocación de los efectos personales. Su madre poseía un amplio vestuario, que examinó en su totalidad: vació los bolsillos, desprendió las joyas de las pecheras. Metió la mayor parte de los vestidos en bolsas negras de plástico, a fin de entregarlas al día siguiente a una institución de caridad, y guardó para ella un abrigo de piel y un traje. Después seleccionó algunas de las posesiones favoritas de su madre para dárselas a sus amigas íntimas después del funeral: un bolso de cuero, tazas y platos chinos, un rebaño de elefantes de marfil que había pertenecido a... Lo había olvidado. Algún pariente, muerto mucho tiempo atrás.

Una vez ordenados los objetos y los vestidos dedicó su atención al correo, las facturas a un lado y la correspondencia personal, reciente o antigua, en otro. Leyó con detenimiento cada carta, por vieja o ilegible que fuera. La mayoría fueron a parar al tímido fuego que había encendido en el hogar de la sala de estar, convertido al poco en una gruta de cenizas negras y veteadas de letras consumidas. Únicamente una carta hizo brotar sus lágrimas: una nota, escrita por la delgadísima mano de su padre que despertó agonías de remordimiento por tantos años desperdiciados en enfrentamientos entre ellos. También halló fotografías entre las hojas, tan gélidas como Alaska: un territorio árido y estéril. Unas pocas, pese a todo, que habían captado un instante de autenticidad entre las poses, se mantenían tan frescas como ayer, y un clamor de voces surgió de las viejas imágenes:

—*¡Espera! ¡Aún no! ¡No estoy preparado!*

—*¡Papá! ¿Dónde está papá? ¡Papá tiene que salir en ésta!*

—*¡Me está haciendo cosquillas!*

Se desprendían risas de las imágenes; su alegría inmovilizada parodiaba la realidad del deterioro y la aniquilación, cuya prueba más evidente era la casa vacía.

—*¡Espera!*

—*¡Aún no!*

—*¡Papá!*

Apenas podía soportar mirar algunas. Quemó primero las que más la herían.

—*¡Espera!* —gritó alguien, quizás ella misma, una criatura mecida por los brazos del pasado—. *¡Espera!*

Pero las fotos crujieron en el corazón del fuego, adquirieron un tono pardo y ardieron con una llama azul. El momento...

—*¡Espera!*

... El momento siguió el camino de todos los momentos que habían precedido

el instante que la cámara había fijado, desaparecido para siempre como todos los padres y las madres y, a su debido tiempo, también las hijas.

Se acostó a las tres de la mañana, concluida la mayor parte de las tareas que se había impuesto aquel día. Imaginó que su madre habría aplaudido su eficiencia. No dejaba de ser irónico que Miriam, la hija que nunca se había comportado como tal, que siempre había deseado el mundo en lugar de resignarse a permanecer en casa, se condujera ahora con una meticulosidad que cualquier padre habría deseado.

Allí estaba ella, barriendo toda una historia, entregando las reliquias de una vida al fuego, limpiando la casa con una minuciosidad que ni su madre había sido capaz de alcanzar.

Pasadas las tres y media, después de organizar mentalmente las actividades del día siguiente, apuró el medio vaso de whisky que había estado bebiendo toda la noche y se hundió casi de inmediato en el sueño.

No soñó. Tenía la mente clara, tan clara como la oscuridad, tan clara como el vacío. Ni siquiera el rostro de Boyd, o su cuerpo (solía soñar con su pecho, o con la fina capa de vello que cubría su estómago) se introdujeron en su cabeza para perturbar su monótono arrobamiento.

Cuando despertó estaba lloviendo. Su primer pensamiento fue: «¿Dónde estoy?».

Su segundo pensamiento fue: «¿Es hoy el funeral, o mañana?».

Su tercer pensamiento fue: «Dentro de dos días volveré con Boyd. El sol brillará. Olvidaré todo esto».

Pero hoy, sin embargo, le esperaba más trabajo poco apetecible. El funeral no se celebraría hasta mañana, miércoles. El trabajo de hoy era mundano: controlar los detalles de la cremación con Beckett and Dawes, escribir notas de agradecimiento a las muchas cartas de condolencia que había recibido, y una docena de otras tareas menos importantes. Por la tarde visitaría a la señora Furness, una amiga de su madre a la que la artritis impediría asistir al funeral. Le regalaría a la anciana el bolso de cuero, como recuerdo. Más tarde reanudaría la ingrata labor de seleccionar y clasificar las pertenencias de su madre y organizar su redistribución. Había mucho que dar a los necesitados, o a los codiciosos, a quien primero lo solicitara. Con tal de terminar el trabajo cuanto antes, no le importaba quién se quedara con el lote.

El teléfono sonó a media mañana. Era el primer ruido no producido por ella que oía en la casa desde que se había despertado, y la sorprendió. Levantó el auricular, y una cálida palabra fue pronunciada en su oído: su nombre.

—¿Miriam?

—Sí. ¿Quién es?

—Oh, cariño, a juzgar por la voz parece estar completamente agotada. Soy

Judy Cusack, querida.

—¿Judy?

Sólo el nombre ya era una sonrisa.

—¿No me recuerdas?

—Claro que te recuerdo. Me encanta oír tu voz. Estoy gratamente sorprendida.

—No llamé antes porque pensé que estarías muy ocupada. Siento muchísimo lo de tu madre, amor. Debe haber sido un golpe tremendo. Mi padre murió hace dos años. Me afectó enormemente.

Miriam recordaba vagamente al padre de Judy, un hombre esbelto y elegante que sonreía de vez en cuando y hablaba muy poco.

—Estaba muy enfermo. En realidad, fue mejor que muriera. Dios mío, nunca pensé que me oíría decir esto. Curioso, ¿verdad?

La voz de Judy apenas había cambiado; se estremeció de placer, como antes. El cuerpo que Miriam vio en su mente seguía siendo redondeado, de carnes generosas. Dieciocho años atrás habían sido excelentes amigas, almas gemelas. Por un momento, mientras intercambiaba palabras cariñosas con aquella voz jovial, le pareció que el tiempo transcurrido entre esta conversación y la última se reducía a unas pocas horas.

—Es tan agradable oír tu voz —dijo Miriam.

Era agradable. Era el pasado que hablaba, pero un buen pasado, un pasado iluminado por la luz del sol. Casi había olvidado, en el curso de la autopsia que estaba efectuando, lo muy hermosos que pueden ser los recuerdos.

—Los vecinos me dijeron que habías vuelto a —dijo Judy—, pero me lo pensé dos veces antes de llamarte. Se que estarás pasando momentos muy difíciles, tristes y todo eso.

—En realidad, no.

La cruda verdad se mostró sin que ella hubiera tenido la intención de hacerlo, pero ahora ya estaba dicha. *No eran* momentos de tristeza; una tarea engorrosa y esclavizante, pero no un alud de pesadumbres que necesitara contener. Al comprenderlo, la simplicidad de la confesión alivió su corazón. Judy no le dirigió un reproche, sino una invitación.

—¿Te sientes lo bastante bien como para venir a tomar una copa?

—Aún me queda mucho por hacer.

—Te prometo que no hablaremos de los viejos tiempos —dijo Judy—. Ni una palabra. No puedo soportarlo; me hace sentir anticuada —lanzó una carcajada.

Miriam se unió a su risa.

—Sí —dijo—, me encantaría ir...

—Bien. Es una lata ser hija única y afrontar toda la responsabilidad, ¿no? A veces piensas que nunca se acabará.

—No creas que no lo he pensado —replicó Miriam.

—Cuando todo haya terminado te preguntará a qué vino tanto ajeteo —dijo Judy—. Con el funeral de papá me las arreglé bastante bien, aunque pensaba que me iba a desmoronar.

—Pero no tuviste que hacerlo sola, ¿verdad? —preguntó Miriam—. ¿Cómo está...? —se refería al marido de Judy; recordaba que su madre le había escrito acerca del reciente y, si la memoria no la traicionaba, escandaloso matrimonio de Judy, pero no se acordaba del nombre del novio.

—¿Donald? —apuntó Judy.

—Donald.

—Separados, amor. Hace dos años y medio que nos separamos.

—Oh, lo siento.

—Yo no —la respuesta fue inmediata—. Es una larga historia. Te la contaré esta noche. ¿Sobre las siete?

—¿Podría ser un poco más tarde? Tengo muchas cosas que hacer aún. ¿Te va bien hacia las ocho?

—Cuando quieras, cariño, no te des prisa. Esperaré hasta que llegues; quedamos así.

—Estupendo. Y gracias por llamar.

—Me moría de ganas de hacerlo desde que supe que habías vuelto. No siempre tienes la oportunidad de ver a los viejos amigos, ¿verdad?

Pocos minutos antes de mediodía, Miriam se enfrentó con el más extenuante de sus deberes. Aunque jamás lo hubiera confesado, experimentó un estremecimiento de disgusto cuando aparcó ante la funeraria. Un sabor rancio, apagado, se pegaba a su garganta, y granos de arena parecían cubrir sus ojos. No albergaba el menor deseo de volver a ver a su madre, francamente, ahora que ya no podían hablar, pero aún así, cuando el educado señor Beckett le había dicho por teléfono « ¿Deseará ver a la difunta? », ella había replicado « Por supuesto », como si la petición hubiera estado suspendida en la punta de su lengua todo el rato.

¿Y qué había que temer? Verónica Blessed estaba muerta; falleció apaciblemente mientras dormía. Sin embargo, Miriam descubrió que una frase, una frase fortuita que recordaba de la escuela, se había infiltrado en su cerebro por la mañana y no podía desembarazarse de ella:

Todas las personas mueren porque pierden el aliento.

El pensamiento se reprodujo ahora, en presencia del señor Beckett, mientras contemplaba los lirios de papel y la abollada esquina del escritorio. Perder el aliento, atragantarse con la lengua, asfixiarse bajo las mantas. Había conocido todos estos terrores de joven, y ahora, en el despacho del señor Beckett, regresaban y la cogían de la mano. Uno de ellos se inclinó y susurró en su oído: « ¿Y si un día te olvidas simplemente de respirar? Cara amoratada, la lengua

entre los dientes» .

¿Por eso tenía la garganta tan seca? ¿El pensamiento de que mamá, Verónica, la señora Blessed, viuda de Harold Blessed, ahora difunta, yacía envuelta en seda con la cara tan negra como las botas de montar del demonio? Una idea abominable: una idea abominable y ridícula.

Pero estas ideas inoportunas continuaban llegando, pisándose los talones unas a otras. La mayoría provenían de su niñez; imágenes absurdas e irrelevantes que ascendían desde su pasado como los calamares hacia el sol.

Le vino a la mente el Juego de la Levitación, uno de los pasatiempos favoritos de la escuela: seis chicas rodeaban a una séptima e intentaban levantarla con un solo dedo cada una. Y la ceremonia de acompañamiento:

—Parece *pálida* —dice la chica que está al frente.

—*Está* pálida.

—*Está* pálida.

—*Está* pálida.

—*Está* pálida.

—*Está* pálida —responden por turno las asistentes, en sentido contrario a las agujas del reloj.

—Parece *enferma* —proclama la suma sacerdotisa.

—*Está* enferma.

—*Está* enferma.

—*Está* enferma.

—*Está* enferma.

—*Está* enferma —replican las demás.

—Parece *muerta*...

—*Está*...

Cuando sólo tenía seis años, se había cometido un crimen dos calles más abajo de la que vivía. El cuerpo había sido apoyado contra la puerta del frente (oyó cómo la señora Furness se lo contaba todo a su madre) y estaba tan descompuesto por la putrefacción que cuando la policía forzó la puerta se habían convertido madera y carne, en un único elemento, imposible de separar. Sentada junto a los lirios carentes de perfume, Miriam pudo oler el día que había permanecido, agarrada a la mano de su madre, escuchando el relato del crimen por boca de aquella mujer. El crimen, sospechó, había sido uno de los temas favoritos de la señora Furness. ¿Acaso habría aprendido por sus buenos oficios que sus pesadillas infantiles del Camino del Diablo tenían contrapartida en el mundo de los adultos?

Miriam sonrió, pensando en las dos mujeres que charlaban indiferentemente del crimen bajo la luz del sol. El señor Beckett no dio muestras de reparar en su sonrisa, o, con toda seguridad, estaba muy bien preparado para cualquier

manifestación de pena, por extraña que fuera. Tal vez se dieran casos de personas que, afligidas por una pérdida, se quitaran la ropa al entrar aquí, o que se orinaran en los pantalones. Contempló con más atención a aquel joven que había hecho de la desgracia una profesión. Pensó que contaba con cierto atractivo. Era unos centímetros más bajo que ella, pero la estatura no importaba en la cama, y trasladar ataúdes de un lado a otro desarrollaría los músculos del cuerpo, ¿verdad?

«Presta atención —se dijo, conteniéndose—. ¿Qué estás tramando?».

El señor Beckett se tiró de su pálido bigote color de gengibre y le ofreció una ensayada sonrisa de condolencia. Ella vio desaparecer su encanto (mezquino consuelo) con esa simple mirada.

El hombre parecía aguardar una indicación; ella se preguntó cuál.

—¿Iremos ahora a la Capilla del Descanso —dijo por fin— o discutiremos antes de negocios?

Ah, era *eso*. Mejor terminar antes con las despedidas, pensó ella. La cuestión monetaria podía esperar.

—Me gustaría ver a mi madre —replicó.

—Por supuesto —contestó el señor Beckett, asintiendo con la cabeza como si hubiera comprendido desde el primer momento que ella deseaba contemplar el cuerpo, como si compartiera sus más íntimos sentimientos.

Ella percibió esta falsa familiaridad, pero no lo demostró.

El hombre se puso en pie y la condujo a través de una puerta de paneles acristalados hasta un pasillo flanqueado por floreros. Las flores, como los lirios del escritorio, también eran artificiales. El perfume que olía era el de la cera del piso; las abejas no tenían nada que hacer aquí, a menos que los muertos poseyeran algún tipo de néctar.

El señor Beckett se detuvo ante una de las puertas, giró la manecilla y cedió el paso a Miriam. Había llegado el momento: cara a cara, por fin. *Sonríe, madre, Miriam ha vuelto a casa*. Entró en la habitación. Dos velas ardían sobre una pequeña mesa apoyada en el muro opuesto. La falsa fecundidad de las numerosas flores artificiales diseminadas por doquier era más desagradable aquí que en cualquier otro lugar.

La estancia era pequeña. Espacio suficiente para un ataúd, una silla, una mesa con las velas y una o dos almas vivientes.

—¿Quiere quedarse a solas con su madre? —preguntó el señor Beckett.

—No —respondió ella con más apremio y fuerza de los que la habitación podía absorber. Las velas tosieron ligeramente ante su indiscreción. Añadió con más suavidad—: Preferiría que se quedara, si no le importa.

—Por supuesto —replicó obedientemente el señor Beckett.

Por un momento se preguntó cuánta gente, en esta coyuntura, prefería pasar la vela en solitario. Pensó que sería una estadística muy interesante, dividida

mentalmente entre el observador indiferente y el participante atemorizado. ¿Cuántas personas en su situación, enfrentadas al amado difunto, solicitarían compañía, aunque fuera anónima, antes que permanecer a solas con un rostro que habían conocido en vida?

Inhaló profundamente, avanzó hacia el ataúd, y allí, dormida en el estrecho lecho que se elevaba a ambos lados, sobre una pieza de tela color crema, yacía su madre. Descuidado y absurdo lugar para dormirse, pensó; en especial, con tu vestido favorito. « No era propio de ti, madre, ser tan poco práctica ». Le habían aplicado colorete en la cara y cepillado el pelo, aunque el estilo no la favorecía. Miriam no experimentó el menor terror al verla así, sino un áspero escalofrío de reconocimiento y el instinto, apenas reprimido, de inclinarse sobre el ataúd y agitar a su madre hasta despertarla.

Madre, estoy aquí. Soy Miriam.

Despierta.

Las mejillas de Miriam enrojecieron ante este pensamiento y sus ojos se llenaron de lágrimas. La diminuta habitación se transformó de repente en una simple cortina de luz acuosa; las velas, dos ojos brillantes.

—Mamá —dijo una vez.

El señor Beckett, acostumbrado desde mucho tiempo atrás a tales escenas, guardó silencio, pero Miriam era muy consciente de su presencia y deseaba fervientemente pedirle que se marchara. Se apoyó en un lado del ataúd para conservar el equilibrio, mientras las lágrimas resbalaban por sus mejillas hasta caer sobre los pliegues del vestido de su madre.

Así que ésta era la casa de la muerte; de tal forma eran su condición y su naturaleza. Su etiqueta era perfecta. No se había producido ninguna violencia al visitarla, tan sólo una profunda e incommovible tranquilidad que no precisaba mayores demostraciones de afecto.

Comprendió que su madre ya no la necesitaba; así de simple. Su primer y último rechazo. « Gracias decía ese cuerpo frío, discreto, pero ya no voy a necesitarte. Gracias por tu interés, pero puedes marcharte ».

Observó el cadáver de Verónica, impecablemente vestido, a través de un velo de infelicidad, sin desear despertarla, sin ni siquiera buscar un sentido a la escena.

—Gracias —dijo luego, en voz muy baja. Dedicó la palabra a su madre, pero el señor Beckett, tomando el brazo de Miriam cuando se giraba para salir, entendió que era para *él*.

—De nada —replicó—, se lo aseguro.

Miriam se sonó la nariz y saboreó sus lágrimas. La tarea estaba cumplida. Ahora tocaba hablar de negocios. Bebió un té insípido con Beckett y concluyó los detalles monetarios. Trató de que sonriera al menos una vez, de sellar el acuerdo con un toque de simpatía. Él no reaccionó. Una indecente reverencia presidió la entrevista, y cuando por fin la acompañó hacia el frío atardecer, ella había

llegado a despreciarle.

Volvió en coche a casa sin pensar, la mente en blanco por causa de las lágrimas derramadas, pero no de la pérdida. No fue una decisión consciente la que lo impulsó a elegir la ruta paralela a la cantera, pero cuando se internó en la calle que pasaba frente a su antiguo lugar de recreo, se dio cuenta de que algo en ella deseaba, quizá incluso *necesitaba*, enfrentarse al Camino del Diablo.

Aparcó el coche en el lado seguro de la cantera, a escasa distancia del sendero, y salió. Las puertas alambreadas por las que se colaba de pequeña estaban cerradas, pero, como siempre, se había practicado un agujero. Alambre nuevo, puertas nuevas, pero los mismos juegos. No pudo resistir la tentación de introducirse por el boquete, aunque se enganchó la chaqueta en el extremo de un alambre. Una vez dentro, muy poca cosa parecía haber cambiado. Idéntico caos de pedruscos, escalones y zonas niveladas, maleza y fango, juguetes rotos y extraviados, piezas de bicicletas. Hundió los puños en los bolsillos de la chaqueta y deambuló entre los escombros de la niñez, con los ojos fijos en los pies, encontrando sin la menor dificultad los senderos familiares entre las piedras.

Nunca se perdería allí. Pisaría con seguridad en la penumbra (incluso en la muerte, como un fantasma). Por fin localizó el lugar que más le gustaba y, de pie al abrigo de una gran piedra, levantó la cabeza para mirar el despeñadero de la cantera. El Camino era casi invisible desde aquel punto, pero examinó con meticulosidad toda su longitud. La pared de la cantera le resultó menos impresionante de lo que recordaba, menos majestuosa. Los años transcurridos le habían mostrado alturas más peligrosas, profundidades más estremecedoras. Pero, con todo, sintió que sus entrañas se encogían como si un pulpo la hubiera atenazado con sus tentáculos, y supo que la niña oculta en su interior, indiferente a los razonamientos, buscaba una pista en el despeñadero por insignificante que fuera, del fantasma del Camino. El movimiento repentino de un miembro confundido con la piedra, en tanto proseguía su vigilancia incansable; el parpadeo de un ojo terrorífico.

Pero no vio nada.

Casi avergonzada de sus temores, volvió sobre sus pasos entre las piedras, pasó por la puerta como un niño extraviado y regresó al coche.

El Camino del Diablo era *seguro*, claro que era seguro. Ni albergaba, ni nunca había albergado horrores. El sol intentaba con valentía compartir su alegría, enviando macilentos y fríos rayos a través de las nubes cargadas de lluvia. El viento que la empujaba portaba el olor del río. La pena era un recuerdo.

Decidió que iría hacia el Camino y se daría tiempo para saborear cada paso desposeído de miedo, celebrando su victoria sobre la historia. Condujo siguiendo el borde del acantilado. Cerró de golpe la puerta del coche con una sonrisa en el rostro, y subió los tres peldaños que comunicaban el pavimento con el sendero

peatonal.

La sombra del muro de ladrillos cubría el Camino, por supuesto, más oscuro que la calle a sus espaldas, pero nada podía debilitar su confianza. Recorrió el pasadizo sembrado de maleza de un extremo a otro sin incidentes, el cuerpo altivo y orgulloso. «¿Cómo pude tener miedo alguna vez de esto?», se preguntó mientras daba media vuelta y se disponía a caminar la distancia que le separaba del coche.

Esta vez se atrevió a rememorar los detalles de sus pesadillas infantiles. Había un lugar (a mitad del Camino y, sin embargo, demasiado alejado para pedir auxilio) que constituía el apogeo de sus terrores. Ese paraje en particular, esos pocos metros que, a los ojos de un observador imparcial, no se diferenciaban en nada del resto del Camino, era el punto elegido por la cosa del acantilado para caer sobre ella cuando llegara su último instante. Era el terreno de sus crímenes, el bosque de sus sacrificios, señalado, según había creído fervientemente, por la sangre de incontables niños.

Fue aproximándose al punto a medida que el sabor del recuerdo retornaba. Aún se veían los signos que indicaban el lugar: un conjunto de cinco ladrillos descoloridos, una grieta en el cemento que dieciocho años atrás era minúscula y ahora se había ensanchado. El sitio era inconfundible, como antes, pero había perdido parte de su influjo. No se diferenciaba en nada de otros cientos de metros idénticos, y pasó de largo sin dedicarle más atención de la usual. Ni siquiera miró atrás.

El muro del Camino del Diablo era viejo. Había sido construido una década antes de que Miriam naciera, por hombres que conocían su oficio indiferentemente bien. La erosión había atacado la pared de la cantera al otro lado de los ladrillos medio sueltos, ignorada por los inspectores del Ayuntamiento y los encargados de seguridad del Ministerio de Obras Públicas; la arenisca empapada por la lluvia se había desprendido en algunos puntos. Muchos ladrillos estaban sueltos. Colgaban sobre el abismo de la cantera mientras la lluvia, el viento y la gravedad devoraban la argamasa que los mantenía unidos.

Miriam no lo vio. Tendría que haber esperado un tiempo antes de escuchar el crujir de los ladrillos al bascular por la fuerza del viento, aguardando, moribundos, el momento de caer. En cambio, se marchó, aliviada, segura de que había abandonado para siempre sus terrores.

Vio a Judy por la noche.

Judy nunca había sido bonita; sus medidas siempre fueron desmesuradas: los ojos demasiado grandes, la boca demasiado ancha. Pero ahora, a mitad de la treintena, estaba radiante. Era un estallido sexual, desde luego, condenado a marchitarse y a morir prematuramente, pero la mujer que recibió a Miriam en la puerta de entrada se hallaba en su mejor momento.

Hablaron toda la noche de los años que habían estado separadas, a pesar del tácito acuerdo de no referirse al pasado, intercambiando los relatos de sus éxitos y fracasos. Miriam encontró encantadora la compañía de Judy; se sintió a gusto de inmediato con esa mujer brillante y jovial. Ni siquiera el tema de su separación de Donald inhibió su entusiasmo.

—No está *verboten* hablar de los antiguos maridos, cielo, sólo que es un poco aburrido. Quiero decir que no era tan mal tipo.

—¿Te divorciarás de él?

—Supongo que sí, cuando tenga tiempo. Estos asuntos tardan meses en resolverse. Además, soy Libra; nunca sé a ciencia cierta lo que quiero —hizo una pausa y añadió con una sonrisa enigmática—: Bueno, eso no es del todo cierto.

—¿Te era infiel?

—¿Infiel? —lanzó una carcajada—. Hace mucho tiempo que no oigo esa palabra.

Miriam se ruborizó levemente. ¿Tan atrasados estaban en las colonias, donde el adulterio todavía no era obligatorio?

—Iba echando polvos por ahí —dijo Judy—. Esa es la verdad. Hasta que yo empecé a hacer lo mismo.

Rió de nuevo, y esta vez Miriam la imitó, no muy convencida de la broma.

—¿Cómo te enteraste?

—Me enteré cuando *él* se enteró.

—No entiendo.

—Todo era tan obvio... Parece un chiste cuando lo cuento, pero resulta que encontré una carta de alguien con quien yo había estado. Nadie particularmente importante para mí..., una amistad casual, de hecho. De cualquier forma, se sintió *triumfante*; o sea, se jactó de ello, dijo que había tenido más lios que yo. Lo tomó como una especie de competición..., quién engañaba más y con quién —hizo una pausa. Exhibió la misma sonrisa traviesa de antes—. Entonces, cuando pusimos las cartas sobre la mesa, se demostró que yo lo superaba con creces. Y eso le *jodió* muchísimo.

—¿Así que os separasteis?

—No parecía tener mucho sentido seguir juntos; no había niños de por medio. Y ya no había amor entre nosotros. En realidad, nunca lo hubo. La casa estaba a su nombre, pero me la cedió.

—¿Así que ganaste la competición?

—Supongo que sí. Tenía una ventaja oculta. Era mi secreto.

—¿Cuál?

—El otro hombre de mi vida era una mujer —dijo Judy—, y el pobre Donald no lo pudo soportar. Tiró la toalla casi en el momento de saberlo. Dijo que comprendía que nunca me había entendido y que era mejor separarnos —levantó los ojos hacia Miriam y sólo entonces se dio cuenta del efecto producido

por sus palabras—. Oh, lo siento. Abro la boca para meter la pata.

—No —dijo Miriam—, es culpa mía. Nunca pensé que eras...

—... ¿lesbiana? Bueno, creo que siempre lo supe, desde la infancia. Le escribía cartas de amor a la monitora de deportes.

—Todas lo hicimos —le recordó Miriam.

—Algunas de nosotras lo hicimos con más seriedad que otras —sonrió Judy.

—¿Dónde está ahora Donald?

—Oh, en algún lugar de Oriente Medio, según me han dicho. Me gustaría que me escribiera, sólo para saber que se encuentra bien, pero no lo hará. Su orgullo no se lo permitirá. Es una pena. Podríamos haber sido buenos amigos de no habernos casado.

Parecía que el tema no daba para más, o que Judy no deseaba seguir hablando de ello.

—¿Quieres que haga café? —sugirió, y fue a la cocina, dejando que Miriam jugara con el gato y sus pensamientos, muy poco animados ambos.

—Me gustaría ir al funeral de tu mamá —dijo Judy desde la cocina—. ¿Te importa?

—Por supuesto que no.

—No la conocí muy bien, pero solía verla cuando iba de compras. Siempre tenía un aspecto tan *elegante*.

—Lo era —aprobó Miriam—. ¿Por qué no vienes conmigo en el coche de cabecera?

—No soy pariente.

—Me gustaría que lo hicieras —el gato se removió en su sueño y ofreció su peludo estómago a los dedos confortadores de Miriam—. Por favor.

—Gracias; lo haré.

Pasaron la siguiente hora y media bebiendo café, luego whisky y después más whisky, y charlando sobre Hong Kong y sobre sus padres y, por fin de los recuerdos. O, más concretamente, sobre la naturaleza irracional de la memoria, cómo sus mentes habían seleccionado extravagantes detalles para fijar los acontecimientos, en detrimento de otros en apariencia más significativos: el olor del aire cuando se pronunciaban palabras de amor, pero no las palabras; el color de los zapatos de un amante, pero no el de sus ojos.

Por fin, pasada la medianoche, se separaron.

—Ven a casa hacia las once —dijo Miriam—. Los coches saldrán a y cuarto.

—Estupendo. Nos veremos mañana, pues.

—Hoy —corrigió Miriam.

—Exacto, hoy. Conduce con cuidado, amor, hace una noche de perros.

La noche *era* ventosa. La radio del coche anunció vientos muy fuertes en el mar de Irlanda. Condujo con precaución por las calles desiertas. Las mismas

ráfagas que hacían oscilar el coche levantaban las hojas del suelo, que remolineaban a la luz de los faros. En Hong Kong, pensó, aún estarían llenas de animación a estas horas de la noche ¿Aquí? Tan sólo casas dormidas en la penumbra, visillos corridos, puertas cerradas con llave. Mientras conducía repasó mentalmente sus actividades del día y los tres encuentros que lo habían marcado: con su madre, con Judy y con el Camino del Diablo. Apenas hubo concluido su pensamiento llegó a casa.

El sueño avanzó con paso vacilante en la noche desapacible, puntuada por el sonido de las tapas de los cubos de basura, azotada por el vicioso lamido del viento, por el rumor de la lluvia y por el golpeteo de las ramas de la higuera contra las ventanas.

El día siguiente era miércoles, uno de diciembre, y al amanecer la lluvia se había convertido en aguanieve.

El funeral no fue insufrible. A lo sumo constituyó una despedida funcional de alguien a quien Miriam había conocido una vez y perdido de vista; en el peor de los casos, su solemnidad desapasionada y el ritual eficiente pecaron de frialdad, concluyendo cuando una correa transportadora condujo el ataúd a través de un par de cortinas lilas hasta el horno y la chimenea. Miriam no pudo evitar imaginarse el interior del ataúd mientras atravesaba, temblorosa, la teatral línea divisoria de cortinas; no pudo evitar visualizar el modo en que se agitaba el cuerpo de su madre con cada leve sacudida de la caja que se deslizaba hacia el incinerador. El pensamiento, aunque voluntario, le resultó insoportable. Tuvo que clavar las uñas en la palma de sus manos para no levantarse y suplicar que detuvieran el procedimiento, quitar la tapa del ataúd, remover con dedos torpes el sudario y rodear aquel cuerpo exangüe entre sus brazos una vez más, dándole la gracia amorosamente, con adoración. Ése fue el peor momento; se controló hasta que las cortinas se cerraron y ahí acabó todo.

Cada parte del proceso fue rutinaria, pero el conjunto revistió cierta dignidad.

El viento soplaba con fuerza cuando salieron de la pequeña capilla de ladrillo rojo. Los asistentes se encaminaron rápidamente hacia sus coches con murmullos de agradecimiento y fugaces miradas de turbación. El viento arrastraba copos de nieve, demasiado grandes y húmedos para cuajar, que tornaban más inhóspitos los sombríos alrededores. Los dientes de Miriam le dolían en la cabeza, y el dolor le subía por la nariz hacia los ojos.

Judy la cogió del brazo.

—Hemos de vernos otra vez antes de que te vayas, cariño.

Miriam asintió con la cabeza. Faltaban menos de veinticuatro horas para su partida, y esta noche, como un anticipo de la libertad, Boyd llamaría por teléfono. Así lo había prometido, y era deliciosamente fiel a su palabra. Supo que sería capaz de oler el calor de la calle a través del cable telefónico.

—Esta noche... —sugirió Miriam—. Ven a casa esta noche.

—¿Estás segura? ¿No te molestaré?

—No, de veras. Ya no.

Ya no. Verónica se había marchado, definitivamente. La casa ya no era un hogar.

—Me quedan muchas cosas por limpiar —dijo Miriam—. Quiero ponerla en manos de los agentes cuando tenga las pertenencias de mi madre ordenadas. No me gusta la idea de extraños rondando entre sus cosas.

Judy hizo un murmullo de aprobación.

—Te ayudaré —dijo—, si no crees que me entrometo.

—¿Una noche de trabajo?

—Estupendo.

—¿A las siete?

—A las siete.

Una súbita y contundente ráfaga de viento retuvo el aliento de Miriam y dispersó a los asistentes rezagados en dirección a la calefacción de sus coches. Una vecina de su madre —Miriam nunca conseguía recordar su nombre— perdió el sombrero. Voló y rodó por el Jardín de los Recuerdos, perseguido con torpeza por el marido de la dama, un hombre de ojos saltones que trotó sobre la hierba enriquecida con cenizas.

El viento alcanzaba más virulencia a la altura de la cantera. Provenía del mar, bajaba por el río y concentraba su furia en un puño festoneado de nieve; después exploró la ciudad en busca de víctimas.

El muro del Camino del Diablo era un material ideal. Debilitado por el flujo de los años, necesitaba pocos acicates para persuadirle a derrumbarse. A última hora de la tarde, una ráfaga particularmente ambiciosa arrancó de su extremo superior tres o cuatro ladrillos coronados de vidrios y los precipitó en el lago de la cantera. La estructura se debilitó en su parte media y, una vez iniciado el proceso de demolición del viento, la gravedad se puso a trabajar.

Un joven que se dirigía a casa en bicicleta estaba a punto de llegar a la mitad del sendero cuando oyó el estruendo de un derrumbamiento y vio una sección del muro desmoronarse en una nube de fragmentos de argamasa. El batir decreciente de ladrillos contra rocas acompañó la caída de las ruinas hasta el pie del despeñadero. Un hueco de unos dos metros se había abierto en el muro, y el viento, triunfante, se coló por él con un rugido, tiró de los flancos expuestos del muro y los instó a seguir el mismo destino. El joven descendió de la bicicleta y fue con ella a pie hasta el lugar, sonriendo ante el espectáculo.

Había un buen precipicio, pensó al inclinarse sobre la brecha y escudriñar con precaución el fondo. El viento lamía sus talones y su región lumbar, se enroscaba en torno a él, le suplicaba que diera un paso más. Lo hizo. El vértigo

que experimentó le excitó, y el estúpido anhelo de precipitarse, aunque controlable, era fuerte. Se inclinó un poco más y pudo ver el fondo de la cantera, pero la pared de piedra que se extendía directamente bajo el agujero del muro estaba fuera de su vista. Un corto saliente la ocultaba.

El joven, acariciado por un viento gélido que notaba caliente, estiró más el cuerpo. Vamos, dijo el viento, *vamos, mira de más cerca, mira más al fondo.*

Algo se movió a menos de un metro del boquete en el muro. El joven vio, o pensó que veía, una forma, cuya envergadura ocultaba el saliente, que se movía. Entonces, cuando aquello notó que le observaban, se inmovilizó contra la pared del muro.

Sigue con ello, dijo el viento. Abandónate a tu curiosidad.

El joven lo pensó mejor. La emoción de la prueba era malsana. Estaba helado; la diversión había terminado. Hora de volver a casa. Se apartó del agujero y empezó a pedalear. Un silbido, en parte para celebrar la huida y en parte para mantener a raya su curiosa exaltación, escapó de sus labios.

A las siete, Miriam estaba seleccionando las últimas joyas de su madre. Había muy poco de valor en las cajas perfumadas, pero decidió que se llevaría a casa, como recuerdo, uno o dos hermosos broches que reposaban sobre lechos de algodón grisáceo. Boyd había llamado un poco después de las seis, tal como prometiera. Su voz, si bien menguada por la pésima comunicación, sonó segura y afectuosa. Miriam todavía se sentía muy animada después de la conversación. El teléfono sonó otra vez. Era Judy.

—Tesoro, creo que no debería ir esta noche. Me siento muy mal en este momento. Fui al funeral, y las penas son peores cuando hace frío.

—Oh, querida...

—Temo que sería una compañía muy aburrida. Lamento dejarte plantada.

—No te preocupes; si no te encuentras bien...

—Lo peor es que quizá ya no pueda verte antes de que te vayas —parecía sinceramente disgustada por esa idea.

—Oye —dijo Miriam—, si acabo el trabajo antes de que sea muy tarde iré a tu casa. Odio las despedidas por teléfono.

—Yo también.

—Pero no te lo prometo.

—Bien, si nos vemos, nos vemos; quedamos así, ¿eh? Si no, cuidate, cielo, y escríbeme unas líneas para comunicarme que llegaste bien a casa.

Cuando salió de casa a las nueve y media el viento se había calmado y dado paso a un silencio sepulcral, casi más enervante que el estrépito precedente. Miriam cerró la puerta con llave y retrocedió un paso para contemplar la fachada. La próxima vez que pusiera el pie en ella, si lo hacía, la casa estaría

ocupada por otras personas y, sin duda, pintada de nuevo. Carecería de prerrogativas. Los dolores que la habían asaltado al revivir los fantasmas del pasado se convertirían en simples recuerdos.

Caminó hacia el coche con las llaves en la mano, pero en el último segundo decidió que iría a pie a casa de Judy. La atmósfera, purificada por el viento, era vigorizante, y aprovecharía la oportunidad de pasear por su antiguo barrio por última vez.

Incluso tomaría el Camino del Diablo, pensó; llegaría a casa de Judy en cinco o diez minutos.

En el Camino había una larga y engañosa curva, en su trayecto paralelo al borde de la cantera. No se podía ver un extremo desde el otro, ni tan sólo la mitad, de modo que Miriam se encontró frente a la brecha casi antes de verla. Su paso confiado flaqueó. En su bajo vientre algo desenroscó los brazos, dándole la bienvenida.

El agujero, inmenso e incitante, bostezaba frente a ella. Más allá del borde, donde las escuálidas luces de la calle ya no iluminaban, la oscuridad de la cantera era, en apariencia, infinita. Igual podría estar parada ante el fin del mundo; al otro lado del sendero no existía profundidad, no existía distancia, sólo una negrura que zumbaba de anticipación.

Mientras miraba, fragmentos de cemento se zambulleron en el vacío. Oyó su golpeteo; oyó incluso los lejanos impactos.

Pero ahora, agarrotada por el súbito espanto, oyó otro ruido, muy cercano, un ruido que había rogado no oír jamás estando despierta, el rascar de unas uñas en la pared de piedra de la cantera, el cáustico respirar acelerado de una criatura que había esperado, oh, tan pacientemente este momento y que ahora, lenta y resueltamente, escalaba los últimos metros del despeñadero hacia ella. ¿Y para qué apresurarse? Sabía que estaba paralizada de terror, con los pies clavados en el suelo.

Estaba a punto de llegar; nadie podía ayudarla. Los brazos de la criatura se aferraban a la piedra, y su cabeza, oscurecida por el tizne y la depravación, rozaba el borde del Camino. Incluso ahora, a pocos centímetros de divisar a su víctima, no aceleró su ascensión, sino que se comportó con espantosa calma.

La niña que Miriam había sido quería morir, antes de que aquello la viera, pero la mujer deseaba contemplar el rostro de su eterno torturador. Sólo *ver*, en el terrorífico instante precedente a su fin, el aspecto de la cosa. Después de todo, aquello había esperado durante mucho tiempo. Seguro que tenía sus razones para contener su impaciencia; quizá se reflejarían en su rostro.

¿Cómo podía haber supuesto que escaparía alguna vez de esto? A la luz del sol disipaba sus temores con una carcajada, pero en vano. De pronto volvían el sudor de la niñez, las lágrimas nocturnas (calientes, resbalando desde el ángulo de los ojos hacia el pelo) y los terrores indescriptibles. Surgían de la oscuridad y se

encontraba, por fin, sola. Sola con la soledad de los hijos únicos: encerrados con sentimientos incomprensibles, en infiernos de ignorancia privados cuyos pasadizos se extendían, desapercibidos, hasta la edad adulta.

Lloraba a pleno pulmón, como una niña de diez años, el rostro enrojecido y brillante por las lágrimas. Su nariz goteaba, sus ojos ardían.

El Camino del Diablo se difuminaba, y sintió la irresistible llamada de la oscuridad. Dio un paso hacia la brecha del muro, al tiempo que la combada pared negra de la cantera experimentaba otro tirón. Un paso más y ya distaban escasos centímetros del desmigajado límite del Camino del Diablo; en cuestión de segundos aquello la agarraría por el pelo y la destrozaría.

Avanzó hacia el vertiginoso abismo y el rostro del horror emergió de la noche sin fondo para mirarla. *Era el rostro de su madre.* Horriblemente aumentados dos o tres veces de tamaño, sus amarillentos párpados oscilaron hasta revelar el blanco del *ojo sin iris*, como si estuviera suspendida en el último momento entre la vida y la muerte.

Su boca se abrió; sus labios se tiñeron de negro y se ensancharon en finas líneas alrededor de un hueco sin dientes que respiraba inútilmente con el propósito de pronunciar el nombre de Miriam. Tampoco ahora llegaría el momento del reconocimiento; la cosa la había engañado, le ofrecía ese rostro muerto y amado en lugar del suyo.

La boca de su madre se movió, su lengua rasposa trató en vano de formar las dos sílabas. El monstruo quería llamarla, y sabía, con su antigua astucia, qué rostro emplear para romper su resistencia. Miriam miró entre lágrimas los ojos llameantes; entrevió la almohada que sostenía la cabeza de su madre muerta, percibió algo del olor de su postrer y amargo suspiro.

El nombre casi fue articulado. Miriam cerró los ojos, con la convicción de que el fin llegaría cuando surgiera la palabra. Toda su voluntad la había abandonado. Estaba en poder del Monstruo; esta brillante imitación constituía la definitiva y triunfal vuelta de tuerca. Hablaría con la voz de su madre, y ella se entregaría.

—*Miriam* —dijo aquello.

La voz era más cariñosa de lo que imaginaba.

—*Miriam* —habló en su oído, las garras sobre sus hombros—. *Miriam, por el amor de Dios* —inquirió—. *¿Qué estás haciendo?*

La voz era familiar, aunque no era ni la de su madre ni la del Monstruo. Era la voz de Judy, eran las manos de Judy. La apartaron de la brecha y la empujaron contra el muro opuesto. Sintió la seguridad del ladrillo frío contra su espalda, contra sus palmas. Las lágrimas empezaron a calmarse.

—*¿Qué estás haciendo?*

Sí, no había duda, claro como el agua: Judy.

—*¿Te encuentras bien, cariño?*

La oscuridad era intensa detrás de Judy, aunque se oía un golpeteo sobre las piedras a medida que el Monstruo retrocedía hacia la pared de la cantera. Los brazos de Judy, más preocupada por su vida que ella misma, la estrecharon con firmeza.

—No quería darte un susto —dijo—, pero creí que ibas a saltar.

Miriam sacudió la cabeza, incrédula.

—No me ha atrapado —musitó.

—¿A qué te refieres, tesoro?

No se atrevía a hablar mientras aquello pudiera oírla. Sólo deseaba alejarse del muro... y del Camino.

Creí que no ibas a venir —prosiguió Judy—, así que pensé..., qué más da..., iré a verla. Menos mal que tomé el atajo. ¿Puedes decirme qué te impulsó a inclinarte sobre el borde de esa manera? Es peligroso.

—¿Me acompañas a casa?

—Claro, cariño.

Judy la rodeó con el brazo y la apartó de la brecha en el muro.

Silencio y oscuridad detrás de ellas. La farola titiló. Cayó un poco más de argamasa.

Pasaron toda la noche juntas en la casa, y compartieron la gran cama del cuarto de Miriam inocentemente, como cuando eran niñas. Miriam contó la historia de principio a fin: toda la historia del Camino del Diablo. Judy la escuchó, asintió, sonrió y no la interrumpió. Por fin, poco antes del amanecer, terminadas las confesiones, ambas se durmieron.

A la misma hora, las cenizas de la madre de Miriam se enfriaban, mezcladas con las cenizas de otras trece personas que habían pasado por el horno crematorio ese miércoles, uno de diciembre. Por la mañana trituraron los restos de los huesos, dividieron el polvo en catorce partes iguales y lo introdujeron escrupulosamente en catorce urnas señaladas con el nombre de los seres queridos. Algunas de las cenizas serían dispersadas; algunas serían encerradas en el Muro de los Recuerdos; otras serían entregadas a los parientes del fallecido, para que concentraran en ellas su pena.

A la misma hora, el señor Beckett soñó con su padre y se despertó a medias, entre sollozos, pero la chica que dormía con él le consoló hasta que se durmió de nuevo.

Y, a esa misma hora, el esposo de la fallecida Marjorie Elliott tomó el atajo del Camino del Diablo. La grava crujió bajo sus pies, el único sonido del mundo en esa fastidiosa hora antes del amanecer. Durante toda su vida de trabajador había recorrido el mismo camino, fatigado por el turno de noche en la panadería. Tenía las uñas sucias de masa, y bajo el brazo llevaba una barra de medio cruda y una bolsa con seis panecillos de corteza dura. Hacía casi veintitrés años que

observaba idéntico ritual, cada mañana, aunque desde la prematura muerte de Marjorie casi todo el pan quedaba intacto y lo echaba a los pájaros.

Aminoró el paso hacia la mitad del Camino del Diablo. Su estómago se agitó; el perfume del aire había despertado un recuerdo. ¿Acaso no era el perfume de su mujer? La farola parpadeó, cinco metros más adelante. Miró la brecha en el muro y, desde la cantera, surgió el rostro enorme de su bienamada Marjorie.

Pronunció su nombre una vez pero, sin molestarse en responder a su llamada, él se desvió del Camino y desapareció.

La barra de pan cayó sobre la grava.

Liberada de su envoltorio de tela, se enfrió y lentamente entregó el calor de su nacimiento a la noche.

Comida

Thomas Tessier

THOMAS TESSIER, nacido en 1947 en Waterbury (Connecticut), fue director gerente de Millington Books en Inglaterra antes de volver a Estados Unidos para dedicarse exclusivamente a escribir. Sus novelas incluyen *The fates*, *The nightwalker*, *Shockwaves*, *Phantom* y *Finishing touches*. Tessier incide raramente en el relato corto, pero siempre, como en *Comida*, con resultados inolvidables. Su más reciente novela lleva por título *Rapture*.

—Casi se me ha pasado ya —dijo la señorita Rowe, más para ella que para el señor Whitman. Había una mirada lejana en sus ojos, pero su boca luchó por dibujar una sonrisa y su voz vibraba de expectación—. No se preocupe, pronto me encontraré bien.

¿Casi se le había pasado? ¿Qué significaba esa frase? El señor Whitman prefirió no pensar en ello. En lo que a él atañía, se trataba de un típico sábado de verano. El calor de agosto se había calmado un poco, y una leve brisa agitaba el aire. Otra gente iría a nadar, de compras, o contemplaría un partido de béisbol. El señor Whitman y la señorita Rowe harían lo mismo de cada sábado por la tarde. Barajar otra posibilidad sería demasiado aterrador.

—Pero no se encuentra bien —se sintió obligado a decir—. Quiero decir que padece dolor, auténtico dolor: es evidente.

—No —replicó ella sin demasiada convicción—. Sé lo que siento, y no es dolor, no, señor —la señorita Rowe se estremeció, acomodó los colchones e intentó cambiar de tema—. ¿Qué me ha traído hoy?

El señor Whitman prefirió ignorar su pregunta.

—Creo que debería permitirme llamar a un doctor. Lo mejor sería que fuera al hospital, pero al menos deje que la examine un médico.

—De ninguna manera. Si hace algo por el estilo, nunca volveré a dirigirle la palabra.

La señorita Rowe lo dijo sin acritud, como una pataleta, pero, por desgracia, el señor Whitman sabía que no estaba mintiendo. Ella siempre imponía sus propias condiciones. El sentido del deber del señor Whitman no era tan fuerte como el temor a destruir su amistad.

El señor Whitman atravesó la sala, con cuidado de no pisar los restos, y se quedó unos momentos junto a las puertas cristaleras. Disfrutaba mejor de la brisa en ese lugar, pero el panorama del patio trasero era desalentador. El césped llevaba semanas sin podarse. Como obedeciendo a una señal, la segadora eléctrica de un vecino se puso en funcionamiento y zumbó con autoridad en la distancia. Ya casi no existía jardín en el extremo más alejado del patio. El señor Whitman había despejado y cavado un cuadrado de terreno para plantar zanahorias y tomates, pero jamás había completado el trabajo. Algunas hierbas crecían en el desnudo suelo negro. Había estado ocupado, se dijo. La señorita Rowe había asumido la dirección de su vida ese verano.

—¿Qué ha traído? —preguntó de nuevo.

—Oh, Balzac —respondió distraídamente el señor Whitman. Casi había olvidado el libro que sostenía en una mano. Cada sábado por la tarde le leía un relato a la señorita Rowe. Balzac era uno de los favoritos de ambos. Hoy tenía la intención de recitar *Facino Cane*, un cuento que se sabía de memoria, pero que nunca le había emocionado en demasía.

El rostro de la señorita Rowe se encendió de placer, pero era incapaz de

hablar. En ese momento estaba deslizando una gruesa rebanada de pan italiano en su boca. La visión era mucho más deprimente de lo que el señor Whitman podía tolerar, así que centró su atención en el volumen de Balzac y empezó a pasar las páginas. No se trataba sólo del pan, ni de las generosas raciones de paté al coñac y queso de nata que lo acompañaban. Comida: ése era el problema, el enorme y complejo problema. La señorita Rowe comía convulsivamente. Casi todas las horas del día las dedicaba al consumo de comida. Él le doblaba la edad, pero ella, según su moderada estimación, le triplicaba en peso.

Su extraña relación se había iniciado seis meses antes, cuando el señor Whitman se trasladó de domicilio, convirtiéndose así en su vecino. Eran un par de refugiados del mundo exterior, y ocupaban dos apartamentos en la planta baja de una mansión victoriana remozada en las afueras de Cairo. No el Cairo de Egipto, sino un pueblo rural en la parte central del Connecticut oriental, poblado de ciudades con nombres tan incongruentes como Westminster, Brooklyn y Versailles.

El señor Whitman nunca se había casado, aunque había ahorrado e invertido dinero durante muchos años, de modo que al cumplir los cincuenta pudo jubilarse de su trabajo editorial en Manhattan y abandonar la ciudad. Se permitió el lujo de hacer lo que en realidad deseaba, comerciar con libros raros. La especialidad del señor Whitman era el crimen, real y ficticio, aunque amaba la literatura en general. Poseía una respetable colección que guardaba en la tienda de dos plantas que había alquilado en el pueblo. Era propietario también de casi una docena de libros valiosos, depositados en la caja de seguridad del banco. El señor Whitman no ganaba mucho dinero con el negocio, en parte porque detestaba vender sus libros y les adjudicaba precios exagerados. Lo cierto es que el dinero había cesado de ser un factor importante en su vida, y le complacía pasar varias horas al día en la tienda, rodeado de su colección, escuchando la radio en frecuencia modulada y atendiendo las escasas peticiones por correo. La puerta cerrada con llave y las cortinas corridas disuadían a los posibles clientes de la calle. Se hallaba entregado al proceso de confeccionar un catálogo de su colección, pero de forma muy pausada. Lo normal es que apartara la lista y se zambullera en la lectura de un libro. El señor Whitman sabía con toda certeza que jamás podría leer todo cuanto deseaba en el curso de una sola vida.

La señorita Rowe representaba un misterio para él. No le gustaba hablar de sí misma, aunque de vez en cuando ofrecía datos dispersos. Sus únicos parientes eran dos primos que vivían en la Costa Oeste. Sin embargo, la señorita Rowe había llegado a Cairo desde Boston, en donde algo no especificado había conmocionado su existencia un año atrás. ¿Un accidente, una violación, un trauma emocional? El señor Whitman no tenía ni idea. Fuera lo que fuese, la señorita Rowe se había establecido en Cairo con el suficiente dinero para no hacer nada..., excepto comer.

Cuando el señor Whitman trabó conocimiento con ella, aún era capaz de desplazarse un poco: salía a comprar lo que quería o se internaba en coche por las carreteras vecinales. Ahora le resultaba virtualmente imposible salir de su apartamento. El peso de la señorita Rowe había experimentado un alarmante aumento en los últimos meses. Sin duda se estaba aproximando a la marca de los doscientos cincuenta kilos, si no la había superado ya. Había llegado a un acuerdo con varios almacenes de la zona para que le enviaran a domicilio los productos, y cada día llegaban nuevas provisiones.

Su apartamento se había transformado en el centro neurálgico de este sorprendente consumo. Fue necesario apartar los muebles para hacer sitio a lo único especial. Cada tarde venía un colegial de mirada perpetuamente asombrada a recoger los montones de basura que producía la señorita Rowe. Esta pasaba la mayor parte del tiempo tumbada sobre cuatro colchones (un par perpendicular al otro) y una fila de almohadas. Cubría su épico volumen con sábanas superpuestas, de modo que sólo su cabeza, hombros y brazos eran visibles.

Rodeándola como un anillo de sofisticados aparatos en la unidad de cuidados intensivos de un hospital, aguardaban al alcance de la mano un microondas, un calentador portátil, tres pequeños frigoríficos, una tostadora, una licuadora y una estantería llena de platos de papel y vasos, tenedores cucharas y cuchillos de plástico, además de bolsas de basura y cajas de comida.

En su calidad de visitante asiduo, el señor Whitman ya se había acostumbrado a dicho espectáculo. El extraordinario estilo de vida de la señorita Rowe le fascinaba tanto como le asombraba. Al principio menudearon discusiones acaloradas. Le dijo que siguiera una dieta de apoyo, sin reparar en los medios de detener aquella compulsión devoradora, pero la señorita Rowe no siguió sus consejos. Se sentía feliz y contenta con sus costumbres. El señor Whitman se dedicó a leerle artículos y libros acerca de la bulimia, apetito insaciable. La señorita Rowe rechazó sus argumentaciones y señaló que nunca vomitaba, nunca se purgaba con laxantes y nunca sufría sentimientos de culpa o depresiones. En suma, no era bulímica.

Simplemente disfrutaba comiendo.

El señor Whitman persistió, dio detalladísimas explicaciones sobre los peligros y la amenaza que se cernía sobre su corazón y su salud, pero de nuevo la señorita Rowe desechó con una sonrisa sus advertencias.

—El cuerpo nos lo dice —argüía con calma mientras devoraba otra lata de manzana en almíbar—. La mayoría de la gente no presta atención a su cuerpo, pero yo sí. Yo sí. Cuando me dice come, como. Cuando dice basta, paro.

Por lo visto, su cuerpo siempre la animaba a comer.

Entonces, el señor Whitman adoptó una táctica diferente. Le contó sus viajes por Europa y Asia, sus vacaciones en México y en el Caribe. Describió con

elocuencia y todo lujo de detalles los paisajes que había visto y la gente que había conocido. Sin embargo, los viajes no parecieron despertar el menor interés en la señorita Rowe, por lo que, desesperado, se puso a describir los platos que había comido en el extranjero. No le gustaba hacerlo, pero razonó que si conseguía intrigarla bastante quizás se animara a viajar para probar la cocina extranjera..., momento en que debería imponerse una férrea disciplina dietética para emprender cualquier travesía. Pero esto también falló. La señorita Rowe amaba la comida, sin discriminaciones. El pensamiento de buey a la mantequilla, *coq au vin*, tortillas Arnold Bennett, camarones vindaloo, cangrejos de río a la criolla y sopa cinco serpientes no la excitaba. Le bastaba con meter en el microondas tres o cuatro pasteles de pollo congelados y acompañarlos con arenques en escabeche, varios perritos calientes y un cuarto de compota de manzana. La señorita Rowe no detestaba la buena comida, pero carecía de tiempo para esfuerzos suplementarios.

Si bien su interés no sólo no disminuía sino que continuaba en alza, al cabo de un mes el señor Whitman empezó a ceder terreno. Los argumentos eran inútiles, en el sentido de que no conseguían nada. La confianza de la señorita Rowe era inquebrantable; su apetito, supremo. El señor Whitman se figuró que iba a convertirse en un eterno cascarrabias, lo que tampoco entraba en sus planes. Además, la chica le caía demasiado bien para pelear con ella. Seguiría esforzándose en cambiarla, a base de esporádicas advertencias y observaciones, a pesar de que la aceptaba como era. Le había tomado mucho cariño, sin apenas darse cuenta. Era prácticamente la única persona que contaba en su vida.

La segadora eléctrica continuaba zumbando, pero la brisa había cesado. El señor Whitman tomó asiento en la única silla de la habitación y se dedicó al libro.

—« En aquel tiempo vivía en una callejuela que probablemente no conozcáis... ».

La señorita Rowe cerró los ojos y escuchó con suma atención. Masticaba dulces de malvasisco porque eran silenciosos. Los libros nunca habían despertado su interés, pero adoraba escuchar la voz del señor Whitman leyéndole historias en voz alta. Lo hacía muy bien, apenas tropezaba con las palabras y se ponía dramático sin caer en el ridículo. Nadie le había leído jamás, ni siquiera de niña, así que no podía compararle con otro lector, pero sabía que era el mejor.

—« Ignoro cómo he podido mantener en secreto durante tanto tiempo la historia que os voy a contar... ».

Él encendió un cigarrillo cuando terminó el cuento de Balzac. Había hecho hincapié, el primer día que trabó conversación con la señorita Rowe, en que sólo fumaba diez pitillos al día, con la idea de que la joven podría aplicarse el ejemplo. Sin embargo, a pesar de que ella alabó su fuerza de voluntad, no hizo caso de la insinuación. Conversaron acerca del relato y de su autor. El señor Whitman llevó el peso de la conversación, y la señorita Rowe repuso que *Facino*

Cane era hermoso, pero muy triste... ¿y cuántas tazas de café bebía Balzac por las noches? Por fin, el señor Whitman se decidió a dar por finalizada su visita.

—Vuelva esta noche, por favor —rogó la señorita Rowe cuando él se puso en pie.

—Por supuesto. Me pasaré más tarde —prometió, pero de pronto pensó que le había hablado de una forma extraña, como si le ocurriera algo—. ¿Se encuentra usted bien?

—Oh, sí —replicó con excesiva vehemencia la señorita Rowe—. Es que me gustaría volverle a ver. Esta noche.

—Estupendo —el señor Whitman se dispuso a partir.

—Algo está pasando —susurró ella casi sin aliento, para retenerle un poco más.

—¿Qué? —inquirió el señor Whitman, preocupado.

—No sé. Me siento... diferente. Como si algo estuviera cambiando en mi interior, pero no para mal —añadió con un esfuerzo—. Una sensación agradable, aunque extraña.

—No puede juzgar estas cosas por sí sola. Estoy convencido de que le conviene ir al médico. Tal vez se trate del corazón. Los síntomas extraños suelen preludiar algo muy poco extraño.

—No, *no* —la señorita Rowe hizo un esfuerzo para contenerse y prosiguió en un tono más suave—. No permitiré que me palpen, pinchen y sometan a experimentos como un fenómeno. No tardaría en verme ocupar la portada del *National Enquirer*. Todo el día y parte de la noche me atormenta la idea de que una sola palabra de los proveedores provocará el asedio de periodistas, fotógrafos, maniáticos y médicos engreídos. No lo soportaría —vaciló, y luego se reanimó—. De todos modos, se lo diré: me siento bien, de ninguna manera enferma. De hecho, nunca me he sentido mejor. Me invade el entusiasmo.

El señor Whitman suspiró, desolado. A no ser por el peligro, todo parecería absurdo. Así que entusiasmada. Era incapaz de imaginar lo que significaba esto en el contexto de su salud. Y esa observación de que algo le estaba pasando... ¿Cómo interpretarla? Sabía que la señorita Rowe tendía al dramatismo, y que siempre intentaba desmitificar la monotonía de su vida cotidiana. «Eso es todo», se obligó a creer.

Pero su aspecto no era el de siempre. Era evidente. El rostro de la señorita Rowe presentaba un color más vivido que de costumbre. Incluso parecía un poco sonrojada; un tono rosáceo teñía sus mejillas, habitualmente pálidas por causa de su sempiterno encierro entre las cuatro paredes del apartamento.

El señor Whitman y la señorita Rowe se tocaban con escasa frecuencia, sólo cuando sus manos se encontraban para intercambiar algo, pero había llegado el momento de que el señor Whitman tomara una decisión. Se sentó en el borde de las colchonetas y posó la palma de la mano sobre la frente de la chica.

—¿Tiene fiebre? —pregunto para dejar claras sus intenciones.

—Oh, no lo creo —respondió ella, algo decepcionada.

—Ummmm —el tacto de aquella piel embelesó al señor Whitman. El tamaño de su cabeza no era el de una pelota de playa, aunque así lo pareciera. Había sospechado que sería fofo y esponjosa, a causa de la grasa, pero era sorprendentemente firme. Aunque la papada era múltiple, la frente era suave, por no decir tirante. El señor Whitman descubrió que le costaba apartar la mano —. Quizás unas décimas —anunció, aunque no estaba seguro.

—Sé lo que piensa —dijo la señorita Rowe con una sonrisa infantil—, pero me gusta que se preocupe. No sé lo que haría sin usted.

«Seguiría comiendo», pensó con tristeza el señor Whitman, pero le devolvió la sonrisa, porque sentía un gran afecto por la joven.

—Tranquílcese —le aconsejó—. Me gustaría que comiera más frutas y verduras, y menos basura —había repetido este mensaje incontables veces.

—Pero si ya lo hago —insistió con entusiasmo la señorita Rowe—. ¿No le conté que esta mañana me preparé una ensalada Warldorf? Lo hice sin ayuda.

—Bien, me parece muy bien —respondió el señor Whitman, forzando una sonrisa.

Estaba tan orgullosa de su hazaña trivial que no se atrevió a comentarle que la ensalada Warldorf era, no sólo más saludable sino más exquisita.

—Muy pocas personas saben lo bien que sienta una ensalada para desayunar —prosiguió la señorita Rowe.

—En efecto.

A continuación el señor Whitman se marchó, de lo contrario habría permanecido largo tiempo escuchando alabanzas sobre ensaladas, desayunos y comida en general. Se dirigió sin más preámbulos a su tienda de la ciudad y eligió *The lesser Antilles Case*, de Rufus King, y *The C. V. C. Murders*, de Kirby Williams, para leerlas el sábado por la noche y el domingo por la tarde.

Ya en su apartamento, el señor Whitman se sirvió un vaso de cerveza fría y repasó las pocas cartas que había encontrado en la tienda. Nada interesante, salvo un catálogo de un vendedor de St. Paul. No tardó en apartar el catálogo y encender un cigarrillo.

La señorita Rowe le preocupaba. Si algo le ocurría, si su corazón fallaba de repente, se consideraría el responsable moral. Llegó a preguntarse si violaría la ley por no ponerla bajo vigilancia médica. No tenía ni idea de lo que decía la ley sobre situaciones similares. ¿Le acusarían de negligencia? ¿De homicidio involuntario?

No parecía plausible. La señorita Rowe, después de todo, era una persona adulta, y responsable de sí misma. Su carácter convulsivo no equivalía a incapacidad mental. ¿Debía dedicar su lealtad a la amistad, aceptándola tal como era, o a su salud y bienestar? Ambas posibilidades no se excluían mutuamente, a

pesar de las apariencias. En cualquier caso, el señor Whitman pensó que tarde o temprano debería discutir el asunto con un médico... o con un abogado, aunque no mencionaría nombres hasta recibir ciertas directrices. El asunto exigía una clarificación.

Más tarde, antes de que el ocaso se viera envuelto en la oscuridad, el señor Whitman golpeó con los nudillos en la puerta de la señorita Rowe y entró en el apartamento. Las luces estaban apagadas y era difícil escudriñar en las tinieblas, pero escuchó el suave fruncir de las sábanas. Quizás ella se había adormecido un rato.

—Encienda la lámpara —atontada, la joven intentó incorporarse sobre las almohadas.

—¿Le molesto?

—No, en absoluto. Entre.

El señor Whitman encendió la luz y se sentó. Pensó que los ojos de la joven estaban más embotados que de costumbre y que su complejión era más inmensa que por la tarde.

—Acérquese —le dijo ella. El señor Whitman aproximó la silla de madera a la cama y se ubicó entre un frigorífico y las estanterías de platos de papel—. No, ahí no. Siéntese en la cama, por favor. Estoy algo deprimida.

El señor Whitman se acomodó con toda clase de precauciones en el borde de las colchonetas. Lo sorprendente era que la señorita Rowe no se deprimiera más a menudo. No era normal que una joven de su edad llevara una existencia tan recluida, tan solitaria. Y, por más que ella lo negara, comer con tanta insistencia comportaba un costo psicológico. El señor Whitman se preguntó si su excelente estado de ánimo comenzaba, por fin, a flaquear.

—Me trata tan bien —la señorita Rowe cogió su mano, la estrujó y la retuvo. Su apretón era cálido y extrañamente invitador—. Me gustaría darle las gracias de alguna forma.

—Oh, no sea tonta —respondió el señor Whitman con una sonrisa nerviosa—. Lo más curioso es que, hace pocos minutos, pensaba que me comportaba con cierta negligencia.

—Eso no es cierto. Nada más alejado de la realidad. Es usted la persona que necesitaba. Sin usted, no sé si habría podido... En fin, usted me importa mucho, créame.

Le estrujó la mano otra vez. «Qué raro», pensó el señor Whitman. Era como si ella le estuviera consolando a él.

—Debo de tener un aspecto horrible —siguió la señorita Rowe—. Hace años que no me miro en un espejo. ¿Tengo un aspecto... horrible?

—No, por supuesto que no —ella no solicitaba un cumplido, pero, desde luego, el señor Whitman quiso dar la respuesta más positiva—. La verdad es que parece cansada y, como ya le dije antes, necesita hacer algunos cambios en...

—*Estoy cambiando* —interrumpió ella, apartando la mirada sin dejar de asir su mano—. *Estoy cambiando.*

—Bueno. Bien, bueno —el señor Whitman no sabía qué decir porque no sabía lo que ella quería darle a entender. Albergaba la vaga noción de que intentaba comunicarle algo. ¿Puede decirme,... si leí lo desea..., qué ocurrió?

—¿Cuándo?

—En Boston.

—Oh —le miró de nuevo y sonrió—. ¿Qué importa? ¿Qué diría si le contara que maté a alguien? ¿A mi familia, por ejemplo?

—No me lo creería —se burló. Era una idea absurda.

—¿Lo ve? No importa.

—Pero algo ocurrió —insistió—. Dígamelo, Frances. Le sentará bien hablar con un amigo en el que puede confiar.

Muy pocas veces se designaban por sus nombres, pero la señorita Rowe pareció conmoverse. Sin embargo, se limitó a encogerse de hombros y le dedicó una sonrisa de perplejidad.

—Es así de sencillo —contestó con serenidad—. No ocurrió nada.

El señor Whitman no se quedó convencido, a pesar de que no captó ningún matiz engañoso o evasivo en su tono de voz. La verdad resplandecía en sus palabras.

—Quiero hablar de usted con alguien —dijo por fin—. Lamento disgustarla, pero debo hacerlo, y esta vez no me arrepentiré a última hora.

Para su sorpresa, la señorita Rowe no puso la menor objeción. Asintió con la cabeza lentamente, en señal de comprensión, y estiró más su mano hacia él.

—Esta noche no —dijo—. Esta noche no hará nada.

—Bien, no —condescendió él. Había empezado el fin de semana, y lo más probable es que no encontrara ningún médico o abogado disponible— pero será lo primero que haga el lunes por la mañana.

—De acuerdo.

Había resultado tan fácil que, por un momento, el señor Whitman pensó que había errado las palabras o que ella no las había comprendido bien. En realidad, carecía de importancia; sabía lo que iba a hacer el lunes, y este pensamiento le hizo sentirse mejor.

—Lawrence.

—¿Ummm? —tragó saliva para aclarar su garganta—. ¿Sí?

—¿Le importaría acostarse a mi lado en esta cama?

Su voz era menuda, distante, dolorosamente vulnerable.

—Sólo necesito que se quede conmigo y me abrace unos minutos.

El señor Whitman era incapaz de hablar, pero experimentó un terremoto emocional que provocó temblores en su cuerpo y tñón de púrpura sus mejillas. Se quitó los mocasines. «Debe de sentirse terriblemente sola —pensó—. Necesita

consuelo, un poco de calor humano». Se estiró sobre las colchonetas y avanzó con timidez hacia su enorme masa. La señorita Rowe le atrajo hacia ella, hasta que ambos cuerpos se apretaron uno contra otro. Ella le manejó con toda facilidad, como a un muñeco, hasta que él se recostó con un brazo sobre su estómago y la cabeza entre los pechos. Luego dio la impresión de que la señorita Rowe suspiraba y se calmaba, y así permanecieron un rato.

El aire se había enfriado. Las puertas cristaleras seguían abiertas, y afuera había caído la noche. La respiración de la señorita Rowe era regular, aunque ligeramente congestionada, y dejó caer el brazo cuando el señor Whitman se movió. Se había dormido. Él se levantó sin hacer ruido, recogió los zapatos, apagó la luz y regresó a su apartamento.

Tomó otra cerveza y fumó un cigarrillo. No podía estarse quieto. Sus sentimientos eran alarmantes, excitantes y, sobre todo, misteriosos. ¿La amaba? Sí, pero no como un amante, si bien, debía admitirlo, se había introducido en el juego un nuevo elemento físico. El tacto de su cuerpo le quemaba como un resplandor crepuscular. Estaba casi convencido de que si se miraba en el espejo del cuarto de baño descubriría un aura, un brillo, alrededor de su mano y de su mejilla.

Después le asaltó un chocante pensamiento. Ella era *hermosa*. La señorita Rowe, Frances, con sus casi doscientos cincuenta kilos, era verdaderamente hermosa. Y no a pesar de su enorme tamaño, sino a causa de él. La única característica de la joven que le asustaba e incluso repelía, ahora le resultaba nada menos que milagrosa. Quizá padecía una peligrosa compulsión, pero ¿no era acaso una señal de su fuerza y coraje, de su naturaleza y carácter?

El señor Whitman se bebió otras tres botellas de cerveza y no se molestó en contar los cigarrillos.

Los pensamientos se sucedían en su mente; la incertidumbre anterior se había trocado en relucientes bolsas de luz. Sí, la amaba. En todos los sentidos. La cuidaría con más devoción que nunca, pero sin intentar cambiarla. La mantendría viva, sana, feliz; ya encontraría la forma. La disciplina del amor, una dieta mejor; todo se arreglaría. En cierto modo, tenía que entregarse a ella para que ella se le entregara.

El señor Whitman miró el reloj, indiferente a que fueran más de las once. Quería verla otra vez, contarle cosas. Y estar con ella..., para refugiarse en el calor y la paz de su abrazo desmesurado.

Vaciló por última vez en la puerta del apartamento. ¿Se estaría comportando como un idiota, como un patético y maduro galán? ¿Estaría bebido, equivocado, histérico? No, decidió; en cualquier caso, no le importaba.

El señor Whitman pegó el oído a la puerta de la señorita Rowe y escuchó ruido de movimientos. Golpeó con los nudillos, no obtuvo respuesta, y llamó con más fuerza. Nada, excepto aquellos peculiares ruidos, sordos y ajenos. Giró la

manija y entró. La habitación estaba a oscuras, pero la luz de la luna se filtraba a través de las puertas cristALERAS y aportaba algo de claridad; sus ojos se adaptaron a la penumbra.

La señorita Rowe se retorció en su improvisado lecho como una persona sumida en un sueño cada vez más inquietante. Parecía estar dormida, pero el señor Whitman experimentó un escalofrío cuando reparó en que tenía los ojos semientornados, vidriosos, vagos. Emitía sonidos que se estrangulaban en su garganta. «Fiebre —pensó—, o convulsiones». Estaba seguro de que le estaba ocurriendo algo terrible. Se golpeó la rodilla con un frigorífico y aplastó con el pie una caja de galletas de queso al acercarse a la cama, pero la señorita Rowe no dio señales de advertir su presencia. Sus movimientos aumentaban en violencia y brusquedad a cada minuto, agitada y convulsa.

El señor Whitman apoyó la mano sobre su frente y descubrió con estupor que no estaba febril, sino anormalmente fría. Su piel estaba cubierta de sudor y el pelo se le pegaba al cráneo. Esa frialdad le aterraba más que otra cosa. Todo iba mal, pero incluso el tacto de la piel era diferente, duro, casi escamoso.

Entonces ladeó un poco la cabeza hacia la luz. El señor Whitman observó que sus ojos habían cambiado. Estaban cerrados con tanta firmeza que era imposible discernir las finas arrugas a ambos lados de la nariz.. tan ancha y aplastada como si hubieran pretendido hundírsela en la cara. Continuaba retorciéndose y sacudiéndose, con los brazos apretados contra el cuerpo y las piernas tensas muy juntas, como si estuviera atada de pies a cabeza.

Los sonidos que emitía aumentaron de intensidad y, mientras se debatía con la sábana, el señor Whitman comprobó que su cuello fofo y recubierto de grasa también había sufrido cierta transformación. Se unía suavemente con los hombros, como si careciera de cuello. Y la piel, como la de la cara, era muy pálida, de un blanco casi brillante, reluciente y firme.

El señor Whitman temblaba de miedo, aunque apenas podía moverse. Consiguió posar la mano sobre su hombro, la ladera redonda donde había estado el hombro, y de nuevo le asombró la frialdad del tacto. Tenía que hacer algo, pero ese pensamiento no era más que una voz incorpórea en su cerebro. La señorita Rowe apartó la sábana. Desnuda, advirtió vagamente; estaba desnuda, pero su cuerpo había perdido los rasgos distintivos (pechos, caderas, nalgas) hasta convertirse en algo largo, ancho y tubular. No era la señorita Rowe. Era algo más o menos parecido a un ser humano. «La palabra —pensó el señor Whitman, trastornado— es larval».

Se debatía en el lecho, sacudía y levantaba todo su cuerpo como si intentara escapar de aquel lugar. El señor Whitman trepó a la parte más baja de la cama cuando se dio cuenta de que ella trataba de apartarse de él. Parecía que lo más importante para la joven era permanecer donde estaba y conseguir la ayuda adecuada. De otro modo no podría superar la terrible enfermedad desconocida

que la atenazaba. Sin embargo, la señorita Rowe no se quedó quieta. Se contorsionó con vigor, rodando y sacudiéndose, hasta salir de la cama. Era tan grande... Por un instante, el señor Whitman se aterrorizó cuando vio la rotunda y desnuda envergadura cernirse sobre él.

«Te quiero», pensó sin esperanza. Se precipitó hacia ella con los brazos abiertos y toda la fuerza de sus piernas. Confiaba en abrazarla y calmarla para que volviera a la cama. Sus cuerpos se encontraron y se fundieron en un abrazo. El señor Whitman se aferró a lo que una vez había sido la señorita Rowe.

—Frances —jadeó, aturdido de amor y de miedo—. Frances.

El momento sólo duró uno o dos segundos, pero al señor Whitman le pareció mucho más largo, porque fue el último. Creyó que ella le había reconocido, al menos por su ardor y su aspecto físico, pero, como impulsada por una fuerza enigmática, la señorita Rowe le arrolló con ímpetu irresistible y el señor Whitman se dobló como una brizna de hierba cuando ella prosiguió su camino inexorablemente. Apartó a un lado con toda facilidad los aparatos que rodeaban la cama, las cajas de comida y las estanterías, como si fueran imitaciones de cartón piedra. La señorita Rowe aceleró, se deslizó en la noche y desapareció.

Por la mañana, el repartidor encontró las puertas cristaleras abiertas de par en par. Había un rastro de humedad pegajosa en el jardín de atrás, una ancha e ininterrumpida faja que serpenteaba entre la hierba hasta el emplazamiento del futuro huerto. Daba la impresión de que habían excavado un túnel allí, que posteriormente se había derrumbado. Al lado se elevaba un gran montículo de estiércol, con la apariencia circular, nodal, de tierra digerida.

Del señor Whitman no se halló el menor rastro.

El gran dios Pan

M. John Harrison

*¿Pero es que acaso puede haber algo aún más horrible
susceptible de convertirse en realidad,
y es ese algo lo que me aterroriza hasta tal punto?*

KATHERINE MANSFIELD, *Diarios*, marzo de 1914

M. JOHN HARRISON, nacido en 1945 en Rugby (Inglaterra), trabajó durante ocho años como director literario de la revista *New Worlds*. Sus novelas incluyen *The centaur device* y el ciclo de *Viriconium* (*The pastel city*, *A storm of wings* y *Viriconium*), de enorme fantasía. Sus relatos se hallan recopilados en *The lee monkey and other stories*. *El gran dios Pan*, que toma su título del cuento clásico de Machen, descubre la inclinación de Harrison hacia los horrores de sutileza sublime y escalofriante.

Ann tomaba drogas para controlar su epilepsia. Solían deprimirla y acentuar su irritabilidad; y Lucas, que era muy nervioso, nunca sabía qué hacer. Después del divorcio me utilizó cada vez con mayor frecuencia como intermediario.

—No me gusta el tono de su voz—me decía—. Sondéala.

Las drogas le provocaban una risa incesante, aguda y falsa. Aunque se había mostrado comprensivo a lo largo de los años, a Lucas le turbaba y disgustaba la situación. Creo que estaba asustado.

—A ver si consigues entenderla.

Sospecho que la culpa le estimulaba a suponerme una influencia determinante; no tanto su culpa como la que los tres compartíamos.

—A ver qué dice.

Lo que dijo en esa ocasión fue:

—Oye, si me sacas de mis casillas, el maldito Lucas Fisher lo lamentará. En cualquier caso, ¿qué le importa a él cómo me siento?

Como la conocía bien, respondí con cierta cautela.

—Es el hecho de que no quieras hablar con él.

Le preocupaba que te hubiera sucedido algo. ¿Tienes problemas, Ann? —No contestó, pero tampoco esperaba que lo hiciera—. Si no quieres verme más —sugerí—, ¿por qué no me lo dices ahora?

Pensé que iba a colgar, pero al otro extremo de la línea no se produjo otra cosa que una especie de paroxismo de silencio. La estaba llamando desde una cabina en el centro de Huddersfield. En el exterior de los grandes almacenes brillaba un sol pálido y radiante, pero el tiempo era frío y ventoso; la predicción meteorológica auguraba aguanieve para la última hora del día. Dos o tres adolescentes pasaron por delante, riendo y charlando. Oí que uno de ellos decía:

—No sé qué importancia tiene la lluvia ácida para mi carrera, pero eso fue lo que me preguntaron: «¿Qué sabes sobre la lluvia ácida?».

Cuando se alejaron escuché la respiración entrecortada de Ann.

—¿Hola? —dije.

—¿Estás loco? —aulló de repente—. No hablo por teléfono. ¡Antes de que te des cuenta será de dominio público!

A veces dependía de la medicación más que de costumbre; lo sabía porque tenía utilizar esa frase con insistencia. Una de las primeras cosas que escuché de sus labios fue «Parece tan fácil, ¿no? Pues antes de que te hayas dado cuenta el maldito cacharro se te ha escurrido de las manos», mientras se inclinaba nerviosamente para recoger los fragmentos de cristal roto. ¿Qué edad teníamos entonces? ¿Veinte años? Lucas creía que reflejaba en su lenguaje alguna experiencia de las drogas o de la propia enfermedad, pero no estoy seguro de que estuviera en lo cierto. Otra frase habitual era «Quiero decir que hay que ser cuidadoso, ¿no?», subrayo de forma infantil y maravillada «cuidado» y «¿no?», con lo cual deducías de inmediato que se trataba de un latiguillo

adoptado en la adolescencia.

—¡Debes de estar loco si piensas que estoy hablando por teléfono!

—De acuerdo, Ann —respondí al instante—. Iré esta noche.

—Da igual que vengas ahora y lo demos por concluido. No me siento bien.

Epilepsia desde los doce o trece años, regular como un mecanismo de relojería; y luego, más tarde, la clásica migraña entre un ataque y otro, una complicación que, acertadamente o no, siempre asociaba con nuestros experimentos en Cambridge a finales de los años sesenta. No le convenía enfadarse o excitarse.

—Reservo mi adrenalina —explicaba, observándose con cómico desagrado—. Es algo físico. No puedo hacer nada.

Sin embargo, tiempo después el dique reventó, y cualquier estímulo menor (un zapato extraviado, perder el autobús, la lluvia) le causaba alucinaciones, vómitos y pérdida del control intestinal.

—Ah, y luego euforia. Es maravillosamente relajante —decía con amargura—. Igual que el sexo.

—De acuerdo, Ann. No tardaré. No te preocupes.

—Vete al infierno. Aquí las cosas se caen a trozos. Ya puedo ver lucecitas flotantes.

En cuanto colgó, llamé a Lucas.

—No lo haré más —dije—. Lucas, ella no se encuentra bien. Pensé que iba a tener un ataque mientras hablábamos.

—¿Irás a verla, pese a todo? La cuestión es que sigue colgándome el teléfono. ¿Irás a verla hoy?

—Ya sabes que sí.

—Bien.

Colgué.

—Lucas, eres un bastardo —comunicué a los grandes almacenes.

El autobús de Huddersfield recorría el trayecto de treinta minutos atravesando exhaustos pueblos fabriles que se dedicaban ahora a la peluquería, la comida para perros y el turismo pobre. Bajé del autobús a las tres del mediodía. Parecía mucho más tarde. El reloj de la iglesia ya estaba iluminado, y una misteriosa luz amarilla parpadeaba detrás de la vidriera de la nave. En el interior había alguien con una bombilla de cuarenta vatios como única iluminación. Los coches pasaban sin cesar por la carretera, envenenando el aire oscurecido con sus gases, mientras esperaba para cruzar. Era un pueblo bastante ruidoso: el siseo de los neumáticos sobre el asfalto húmedo, el golpeteo de las botellas que descargaban de un camión, el canturreo monótono de unos niños fuera del alcance de mi vista. De pronto, dominando los demás sonidos, escuché la pura nota musical de un tordo y atravesé la carretera.

—¿Estás seguro de que nadie te ha seguido al bajar del autobús?

Ann me retuvo en el umbral de la puerta mientras oteaba la calle en ambas direcciones, pero, en cuanto estuve dentro, pareció contenta de tener alguien con quien hablar.

—Será mejor que te quites el abrigo. Siéntate. Te haré un poco de café. No, ahí, saca el gato de la silla. Ya sabe que no es su sitio.

Era un gato viejo, blanco y negro, de espeso y seco pelaje, y al agarrarlo no era más que un saco de huesos y carne que casi no pesaba. Lo deposité con cuidado sobre la alfombra, pero saltó de nuevo sobre mis rodillas y empezó a frotarse contra mi jersey. Otro animal más joven estaba aovillado sobre el antepecho de la ventana. Desplazó las patas con dificultades entre las amontonadas macetas de flores artificiales y contempló la cellisca que caía y el jardín desierto.

—¡Sal de ahí! —gritó Ann de súbito. El gato la ignoró. Ella se encogió de hombros—. Se comportan como si la casa fuera suya —olía como si fuera cierto—. Los habían abandonado. No sé por qué les permití esos humos —hizo una pausa y a continuación preguntó, como si siguiera hablando de los gatos—: ¿Cómo está Lucas?

—Sorprendentemente bien —repliqué—. Creo que deberías ponerte en contacto con él.

—Lo sé —esbozó una breve sonrisa—. Y tú, ¿cómo estás? Nunca te veo.

—Bastante bien. Sufriendo los achaques de la edad.

—No tienes ni idea de lo que es eso —dijo. Estaba de pie en el umbral de la cocina, sosteniendo un paño en una mano y una taza en la otra—. Ninguno de vosotros lo sabe. —Era un lamento familiar. Cuando vio que estaba demasiado preocupado para contestar, se dedicó a disponer cosas en el fregadero. Oí que llenaba de agua la cafetera; mientras lo hacía dijo algo que no entendí; luego repitió, cerrando la tapa—: Algo está pasando en el Pleroma. Algo nuevo. Lo presiento.

—Ann, todo eso terminó definitivamente hace veinte años.

El hecho es que ni en ese momento estaba muy seguro de lo que habíamos hecho *mal*. Supongo que les parecerá extraño, pero sucedió en 1968 o 1969, y todo cuanto recuerdo es una noche de junio bañada en el perfume medio confitado, medio corrupto, de los espinos. Era tan espeso que daba la sensación de nadar en él y en la cálida luz del anochecer que se filtraba entre los setos como oro transparente. Me acuerdo de Sprake porque es imposible olvidarle. Se me escapa lo que hicimos nosotros cuatro, así como su significado. Hubo, sin duda, una pérdida; describirla como la pérdida de la « inocencia » sería excesivo, aunque ésa fue mi impresión. Lucas y Ann se lo tomaron muy en serio desde el primer momento. Tiempo después, quizás al cabo de dos o tres meses, cuando estaba claro que algo había fallado, cuando las cosas empezaron a salirse de su

cauce, fueron Ann y Lucas quienes me convencieron para que fuera a hablar con Sprake, rompiendo la promesa de no ponernos en contacto con él nunca más. Querían saber si lo que habíamos hecho podía ser anulado o invertido; si lo que habíamos perdido podía ser recuperado.

—No creo que funcione así —les advertí, pero en seguida comprendí que no me escuchaban.

—Tendrá que ayudarnos —dijo Lucas.

—¿Por qué lo hicimos? —preguntó Ann. Aunque odiaba el Museo Británico, Sprake siempre había vivido de una u otra manera a su sombra. Lo encontré en el Tivoli Espresso Bar, donde sabía que acudía cada tarde. Llevaba un abrigo negro grueso y pasado de moda (el tiempo de aquel octubre era desapacible y húmedo), pero por el modo en que sobresalían sus muñecas de las mangas, largas, frágiles y sucias, cubiertas de profundos arañazos, como si hubiera estado luchando con algún pequeño animal, sospeché que debajo no llevaba chaqueta o camisa. Por alguna oscura razón había comprado un ejemplar del *Church Times*. La parte superior de su cuerpo se curvaba dolorosamente sobre el periódico que, unido a su aspecto abatido y a su mal afeitada mandíbula inferior, le daba el aspecto de un sacristán desengañado. El diario estaba doblado con todo cuidado para revelar parte de un titular, pero nunca le vi abrirlo.

En aquel tiempo, la radio del Tivoli siempre estaba en funcionamiento. Su café era aguado y, como casi todos los expresos, demasiado caliente para saber a nada. Sprake y yo nos sentamos en taburetes junto a la ventana. Apoyamos los codos en una estrecha barra sembrada de tazas sucias y bocadillos a medio comer, y contemplamos a los peatones de la calle Museum. Pasados diez minutos una voz de mujer pronunció con toda claridad a nuestras espaldas:

—El hecho es que los niños no van a intentarlo.

Sprake pegó un brinco y miró a su alrededor hoscamente, como obligado a dar una respuesta a la frase.

—Es la radio —le aseguré.

Me miró como si yo fuera un loco peligroso, y transcurrió un rato antes de que reanudara nuestra conversación.

—Ya sabíais lo que estábamos haciendo. Conseguisteis lo que queríais, y nadie os engañó.

—Sí —admití con desgana.

Me dolían los ojos, a pesar de que había dormido durante el viaje, despertando, justo cuando el tren de Cambridge se arrastraba por los últimos dos kilómetros que le separaban de Londres, para ver hojas de periódico revoloteando ante las plantas más elevadas de un edificio de oficinas como mariposas cortejando una flor.

—Lo entiendo —dije—. No admite discusión, pero me gustaría ofrecerles ciertas garantías...

Sprake no escuchaba. Se había desencadenado una fuerte lluvia y el bar se llenó de clientes procedentes de la calle, en su mayoría alemanes y norteamericanos que visitaban el museo. Todos parecían ir vestidos con trajes recién salidos de la fábrica. El humo de la cafetera invadió hasta el último rincón del Tivoli, y el olor a ropa húmeda vició la atmósfera. La gente que intentaba encontrar un asiento libre nos rozaba constantemente las espaldas, murmurando excusas. Sprake no tardó en irritarse, aunque yo pensé que la cortesía de los recién llegados le afectaba más que las propias molestias.

—Cacas de perro —dijo en voz alta con tono indiferente; y luego, cuando toda una familia, miembro por miembro, le empujó—: Tres generaciones de conejos. —Ninguno dio muestras de ofenderse, a pesar de que debieron de oírle. Una mujer empapada, embutida en un abrigo de color púrpura, entró, buscó ansiosamente con la mirada un asiento vacío y, al ver que ya no quedaban, salió corriendo—. ¡Putá loca! —le gritó Sprake—. Ve a abrirte de piernas —mirando con aire de desafío a los parroquianos.

—Creo que sería mejor hablar en privado —sugerí—. ¿Vamos a tu apartamento?

Durante veinte años había vivido en la misma habitación, situada sobre la librería Atlantis. En seguida percibí que la idea no era de su agrado, a pesar de que estábamos muy cerca y yo le había visitado en otras ocasiones. Al principio pretendió que sería difícil entrar.

—La tienda está cerrada —dijo—. Tendremos que utilizar la otra puerta —luego admitió—: No puedo volver antes de una o dos horas. Anoche hice algo que quizá lo convierta en un lugar poco seguro.

Sonrió entre dientes.

—Ya sabes a qué me refiero —dijo.

No pude sonsacarle más. Los cortes de sus muñecas me trajeron a la memoria el pánico de Ann y Lucas la última vez que hablé con ellos. Tomé la determinación de entrar en la habitación.

—Si no quieres volver, aunque sea por un rato —insinué—, quizá podríamos hablar con más tranquilidad en el museo.

Un año atrás, mientras investigaba una tarde en una colección de manuscritos, había girado una página de las *Chroniques d'Angleterre*, de Jean de Wabrin (esa historia oblicua de la que no se conoce la versión completa) y hallado por sorpresa una miniatura que pintaba, en extraños e irreales verdes y azules, el desfile de la coronación de Ricardo Corazón de León. Faltaba una parte, pero ignoraba cuál. «¿Por qué, si se trata de una coronación —me había escrito casi con pena en aquel tiempo—, acarrear esos cuatro hombres un ataúd? ¿Y quién camina bajo palio... si no se ven obispos?». Desde entonces había evitado el edificio en la medida de lo posible, a pesar de que siempre que le viniera en gana podía ver sus altas verjas de hierro al final de la calle. Me dijo que había

empezado a dudar de la autenticidad de algunos ejemplares de la colección medieval. De hecho, le aterrizaraban.

—Estaremos más tranquilos allí —insistí.

No respondió, sino que siguió sentado, encorvado sobre el *Church Times*, mirando la calle con las manos fuertemente enlazadas frente a él. Casi podía leer sus pensamientos.

—¡Ese jodido montón de porquería! —contestó por fin.

Se puso en pie.

—Está bien, vamos. Es probable que la habitación ya esté vacía.

La lluvia goteaba de la fachada azul y verde de la Atlantis. Había un cartel descolorido, cerrado por renovación total. El escaparate estaba vacío, a excepción de unos pocos libros que habían dejado para conservar las apariencias. Distinguí, entre los volúmenes amontonados en la estantería de cristal, el clásico *Diccionario de símbolos e imágenes*, de De Vries. Cuando se lo señalé a Sprake, se limitó a mirarme con desdén. Manipuló torpemente su llave. El interior de la librería olía a madera cortada, yeso y pintura, pero en las escaleras predominaba el olor a cocina. El estudio de Sprake, bastante amplio y situado en el piso más alto, tenía ventanas de guillotina sin cortinas en paredes opuestas. Pese a ello, no parecía gozar de buena luminosidad.

Por una ventana se veían las húmedas fachadas de la calle Museum, con depósitos de un verde brillante en los salientes, volutas de estuco y adornos cubiertos de una tonalidad grisácea por los excrementos de las palomas; por la otra se divisaba parte del ennegrecido campanario de St. George's Bloomsbury, una reproducción de la tumba de Mausoleo que se alzaba hacia las veloces nubes.

—Una vez oí que el reloj tocaba las veintiuna —dijo Sprake.

—Lo creo —respondí, aunque no era así—. ¿Puedo tomar un poco de té?

Se mantuvo en silencio durante un minuto.

Luego rió.

—No voy a ayudarles —dijo—, ya lo sabes. No me lo permitirían. Lo que hicisteis en el Pleroma es irreparable.

—Todo eso terminó definitivamente hace veinte años, Ann.

—Lo sé, lo sé, pero... —se detuvo en seco y luego prosiguió con voz apagada—. ¿Quieres acompañarme un minuto, sólo un minuto?

La casa, como muchas de los Peninos, había sido construida en la ladera del valle. Un talud casi vertical de tierra, cortado para acomodarla, era sostenido por un revestimiento de piedra sin mortero de unos ocho o nueve metros de alto, negro de humedad incluso a mediados de julio, sembrado de líquenes y cubierto de helechos como un risco. En diciembre, el agua caía por el revestimiento día tras día y, al acumularse en una piedra por debajo, hacía un ruido parecido al de un grifo que se deja abierto por la noche. Paralelo a la parte posterior de la casa

corría un paso de apenas setenta centímetros de ancho, lleno de tejas rotas y otros desperdicios. Era un lugar deprimente.

—Tienes razón —le dije a Ann, que miraba, ensimismada, la oscuridad, con la cabeza ladeada y el paño alzado hacia su boca como si pensara que se encontraba mal.

—Eso sabe quiénes somos —musitó—. A pesar de las precauciones, siempre se acuerda de nosotros.

Se estremeció, se apartó de la ventana y empezó a verter agua con tanta torpeza en el filtro de la cafetera que la rodeé con el brazo y dije:

Oye siéntate antes de que te quemes. Yo me ocuparé de esto, y luego me cuentas qué sucede.

Ella vaciló.

—Vamos —dije—. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

Fue a la sala de estar y se dejó caer en una silla. Uno de los gatos corrió hacia la cocina y me miró.

—No les des leche, ya tomaron esta mañana.

—¿Cómo te sientes? —le pregunté—. Contigo misma, quiero decir.

—Más o menos como te imaginas —había tomado propranolol, pero no le producía mucho efecto—. Creo que corta los dolores de cabeza —sin embargo, la dejaba exhausta, como resultado colateral—. Hace que mi corazón lata más despacio. Ahora mismo me está sucediendo.

Miró el humo que se desprendía de la taza de café, primero con lentitud, después con movimientos rápidos y curvos, como agitado por una leve corriente de aire. Se formaban y desaparecían remolinos al mismo ritmo que en la superficie de un río profundo y sereno. Una lenta espiral, un veloz giro. Lo que está sosegado se revela como un montón de complicaciones que sólo pueden resolverse como movimiento.

Recordé el día en que la conocí: una menuda, nerviosa y atractiva muchacha de veinte años que llevaba vestidos de malla para exhibir la cintura y las caderas. Luego, el miedo le prestó un toque de vulgaridad. Tras el divorcio aparecieron mechones grises en su cabellera rubia, que se tiñó inmediatamente de negro. Se encerró en sí misma. Su cuerpo se ensanchó hasta adquirir una pesadez obstinada y musculosa. Hasta sus manos y pies parecieron aumentar de tamaño.

—Envejeces antes de darte cuenta —solía decir—. Antes de darte cuenta.

Separada de Lucas, los contornos la irritaban con facilidad; cambiaba de domicilio más o menos cada seis meses, aunque nunca muy lejos, y siempre elegía el mismo tipo de casas ruinosas y tristemente amuebladas que movían a la sospecha de que buscaba las cosas que la ponían nerviosa y enferma; y trataba de mantener la marca de cincuenta cigarrillos al día.

—¿Por qué Sprake no nos ayudó nunca? —me preguntó—. Tú debes saberlo.

Sprake sacó dos tazas de una palangana de plástico y puso una bolsita de té en cada una.

—¡No me digas que tú también estás asustado! —exclamó—. Esperaba más de ti.

Meneé la cabeza. No estaba seguro de si estaba asustado o no. Ni siquiera lo estoy hoy. El té tenía un potente regustillo a grasa, como si lo hubiera freído. Me obligué a beber la mitad mientras Sprake me observaba con cinismo.

—Deberías sentarte —dijo—. Estás agotado. —Cuando rehusé, se encogió de hombros y retomó el hilo de la conversación anterior, como si aún nos halláramos en el Tivoli—. Nadie les engatusó o dio a entender que sería fácil. Si obtienes algo de un experimento semejante, es a base de mantener la cabeza en su sitio y aprovechar la oportunidad. Si intentas moverte con precauciones, es posible que no llegues a moverte en absoluto.

Parecía pensativo.

—He visto lo que le sucede a la gente que pierde el control de sus nervios.

—Estoy seguro —dije.

—Algunos quedaron casi irreconocibles.

Posé la taza de té sobre la mesa.

—No quiero saberlo.

—No me extraña.

Sonrió para sí.

—Oh, seguían con vida —dijo con suavidad—, si es eso lo que te preocupa.

—Tú nos metiste en esto —le recordé.

—Pero asumisteis los riesgos.

La mayor parte de la luz que entraba desde la calle la absorbía el papel verde oscuro de la pared y el barniz de aspecto viscoso de los muebles. El resto se diluía en la suciedad del suelo, las páginas arrugadas y en parte quemadas escritas a máquina, mechones de pelo, trozos de tiza utilizados la noche anterior para dibujar en el deteriorado linóleo; allí moría. Aunque sabía que Sprake estaba jugando conmigo, ignoraba sus intenciones: no las adivinaba. Por fin, me dio un indicio.

—Un día te cansarás de todo este lío —le dije desde la puerta; se limitó a sonreír y a mover la cabeza en sentido afirmativo.

—Vuelve cuando averigües lo que quieres. Librate de Lucas, es un aficionado. Trae a la chica, si te apetece.

—Vete al infierno, Sprake.

No me acompañó hasta la calle.

—Nunca más oiremos hablar de Sprake —le dije a Lucas aquella noche.

—Cristo —exclamó, y por un segundo pensé que iba a llorar—. Ann se siente tan mal... ¿Qué dijo?

—Olvídale. Nunca nos fue de mucha ayuda.

—Ann y yo nos vamos a casar —dijo Lucas precipitadamente.

¿Qué podía hacer yo? Sabía tan bien como él que lo hacían para consolarse el uno al otro. No ganaría nada si le obligaba a admitirlo. Además, estaba muy cansado y apenas se sostenía de pie. Una especie de defecto visual, un breve tramo de escaleras fluorescente, deslumbraba mi ojo izquierdo. Felicité a Lucas y, al instante, empecé a pensar en otras cosas.

—A Sprake le aterroriza el Museo Británico —dije—. En cierta forma, lo comprendo.

De niño yo también lo había odiado. Cada conversación, cada eco de una voz, un paso o el crujir de un vestido retumbaba en sus altos techos como la combinación de un murmullo y un suspiro —los borrosos y confusos restos del significado—, causando la impresión de que te habían abandonado en una piscina desierta. Más tarde, en la adolescencia, me aterrorizaron las inmensas y deformes cabezas de la Sala 25, así como la vaguedad de las inscripciones. Veía con claridad lo que tenía delante («Cabeza de arenisca roja de un rey» ... «Cabeza de granito rojo de la figura colosal de un rey»), pero ¿qué era lo que estaba mirando? La figura sin rostro de Ramsés esculpida en madera emergía perpetuamente de un nicho cercano a la puerta de los lavabos, un Ramsés obligado a apoyarse en un bastón (cuarteado, sifilítico, devorado por los gusanos a su paso por el mundo, pero aún condenado a seguir luchando sin cesar).

—Queremos ir a vivir al norte —dijo Lucas—. Lejos de todo esto.

A medida que avanzaba la tarde, Ann se fue inquietando más.

—Oye —me preguntaba—, ¿hay alguien en el pasillo? Nunca me ocultes nada.

Después de varias promesas vagas («No puedo enviarte afuera sin comer algo. Cocinaré cualquier cosa en un momento, si haces un poco más de café»), me di cuenta que la asustaba incluso volver a la cocina.

—Por más café que bebo —decía—, sigo teniendo la garganta seca. Es de tanto fumar.

Insistía en el tema de la edad. Siempre había detestado sentirse vieja.

—Cada vez que te peinas el pelo por las mañanas es como si envejecieras diez años, cada cabello que se cae, cada mota de caspa, como un puñado de fotos viejas que se desprenden —meneó la cabeza y dijo, como si yo no tuviera problema en establecer una relación—: Nos cambiamos muchas veces después de la universidad, como si yo necesitara dejar algo atrás con frecuencia, como una especie de sacrificio. Aunque me gustara un trabajo, siempre me marchaba. ¡Pobre Lucas!

Lanzó una carcajada.

—¿Alguna vez sentiste algo parecido? —hizo una mueca—. No lo creo. Recuerdo que la primera casa en que vivimos estaba cerca de Dunford Bridge.

Era inmensa, y por dentro se caía a pedazos. Siempre estaba en venta, hasta que la compramos. Todos los que habían vivido antes intentaron nuevos métodos de distribución para hacerla habitable. Ponían una escalera nueva o juntaban dos habitaciones. Descuidaban algunas partes porque no podían calentarla toda. Después lo abandonaban todo antes de terminar y se lo dejaban al siguiente...

Se interrumpió con brusquedad.

—Nunca pude conservarla limpia.

—A Lucas le gustaba.

—¿Eso dice? No le hagas mucho caso —me advirtió—. El jardín estaba tan lleno de desperdicios de los constructores que no conseguimos plantar nada. ¡Y en invierno! —se estremeció—. Bueno, ya sabes lo que es esto. Las habitaciones olían a gas; antes de que pasara una semana, Lucas había comprado toda clase de estufas eléctricas portátiles. Yo odiaba el frío, pero no tanto como él.

Repitió su nombre con jovial ternura —«Lucas, Lucas, Lucas»—, como si estuviera en la sala con nosotros.

—¡Cómo lo odiabas, y qué poco cuidadoso te mostrabas!

Ya había oscurecido, pero el gato más joven continuaba mirando el grisáceo y mojado jardín, tras el cual apenas se podía distinguir el borde del páramo, como una dilatada línea de sombras cubierta de nubes bajas. Ann seguía preguntándose que podía ver el gato.

—Hay niños enterrados en el páramo —le dijo al gato. Se levantó con un suspiro y lo depositó en el suelo—. Éste es tu lugar. El lugar de los gatos es el suelo. —Algunas flores de papel se habían caído. Se agachó para recogerlas y dijo—: Si alguna vez hubo un Dios, uno auténtico, hace mucho tiempo que tiró la toalla. No es tan cruel como indiferente —dio un respingo y se llevó las manos a los ojos.

—¿Te importa si apago la luz principal? Se ha infiltrado en todo, de modo que ahora sólo existe esta *cosa* dilatada, inconsistente, presente en cada átomo, tan agotada que es incapaz de seguir adelante, tan consumida que sólo mueve a la pena por ella y sus errores. Eso es el auténtico Dios. Lo que vimos es algo que usurpó su lugar.

—¿Qué vimos, Ann?

Me miró fijamente.

—Nunca supe lo que Lucas pensaba que quería de mí —la opaca luz amarilla de una lámpara de mesa iluminó el lado izquierdo de su cara. Encendía un cigarrillo tras otro, los aplastaba a medio fumar en viejas quemaduras que se habían acumulado en el plato de su taza—. ¿Te lo imaginas? En todos aquellos años nunca supe qué quería de mí.

Pareció reflexionar sobre esto un momento. Me miró, estupefacta, y dijo:

—No creo que me amara nunca —sepultó el rostro entre las manos. Me levanté con la idea de consolarla. Saltó de la silla sin previo aviso y dio unos pasos

hacia mí de un modo confuso y errante.

Allí, en medio de la sala, tropezó con una mesita lacada que alguien había traído de un viaje a Cachemira veinte años antes. Dos o tres libros de bolsillo y un jarro de anémonas volaron por los aires.

Las anémonas estaban marchitas. Bajó la vista hacia *The last ofcheri* y *Mrs. Palfrey at the Claremont*, salpicados de grandes pétalos azules y rojos como papel de seda sucio; los tocó pensativamente con la punta del pie. El olor fétido del agua de las flores le produjo náuseas.

—Oh, querido —murmuró—. ¿Qué vamos a hacer, Lucas?

—No soy Lucas —le dije con suavidad—. Siéntate, Ann.

Mientras yo recogía los libros y secaba las cubiertas, ella debió sobreponerse al miedo que le provocaba la cocina (o simplemente lo olvidó, como pensé más tarde) pues la oí rebuscar bajo el fregadero la escoba y la pala. Imaginé que el dolor de cabeza le nublaría la visión.

—Ya lo haré yo, Ann —grité con impaciencia—, no seas tonta —escuché un jadeo, un ruido y mi nombre pronunciado dos veces—. Ann, ¿te encuentras bien? No hubo respuesta.

—Ann, ¿me oyes?

La encontré junto al fregadero. Había soltado la escoba y la pala y entre sus manos retorció con tanta fuerza un paño de cocina que los músculos de sus cortos antebrazos resaltaban como los de un carpintero. Se había derramado agua sobre su falda.

—¿Ann?

Miraba por la ventana el estrecho paso donde, iluminado con toda nitidez por el fluorescente del techo de la cocina, algo grande y blanco colgaba en el aire, girando de un lado a otro como una crisálida en un seto de aligustres.

—¡Cristo! —exclamé.

Se movía y se quedaba quieto, como si lo que contenía estuviera demasiado cansado para salir. Al cabo de un momento se ensortijó desde su base cónica, pareció partirse en dos y se juntó de nuevo. Enseguida me di cuenta de que estos movimientos eran producidos por dos organismos, dos figuras humanas que flotaban en el aire, sin sujeción, completamente desnudas, que se retorcían, se unían, se separaban y volvían a retorcerse, sin presentar nunca el mismo ángulo, de manera que a veces veías al hombre de espaldas, después a la mujer y luego a ambos desde uno y otro lado. Cuando los vi por primera vez, la boca de la mujer estaba pegada a la del hombre. Tenía los ojos cerrados; después reclinó la cabeza sobre su hombro. Pasado un tiempo dedicaron su atención a Ann. Su piel era muy pálida, con el curioso tono del chocolate con leche, pero debía de ser un efecto de luz. Los remolinos de aguanieve que nos separaban no lograban oscurecerlos.

—¿Qué son, Ann?

—No hay límite para el sufrimiento —dijo con voz sorda y apagada—. Me siguen a todas partes.

Me costaba apartar la mirada de ellos.

—¿Por eso cambias de domicilio tan a menudo? —fue lo único que se me ocurrió decir.

—No.

Las dos figuras compartían algo que, si sus ojos hubieran estado más fijos en ellos mismos que en Ann, podría describirse como amor. Oscilaban y se giraban con lentitud hacia la pared negra y húmeda como peces en un acuario. Sonreían. Ann gimió y empezó a vomitar ruidosamente en el fregadero. La sostuve por los hombros.

—Échalos —susurró—. ¿Por qué me miran siempre? —Tosió, se secó la boca y abrió el grifo de agua fría. Temblaba con fuertes e inconexos espasmos—. Échales.

Aunque sabía muy bien que estaban allí afuera, fue un error que no creyera en su realidad. Pensé que ella se calmaría si no los veía, pero no me permitía cerrar la luz o correr las cortinas; y cuando traté de animarla a apartarse del borde del fregadero y venir conmigo a la sala de estar, se limitó a menear la cabeza y sufrió nuevas arcadas.

—No, déjame, ahora no te necesito —afirmó con el cuerpo rígido, desmañada como una niña. Era muy fuerte.

—Intenta alejarte, Ann, por favor.

—No tengo nada con qué sonarme la nariz —dijo, desolada. Tiré de ella, irritado, y caímos al suelo. Mi hombro chocó con la pala y mi boca se llenó de su cabello, que olía a ceniza de cigarrillo. Sus manos se movieron sobre mí.

—¡Ann, Ann! —grité.

Conseguí desprenderme del peso de su cuerpo (había empezado a gemir y a vomitar otra vez) y, después de mirar por encima del hombro las dos sonrientes criaturas del pasillo, salí corriendo de la cocina y de la casa. Me oía decir entre sollozos « Voy a llamar a Lucas, no puedo más, voy a llamar a Lucas », como si continuara hablando con ella. Vagué por el pueblo hasta encontrar la cabina telefónica que hay frente a la iglesia.

Recuerdo unas frases de Sprake, tan bien elaboradas que no parecen tuyas, sobre Lucas Fisher:

—Es poco alentador sentir que le has dado esquinazo a la vida. Sólo se vive intensamente al precio de uno mismo. Al final, la resistencia de Lucas a entregarse con todas sus fuerzas le convertirá en un ser despreciable, ilusorio. Acabará paseando sin rumbo por las calles de noche y mirando los escaparates iluminados.

En aquel tiempo pensé que había exagerado. Todavía creía que Lucas poseía

más energía que voluntad, que era más propenso a los altibajos de una personalidad cíclica que a la deliberada restricción de sus potencialidades.

—Algo horrible está ocurriendo —le dije a Lucas. Permaneció en silencio. Al cabo de un momento insistí—: ¿Lucas?

—Por el amor de Dios, cuelga y déjame en paz —creo que le oí decir.

—La línea debe de estar estropeada, te oigo muy lejos. ¿Hay alguien contigo?

Silencio de nuevo.

—Lucas, ¿me oyes?

—¿Cómo se encuentra Ann?

—No muy bien, sufre una especie de ataque. No sabes lo que me alivia hablar con alguien. Lucas, hay dos figuras completamente alucinantes en el pasillo que se ve desde la cocina. Lo que están haciendo es... Oye, son de un color blanco como la cera, y se sonrien todo el rato. Es la cosa más asombrosa...

—Espera un momento. ¿Quieres decir que tú también las ves?

—Es lo que intento decirte. Lo que pasa es que no sé cómo ayudarle. ¿Lucas?

La línea se había cortado. Colgué el auricular y marqué su número de nuevo. Comunicaba. Más tarde le dije a Ann que otra persona le estaría llamando, pero sabía que había descolgado el teléfono. Me quedé un rato allí, azotado por el viento que soplaba desde el páramo, con la esperanza de que cambiaría de idea. Al fin, muerto de frío, me rendí y regresé. La cellisca abofeteó mi rostro a lo largo de todo el trayecto. El campanario de la iglesia dio las seis y media, pero el pueblo se veía desierto y en tinieblas. Sólo se oía el viento agitando las bolsas de basura amontonadas alrededor de los cubos.

—Puedes reventar, Lucas —susurré—. Puedes reventar.

La casa de Ann estaba tan silenciosa como las demás. Entré por el jardín del frente y apreté mi cara contra la ventana, por si podía divisar la cocina a través de la puerta abierta de la sala de estar, pero desde ese ángulo lo único visible era un calendario de pared con una fotografía en color de un gato persa: octubre. No vi a Ann. Permanecí junto al macizo de flores y la cellisca se convirtió en nieve.

El olor que invadía la cocina no era de vómitos sino el de ese regusto amargo que se siente a veces en el fondo de la garganta. El chorro brillante y suicida de la luz fluorescente bañaba el pasillo, ahora desierto. Era difícil imaginar que algo hubiera ocurrido allí, pero, al mismo tiempo, nada parecía tranquilizador, ni la disposición de las tejas de la techumbre, ni los matojos de helechos que crecían en el revestimiento, ni la forma en que la nieve se depositaba en los intersticios de las lajas. Advertí que no quería darle la espalda a la ventana. Si cerraba los ojos e intentaba visualizar a la pareja blanca, todo lo que podía recordar era su manera de sonreír. Un aire frío y silencioso penetraba por encima del fregadero, y los gatos vinieron a frotarse contra mis piernas, entorpeciendo mi paso. Los grifos seguían manando.

En su confusión, Ann había abierto todos los aparadores de la cocina y

desparramado el contenido en el suelo. Cacerolas, cubiertos y paquetes de comida deshidratada se mezclaban con un cubo de polietileno y algunos delantales; había volcado una botella de detergente entre varias latas de comida para gatos, algunas abiertas, otras sólo a medias, antes de que las dejara caer o se olvidara de dónde había puesto el abridor. Resultaba difícil averiguar lo que había tratado de hacer. Lo recogí todo y lo tiré. Le di comida a los gatos para que dejaran de molestarme. Un par de veces la oí moverse en el piso de arriba.

Estaba en el cuarto de baño, estirada sobre el caduco linóleo de color rosa, y se esforzaba por sacarse la ropa.

—Por el amor de Dios, lárgate —dijo—. Sé hacerlo sola.

—Oh, Ann.

—Pues echa un poco de desinfectante en el cubo azul.

—¿Quiénes son, Ann? —pregunté.

Eso fue algo más tarde, después de llevarla a la cama.

—Una vez desatado, nunca te liberas.

—¿Te liberas de qué, Ann?

—Ya lo sabes. Lucas dijo que tuviste alucinaciones durante varias semanas.

—¡Lucas no tenía derecho a contar eso! —resultaba absurdo, así que añadí con mucha suavidad—: Sucedió hace mucho tiempo. Ya no estoy seguro de nada.

La migraña la había dejado exhausta, aunque mucho más relajada. Se había lavado el pelo, y entre los dos encontramos un camisón limpio. Tenía un aspecto indefinido y juvenil, sentada en la alegre alcoba de adornos baratos y papel pintado moderno; continuaba disculpándose por el diseño de su edredón Continental, esquemáticas flores negras y rojas sobre fondo blanco cuyos tallos entrelazados reseguía con el dedo índice de su mano derecha.

—¿Te gusta? No sé por qué lo compré. Las cosas parecen muy atractivas en las tiendas, pero en cuanto las pones en casa pierden todo su encanto.

El gato más viejo saltó sobre la cama; cuando Ann habló, maulló sonoramente.

—No debería estar aquí, y lo sabe.

No había comido ni bebido, pero la persuadí de que tomara más propanolol, y hasta el momento se mostraba tranquila.

—Una vez desatado, nunca te liberas —repitió. Su dedo recorría los motivos ornamentales del edredón. Tocó sin querer el pelaje seco y gris del gato, y se miró la mano como si la hubiera extraviado—. Lucas parecía pensar que una especie de olor te seguía a todas partes.

—Más o menos —asentí.

—No te librarás de ello por ignorarlo. Ambos lo intentamos al principio. Un perfume de rosas, dijo Lucas —rió y cogió mi mano—. ¡Muy romántico!

Carezo de olfato..., lo perdí hace años, por suerte.

Eso le recordó otra cosa.

—La primera vez que tuve un ataque se lo oculté a mi madre, porque iba acompañado de una visión. Yo era muy pequeña. Una visión muy clara: una playa, escarpada y sin arena, con hombres y mujeres echados sobre unas rocas al sol como lagartos, mirando sin expresión la espuma que rompía frente a ellos, enormes olas que, por la escasa atención que les prestaba aquella gente, bien podrían estarse proyectando en la pantalla de un cine —entornó los ojos, atónita—. Me intriga su poco sentido común.

Intentó echar al gato de la cama, pero el animal se conformó con enroscar el cuerpo como si fuera de goma y situarse lejos del alcance de su mano. Ella bostezó de repente.

—Al mismo tiempo —siguió tras una pausa—, veía que algunas arañas habían tejido sus telas entre las rocas, sólo a medio metro del agua —aunque temblaban y la espuma las mojaba hasta hacerlas centellear al sol, las telarañas no se rompían. Dijo que no podía describir la angustia que esto le causaba—. Tan cerca de toda aquella violencia... Me intrigaba su poco sentido común. Lo último que oí fue que alguien decía « Es verdad que se escuchan voces en la marea... » .

Antes de dormirse, apretó mi mano con fuerza y dijo:

—Estoy muy contenta de que sacaras algún provecho. Lucas y yo no lo conseguimos. ¡Rosas! Sólo por eso valía la pena.

Pensé en cómo éramos veinte años antes. Pasé la noche en la sala de estar y me desperté muy temprano. No supe dónde estaba hasta que me acerqué, atontado, a la ventana y contemplé la calle cubierta de nieve.

Un sueño repetido en el que aparecía Sprake me persiguió durante mucho tiempo después de nuestro último encuentro. Tenía las manos enlazadas fuertemente sobre el pecho, la izquierda alrededor de la muñeca derecha, y recorría a toda prisa las salas del Museo Británico. Cada vez que llegaba a una esquina o a un cruce de pasillos se detenía en seco y miraba la pared de enfrente durante treinta segundos, antes de girarse con toda precisión para encarar la dirección correcta y empezar a andar. Lo hacía con el aire de un hombre que, por alguna razón ha aprendido a caminar con los ojos cerrados por un edificio perfectamente familiar, pero también, por la manera en que miraba las paredes, y en particular por la forma tiesa y recta en que movía el cuerpo, con un aire jerárquico, un aire de premeditación y ritual. Los zapatos y los bajos de sus gastados pantalones de pana estaban empapados, al igual que aquella mañana después del ceremonial, cuando nosotros cuatro volvimos a pie por los campos mojados bañados de sol. No llevaba calcetines.

En el sueño yo siempre corría para alcanzarle. Me detenía de vez en cuando para escribir algo en un cuaderno, confiando en que no me vería. Recorría el

museo con determinación y examinaba una a una las vitrinas iluminadas que contenían manuscritos del siglo doce. Se paró de súbito, me miró y dijo:

—Hay semen en esa pintura. Se ve con toda claridad. ¿Por qué hay semen en una pintura religiosa?

Sonrió y abrió los ojos de par en par.

Señaló un lado de su cabeza con un dedo y empezó a reír y a gritar incoherentemente.

Cuando se marchó comprobé que había estado examinando una miniatura del Nuevo Testamento, perteneciente al Salterio de la Reina Melisanda, que representaba a las «Mujeres ante el Sepulcro». Un ángel llamaba la atención de María Magdalena hacia unas extrañas formas luminosas que flotaban en el aire frente a ella. Recordaban, de hecho, a los espermatozoides que orlan a menudo las atormentadas pinturas parisienses de Edvard Munch.

Me despertaba bruscamente de este sueño para descubrir que había amanecido y que había estado llorando.

Ann todavía dormía cuando salí de la casa, con una expresión en la cara como la de la gente que no puede creer lo que recuerda de sí misma.

—Es verdad que se oían voces en la marea, gritos de socorro o de advertencia —había dicho Ann—. Me vino la regla ese mismo día. Durante años estuve convencida de que mis ataques también empezaron entonces.

Fue la última vez que la vi.

Un frente cálido había avanzado desde el sudoeste durante la noche; la nieve comenzaba a fundirse, nubes grises se cernían sobre los páramos. Dos niños se sentaron frente a mí en el tren hasta Stalybridge, con una expresión esperanzada en los ojos y los billetes sujetos sobre el regazo. Tendrían unos ocho o nueve años. Iban vestidos con menudas e impecables chaquetas, pantalones ajustados y botas «Dr. Marten». Vistas de cerca, sus cabezas rapadas eran azuladas y vulnerables, perfectamente formadas. Parecían acólitos de un templo budista: tranquilos, cándidos, sumisos. Una fina lluvia caía al llegar a Manchester. Me persiguió a lo largo de toda la calle Market, hasta la misma entrada del Kardomah Café, donde me había citado con Lucas Fisher.

—¡Mira estos pasteles! —fue lo primero que dijo—. No son de plástico, como los que hacen ahora. ¡Son de la edad del yeso de los pasteles de café, de la edad del barro: pasteles de terracota, pintados con todo lujo de detalles, vidriados en algunos lugares para obtener las grietas e imperfecciones de un auténtico pastel! ¿A que son maravillosos? Me voy a comer uno.

Me senté a su lado.

—¿Qué te pasó anoche, Lucas? Menuda pesadilla.

—¿Cómo *está* Ann? —preguntó, desviando la mirada.

Percibí que temblaba.

—Puedes reventar, Lucas.

Sonrió a un niño de corta edad embutido en un pasmoso vestido amarillo. El crío le devolvió la mirada con expresión ausente y disgustada, como si fuera muy consciente de que pertenecían a especies antagonistas.

—Creo que el domingo irás a cenar a casa de la abuela —dijo una mujer cerca de nosotros—. ¿Alguna celebración? —Lucas se giró como si hablara con él—. Si vas a comprar juguetes esta tarde, límitate a mirarlos sin tocarlos, no sea que te acusen de robo.

Desde algún lugar próximo a la cocina se oyó un ruido similar al de una bandeja llena de platos que cae por un corto tramo de escaleras. Un estremecimiento de disgusto sacudió a Lucas.

—¡Salgamos! —dijo. Parecía irritado y enfermo—. Me afecta tanto como a Ann. Tú nunca piensas en eso —volvió a mirar al niño—. Si pasas mucho tiempo en lugares como éste pierdes el humor.

—Vamos, Lucas, no seas aguafiestas. Creí que te gustaban los pasteles de aquí.

Durante toda la tarde recorrió las calles a grandes zancadas, como abismado en sus pensamientos. Yo apenas podía mantener el paso. El centro de la ciudad estaba lleno de sillas de ruedas, ocupadas por ancianas de rostros impacientes y arrugados, parcialmente calvas, protegidas con delgados impermeables amarillos. Lucas se había subido el cuello de su chaqueta de lana gris para no mojarse, aunque la llevaba abierta y con las mangas subidas por encima de las muñecas. El esfuerzo de seguirle me había dejado sin aliento. Tenía cuarenta años, pero conservaba el rostro rapaz de un adolescente.

—Lo siento —dijo, aminorando el paso.

No era muy tarde, pero los letreros de neón ya estaban encendidos, así como las ventanas bajas de los edificios de oficinas. Un brazo del canal apareció de pronto ante nosotros, cerca de la estación de Piccadilly. Lucas se detuvo y contempló la superficie salpicada por la lluvia, oscura y aceitosa, sembrada de condones flotantes como gaviotas a la luz agonizante.

—A veces se ven fuegos en aquella orilla —dijo—. Allí viven muchos vagabundos. Se les oye cantar y gritar en el viejo camino de sirga —me dirigió una mirada de estupor—. Tú y yo no somos muy diferentes, ¿eh? Nunca conseguimos nada.

No supe qué decirle.

—Lo peor no es que Sprake nos animara a destruir algo de nosotros —prosiguió—, sino que jamás obtuvimos nada a cambio. ¿Has visto alguna vez a Juana de Arco arrodillándose para rezar en el Kardomah Café? ¿Y a un niño que entra después con algo que parece un macho cabrío, que se la folla allí mismo bajo un rayo de sol?

—Oye, Lucas —le expliqué—. No voy a hacerlo nunca más. Anoche me

asusté.

—Lo siento.

—Lucas, tú siempre lo sientes.

—No estoy en mi mejor día.

—Por el amor de Dios, abróchate la chaqueta.

—No tengo frío.

Paseó su mirada vaga por el agua, oscurecida hasta convertirse en un cauce sin fondo, opalino, entre los edificios; tal vez Lucas veía machos cabrios, fuegos, vagabundos.

—«Trabajamos, pero no obtuvimos paga alguna» —citó. Algo le obligó a inquirir con timidez—: ¿Sabes algo de Sprake?

Mi propia paciencia me enfermaba, como si colmara todos los poros de mi cuerpo.

—Hace veinte años que no sé nada de Sprake, Lucas, ya lo sabes. Hace veinte años que no le veo.

—Sí, lo sé, pero no puedo soportar la idea de que Ann viva sola en un sitio como aquél. De otra forma, no lo habría mencionado. Dijimos que siempre permaneceríamos juntos, pero...

—Vete a casa, Lucas, ahora mismo.

Se apartó con aire de desolación y se alejó. Tenía la intención de abandonarle en el laberinto de irredimidas calles que hay entre Piccadilly y Victoria, las ruinosas tiendas de pornografía y animales los aparcamientos cubiertos de malas hierbas que se extienden a la sombra de la mole amarillenta del Arndale Centre, pero me fue imposible. Había llegado al mercado de fruta de Tib Street cuando una pequeña figura surgió de una calle lateral y empezó a seguirle muy de cerca por la acera, imitando su típico paso, la cabeza echada hacia adelante y las manos en los bolsillos. Cuando se paró para abrocharse la chaqueta, la figura también se paró. Su chaqueta era tan larga que la arrastraba por la zanja. Empecé a correr para darles alcance, y entonces la figura se detuvo bajo una farola de la calle y me miró. A la luz de sodio vi que no se trataba de un niño ni de un enano, sino de una combinación de ambos, con los ojos y el modo de andar de un simio grande. Su rostro rosáceo albergaba dos ojos inexpresivos, estúpidos, implacables. Lucas advirtió su presencia y dio un salto de sorpresa; corrió unos metros sin rumbo, gritando, y dobló por una esquina, pero la figura le siguió velozmente. Creo que oí la voz de Lucas suplicar «¿Por qué no me dejas en paz?», y en respuesta sonó otra voz metálica y apagada a la vez, apenas audible pero estridente, como un chillido. Luego se produjo un terrorífico estruendo y vi un objeto grande como un cubo de basura de cinc salir volando y rodar hasta el centro de la calle.

—¡Lucas! —grité.

Cuando di la vuelta a la esquina, la calle estaba llena de cajas de fruta

destrozadas; había verduras podridas esparcidas por todas partes, y una carretilla caída, como si la hubieran arrojado contra el pavimento. Me resultó imposible asimilar la sensación de violencia, confusión y necesidad. No encontré rastro de Lucas ni de su perseguidor, y, a pesar de que pasé una hora merodeando y mirando en los portales, no vi a nadie.

Unos meses más tarde, Lucas me escribió para comunicarme que Ann había muerto.

—Un perfume de rosas —le recordé decir—. ¡Qué suerte tuviste!

—Era un maravilloso verano para las rosas —le había replicado—. No recuerdo un año igual —todo aquel junio los setos se llenaron de rosas silvestres, de sutil y frágil aroma. No las había visto desde niño. Los jardines rebosaban de gallicas, enormes y restallantes, cuya fragancia produce los efectos de una droga—. ¿Cómo podemos afirmar que Sprake tuvo algo que ver con aquello, Ann?

Sin embargo, envié rosas a su funeral, aunque no asistí.

¿Qué hicimos, Ann, Lucas y yo, en los campos de junio, hace tanto tiempo?

« Es fácil interpretar mal al Gran Dios —escribe De Vries—. Si Él representa el largo y paulatino pánico agazapado en nosotros que nunca termina de emerger, si Él significa nuestra percepción de lo animal, de lo incontrolable en nosotros, Él también debe simbolizar esa percepción del mundo sensual y directa que hemos perdido al crecer..., quizás al convertirnos en seres humanos antes que nada» .

Poco tiempo después de morir Ann experimenté una súbita e inexplicable resurrección de mi sentido del olfato. Percibía los olores habituales con tanto detalle y precisión que de nuevo me sentí como un niño. Cada nueva impresión era asombrosa y clara, como si mi yo consciente no fuera todavía la hinchazón dolorosa enquistada en mi cerebro, apretada e inútil como un puño, imposible de modificar o suprimir, en que se transformó posteriormente. No es lo que se podría llamar memoria; todo lo que recordaba al oler la piel de una naranja, o el café molido o un capullo de serbal era que una vez había sido *capaz* de experimentar cosas con tanto vigor. Era como sí, antes de recobrar una impresión en particular, tuviera que redescubrir el lenguaje de todas las impresiones. Pero nada sucedió después. Me quedó un desconcierto, un fantasma, una hiperestesia de edad madura. Era cruel, turbadora; me hacía enloquecer. Me atormentó durante uno o dos años, y luego desapareció.

Notas

[1] Además de ésta, Grijalbo ha publicado de este autor: *El cuerpo*, *Cujo*, *La expedición*, *La niebla* y *Verano de corrupción*. <<

[2] La edición castellana se ha desglosado en dos tomos, de los cuales éste es el primero. (*N. de la R.*) <<

[3] En alemán, 'ama de casa'. (*N. del T.*) <<

[4] Lugar imaginario en el que transcurre la novela de King *La hora del vampiro*.
(N. del T) <<

[5] En inglés, 'sebo'. (*N. del T*) <<

[6] En castellano en el original. (*N. del T.*) <<